

Ercole Lissardi
LA SAGRADA FAMILIA

PRÓLOGO

Dos veces en mi vida sufrí hasta sentir que se me rompía en el alma algo imposible de reparar, hasta sentir que algo que había sido esencial en mi manera de encarar la vida había desaparecido, que ya no estaba allí y que no volvería a estar. En ambos casos sufrí por causa –no digo por culpa ¡Dios me libre!- de mujeres con las que compartía el pan y el lecho –para decirlo de alguna manera. Amar es estar dispuesto a que se le rompa, y que se le vacíe, y se le seque a uno aquello que uno cree –es decir: imagina- que es la fuente más profunda de su energía.

De la segunda de estas catástrofes... -iba a escribir: Del segundo de estos “amores”, así, con las comillas, pero pensé que esa palabra no necesita de comillas para sonar irónica, y después me pregunté para qué utilizar una palabra que, con o sin comillas, no dice lo que quiere decir, de manera que opté por llamar a la cosa por su verdadero nombre, el que se esconde detrás del velo de la ironía, y que es: catástrofe, porque sólo ama el que está pronto y bien dispuesto para abismarse en la catástrofe.

Decía que de la segunda de estas catástrofes salí –inesperadamente, porque eso pensaba que nunca lo perdería, pasara lo que pasara, como creía Risso en *El infierno tan temido*- con la súbita y diáfana certeza de que no volvería a escribir una línea en toda mi vida. Era tal la certeza que, al principio, ni siquiera lo intenté. Hay decepciones que corroen, de arriba abajo, todo el sistema del deseo. Y era inútil pedirle un poco de chispa a mis escritores favoritos: con o sin chispa el motor estaba muerto. Lo que quiera que fuese que durante décadas le había dado sentido –íntimo glamour, digamos- al acto de escribir, había desaparecido sin dejar huella.

No voy a hablar de las características específicas de esa segunda catástrofe. Honestamente, había llegado a creer –como Risso, otra vez- que con esa mujer todo era por fin posible. Como se ve, era yo, por entonces, alguien lleno de fes. Ni voy a hablar de por qué la debacle tenía que quemar precisamente ese nervio, el de la escritura. No importa por qué tuvo que ser así. Por lo demás no tengo ni la mejor idea de por qué tuvo

que ser así, ni quiero saberlo, ni voy a saberlo, porque el conjunto de la catástrofe, envuelto en una bruma impenetrable, ya se hunde velozmente, por fortuna, en las aguas heladas del olvido.

Lo único que importa a los efectos de lo que ahora voy a contar, es esto: que así, de repente, después de la última borrasca, me encontré con que empezaba para mí una nueva vida. Nueva no porque me separara de esa mujer —o ella de mí—, eso ya era pura anécdota: había sido una agonía suficientemente larga como para completar el duelo que la catástrofe se mereciera. Era una nueva vida porque ya no era un escritor, ya no escribía.

LA DECISIÓN

Pero ¿cómo sería esa nueva vida? ¿En qué consistiría? Nunca había pensado en mí sino en tanto escritor, en tanto alguien que escribe, cosa que había hecho toda mi vida. ¿Cómo podría ser mi vida sin aquello? ¿Sería el mismo pero sin precisamente aquello en lo que me reconocía más que en ninguna otra cosa? ¿El mismo pero otro? En realidad no sentía angustia al respecto. Diría que lo que sentía era una mezcla de sorpresa y lucidez. O más bien, de lúcido estupor, como alguien que acaba de despertar de un sueño muy, pero muy largo, y siente como si el mundo, pero también sus ojos, y sobre todo su mente, fueran nuevos, recién estrenados.

Me enamoré de ese estado mental y me esforcé por permanecer en él. Era el primer deseo que experimentaba en mi nueva vida: seguir sintiendo ese estupor de recién amanecido. No tardó en asomar a mis entendederas el primer corolario de aquel primer axioma: si quería seguir sintiéndome así, fresco y vacío, nuevo e insólito, sería prudente alejarme cuanto antes de todo lo que hasta entonces había sido mi vida.

Para lograrlo necesitaba: ya no ver a mi editor –ex-editor en realidad, puesto que yo era un ex-escritor-, ya no volver a ver a mis atrabiliarios, caprichosos y egocéntricos ex-colegas, zafar de dar charlas y conferencias siempre penosamente preparadas y siempre insatisfactorias, y de dar entrevistas en las que –sin importar qué actitud impostara– nunca me sentí sino un idiota parlanchín, un charlatán de feria, cortar con las mariposas y los mariposones que revoloteaban a mi alrededor, atraídos según ellos por las luminarias de mi ingenio, aunque en realidad por los desplantes caprichosos de mi incurable malhumor, desplantes que necesitaban para alimentar su máquina de chismorrear.

Tenía que cortarme solo, desaparecer. Al decidirlo no sentí angustia ninguna, más bien alivio. Al fin y al cabo ¿qué quiere uno más que huir de su propia vida –como el periodista de *Professione: reporter*? Puesto que podía ya no ser el que había sido, tendría mucho gusto en ya no serlo. Asumí, casi sin sorpresa, toda la inquina que no sabía que le tenía a mi careta de escritor. Estaba decidido: me iría de la ciudad, a un lugar lejano donde nadie me conociera y donde yo no conociera a nadie. Por supuesto,

empecé por clausurar mi cuenta de email. Click. Desaparecidos los tres o cuatro mil mails acumulados. ¿Habría entre todos ellos alguno que valiera la pena preservar? Que otro se entretenga separando la paja del trigo. Tendría un nuevo número de celular, y sólo mi ex-editor –y sólo para informarme de mis dineros- lo conocería. Quedaría advertido: si alguien me llamaba al nuevo número él sería el responsable. Lo demandaría ante la Justicia por violación de mi derecho a la privacidad. Y ya se sabe lo que pasa en las cárceles con los violadores: les quiebran los dedos, uno por uno, y después los obligan a tocar las castañuelas.

Alguien, alguna vez, me había dicho... ¡Bessie!... sí, fue Bessie... ¡Menuda tarada, Bessie! Ella me habló de un pueblito re-tranqui y bellísimo a orillas del Santa Lucía, allá donde termina la vía del tren de pasajeros -que en realidad termina ahí nomás, a unos cien kilómetros de Montevideo. Bessie es ese tipo de idiota que cree que cada vez que se cruza contigo tiene que zamparte, con entusiasmo demoledor, alguna maravillosa novedad con la que viene transando su estúpida vida: un libro nuevo, una música nueva, un curso nuevo, una persona nueva, un lugar nuevo. Pues bien: me zampó aquello: Yéregui, Pueblo Yéregui, un poco más allá de Pueblo Ituzaingó, un poco más allá de Villa 25 de Agosto, ahí donde se juntan Canelones, San José y Florida.

Quizá porque siempre en realidad me ha picado el bichito de irme a la mierda, de huir de la civilización y de todo, para vivir en absoluta paz y en íntima armonía con la naturaleza -aunque sé, como lo sabe cualquiera, que esos son bienes supremos que en realidad sólo se consiguen cuando nos mudamos al cementerio-, quizá por esa absurda, trucha y testaruda nostalgia campirana que siempre he padecido, el dato de Bessie –de seguro que errática y enfáticamente propinado, como acostumbra- quedó, prendió en algún rinconcito de mi mente y larvó, y sólo despertó cuando el impulso de la catástrofe me lanzó definitivamente fuera de mis órbitas habituales. Yéregui, pues, sin más recomendación que la menos confiable, se me antojó que era mi destino.

Pero en fin... no sólo esa recomendación pesó... todo, todo, absolutamente todo, por más intrascendente que nos parezca, pesa en cada una de las decisiones que tomamos. Por ejemplo: pudo haber pesado en esta decisión una película que vi décadas antes: *Cristo se detuvo en Eboli*. Era apenas un muchachito cuando la vi, y no volví a verla,

pero siempre la tuve presente. Como si aquella historia parca y lenta encarnara para mí, más que para nadie, un mensaje que sin embargo me resultaba oscuro, indescifrable. Fue uno de los objetos culturales con los que sentí una más completa identificación en mi vida. Volonté, callado, pesadamente meditabundo, padeciendo el lento reptar del tiempo, lejos de sus amigos intelectuales, recluso en aquel pueblito perdido entre los pedregales, rodeado de campesinos semi-autistas. Sin más razones que las de Eros, identificado con aquel comunista de mirada profunda, compasiva y distante, inxiliado por los fachos, deseé voluptuosamente estar en sus zapatos, vivir su peripecia. En cierto modo realicé ese deseo al tener que exiliarme en México años después. Pero ¿en qué medida ese deseo secreto no me empujó también cuando fui a dar finalmente a Yéregui, el último pueblito al final de la vía? Un psicoanálisis a mi medida, más que reconstruir peripecias vividas en la infancia, debería detectar el efecto de ciertas películas que vi en los años en que aún era impresionable.

Mil setecientos noventa y cuatro almitas, confiesa Yéregui desde su página en Wikipedia. Fácil para llevar la cuenta. Difícil para alquilar allí. No hay, por supuesto, una inmobiliaria. Y a la pregunta de cómo se hace para alquilar en Yéregui, la Asociación de Inmobiliarias responde que no hay más remedio que apersonarse en la localidad. En ese momento no tenía presente que había sido Bessie la de la recomendación. Ni me pregunté quién había sido. O sí me lo pregunté pero no pude recordar: eran días raros, a caballo entre sentirme fresco como un recién nacido, y sentir que mi vida anterior huía de mí como huye la luz al final de una tarde de invierno. De haber recordado que fue Bessie la que me lo recomendó, ella pudo haberme pasado algún tip para hacer pie en Yéregui. O quizá no. Quizá ella nunca había pisado el lugar, y nomás alguien le había dicho que era muy lindo. Preparé el bolso de viaje, dispuesto a lo que fuera. Si no era Yéregui sería el pueblito antes o el que siguiera, carretera al norte. Lo mismo me daba.

Estaba, por supuesto, consciente del valor simbólico de lo que hacía. El que yo había sido estaba muerto, porque todo su ser estaba anclado en la escritura, y ya nunca volvería a escribir –cada tanto me asomaba al papel en blanco, sólo para comprobar que la absoluta ausencia de deseo de escribir seguía allí, imperturbable. Como un Narciso

que se inclina sobre el espejo de agua sin encontrar su imagen. Y si el que había sido estaba muerto, este deambular en busca de un pueblito perdido en el que “enterrarme” no era sino un salir en busca del lugar remoto en el que enterrar a mi muerto. Me enterraría en vida para sacarme de encima un yo caduco. Menudo programa. Así andaba por el mundo en esos días, con los ojos bien abiertos de tan pasado de rosca, pero con la mente en blanco, sin memoria, sin alma. Como el personaje de Kiarostami, que deambulaba en busca de quien lo enterrara después de suicidarse. Esta especie de inxilio, calculaba, sería como una prueba, una prueba límite: tenía que cruzar el desierto a pie si quería seguir viviendo. Si aquel auto-enterramiento no acababa conmigo significaría que podía seguir adelante, volver y ser este otro, o aquel de antes. O alguien insólito. El que fuera, pero alguien.

A lo mejor toda esta cosa de estar muerto y buscar dónde enterrarme suena falsa, forzada, intelectual. Es que hay que ser escritor para comprender lo que significa ya no serlo. Como hay que ser padre para comprender lo que significa la vida, pero sobre todo la muerte del hijo. Como hay que ser capaz de desear para comprender lo que es el deseo. Son cosas que no pueden decirse, formularse. Serán el objeto de la literatura, pero no son literaturizables. Sólo se puede ponerlas allí, tan limpiamente como se pueda, y confiar en que el interlocutor tenga con qué asumir su misterio.

LA LLEGADA

Mi problema con el paisaje uruguayo es el mismo que tengo con el país: demasiada chatura. Por supuesto que hay quien disfruta de la chatura. No es mi caso. A mí me gustan los pantanos ponzoñosos y el aire helado de las alturas. Y sin embargo estoy ligado al terruño por tantas amarras como las que mantenían inmovilizado a Gulliver. Si no me he ido de aquí de una vez y para siempre, como tantos, aunque lo intenté, es porque siempre supe que no podría escribir en otro lugar. No podría escribir entre gente que habla otra lengua y piensa en otros términos. No soportaría hacer literatura de exiliado, como Cortázar.

Sin embargo tampoco se me ocurre irme ahora, que estoy libre del impedimento, puesto que siento definitivamente seca la fuente de mi escritura -¿o será que secretamente espero que no sea así? Lo cierto es que me lanzo como loco, a ciento veinte por hora chatura adentro, como si no me alcanzara con quilómetros y más quilómetros de ella. Las carreteras me producen el mismo tipo de impaciencia que a todos los que terminan estrellándose. No es gusto por la velocidad, que es un vicio idiota que, en estado puro, padecen pocos. La impaciencia de los que andan como locos con sus rodados lo que quisiera es zafar del sentimiento de impotencia general en el que viven. Yo nunca sentí impotencia, ni siquiera ahora, que no puedo hacer lo que más me importó toda la vida: escribir. Vuelo en las carreteras, como dije, simplemente por impaciencia, pero es impaciencia en estado puro: ya mismo quisiera estar instalado en mi nuevo destino.

Canelones, Santa Lucía, Pueblo Ituzaingó. Salí mal de la Ruta 11 y entré a Pueblo Yéregui por la puerta del fondo, por detrás de la estación del tren, un camino con el asfalto bastante jodido que corre entre arbustos secos y no muy altos, no tan altos como para impedirme ver un puente ferroviario de metal, de diseño antiguo, oxidado, ennegrecido. ¿Es esto un brezal, como *El brezal de Brand?*, me preguntaba. Hasta por allí recuerdo que iba yo muy optimista y de buen humor. Mi vida se abría, el mundo se abría: era la aventura, cosas buenas sucederían. Después del brezal, un caserío: calles

bien trazadas, cada casita con su terrenito trabajado. Una curva a la derecha, cruzo la vía, y ahí estaba Yéregui. Entonces, me deprimó.

Un lugar tan sin gracia, tan desierto, tan muerto. ¿Aquí tenía que venir a heder? ¿Este era el destino que me había inventado porque sí, en un momento de bobera? ¿Qué esperaba? Todos los pueblitos del mundo son lugares imbéciles, medio muertos. ¿Qué los justifica? Nada. Estar ahí nomás. El mundo cambia y un núcleo irreductible de pelotudos sigue anclado en un lugar que ya ha perdido su razón de ser. ¿Haciendo qué? Cuidando a sus muertos. Recorro despacito las calles. No tiene más de diez o quince cuadras de diámetro. Poco a poco el bajón le va dejando el lugar a la paranoia. Veo clarito que es el tipo de pueblito de mierda en el que si circulás demasiado despacio, mirando como si buscaras algo, la gente se ofende, te pone mala cara, te mira con cara de orto. ¿Qué andás mirando, a quién querés joder? Te escupen con la mirada. A los pocos que me cruzo les sostengo la mirada, desafiante, casi amenazante. Creo ver que alguno escupe a mi paso, entre dientes me suelta una puteada, entra en su madriguera apurado, como en busca de un arma. Siento como si, por un quítame de ahí esas pajas, cualquier cosa pudiera pasar, como en aquella escena, en la película de Pekimpah, entre Pat Garrett sentado bajo un árbol y el tipo que baja el río en balsa.

Fue un mal aterrizaje. Muy envenenado. Me detengo en la plaza. Me siento en un banco. Me pregunto por dónde empezar a buscar una casa que se alquile. Un tipo se agacha una y otra vez, recogiendo algo del césped, debajo de un árbol de hojas rojizas. Ve que lo miro, detiene su tarea y se queda mirándome, como si en pleno otoño anduviera yo con traje de baño, patas de rana y snorkel. A punto estoy de preguntarle qué es lo que recoge, o qué me mira. Pero en ese momento pasa otro tipo, en una motoneta destartada, despacito, mirándome fijo, como si no pudiera creer tanto atrevimiento: un forastero ocupando un banco de nuestra plaza. Va tan despacio que casi roza con las zapatillas el bitumen. Un tercero, en una bicimoto atada con alambres, aparece por donde el anterior desapareció, como si le hubiera pasado la posta de espiarme. Al pasar frente a mí se acerca tanto a mi auto que casi lo roza. Llego a captarle, en las profundidades de su inútil casco de motociclista, la sonrisa de desprecio.

Piensa seguramente que soy algún tipo de inspector, que estoy fichando quién sabe qué tipo de infractores, quizá a los que se pasean en rodados impresentables.

Después pasa un veterano en bicicleta. Corpachón y pico, empujando esforzadamente los pedales. Ya, para el pobre tipo, el mundo es todo en subida. Avanza más lento que si fuera a pie. Me mira y me da los buenos días, con lo que me desconecta de la paranoia. Pero ¡qué absurdo! Había estado mirando hoscamente a gente buena y simple, hacendosa, amistosa a su manera, naturalmente curiosa, pero seguramente que no impertinente. Gente que no ve un forastero si no es en verano, Carnaval o Turismo, cuando una horda de ciudadanos miserables y de chacareros embrutecidos se instala en el camping de junto al río. Gente que, seguramente, quiere con toda el alma a su pueblito de mierda, la prueba está en que no se van: desde hace décadas la cifra de población de Pueblo Yéregui es la misma. Lo mismo que el país en su conjunto: no terminamos de irnos, ni de quedarnos, flotamos en la eterna postergación de la decisión, somos siempre los mismos viejos tres melones. Tendría que cambiar de actitud si quería seguir adelante con mi objetivo de instalarme allí. Nada para cambiar de actitud como un trago de algo que raspara. Saqué la petaca del bolsillo y me zampé el trago garganta adentro, hasta donde quemara. Volvió mi buen humor de inmediato. ¡Aleluya, amigos! Hemos llegado a la Tierra Prometida.

Entré en la panadería. El piso era tan desparejo que parecía de tierra, aunque no lo era. Tropecé con una lomita y a punto estuve de caer de bruce sobre la minúscula vitrina. Las clientas que esperaban turno me miraron apenas de reojo. La panadera ni eso. Menuda, oscura y ceñuda, oyó seguramente la pregunta que le formulé lo más amablemente que pude, pero ni me miró. Como si en ese pueblo fuera pecado mirar de frente a los foráneos. Se hizo un silencio tan duro como para darme la media vuelta y salir de allí. Pero entonces una de las clientes se puso a hablar de una época, hace ya años —en sus palabras—, en la que, en Pueblo Yéregui, había de sobra dónde alquilar. Otra se soltó a hablar de un proyecto de la comuna, que al parecer iba a licitar la construcción de cabañas para alquiler en la orilla del río. Entonces habló la panadera.

-La única casa para alquilar que hay aquí, que yo sepa, es la que me dejó mi tía.

Expresé mi voluntad de ver la casa de su tía. La mujer, proyectando su voz hacia el interior del inmueble, gritó:

-¡Nena!

-Estoy con el Julián –fue la respuesta.

Finalmente aparecieron, primero el Julián, un chiquilín fornido, de no menos de dos añitos y la Nena, una hembra raquítica y tetona que venía abotonándose la blusa. Venía de amamantar al montrueque. Cuando se ocupó del mostrador, la panadera, sin sacarse el delantal, me acompañó hasta la casa de su difunta tía, distante un par de cuadras.

LA CASA

¡Ah, qué interesante! Me enganché de inmediato. Ya no podría escribir nunca más, pero seguía intacta mi sensibilidad artística, mi sensibilidad literaria, lo que durante tanto tiempo había sido mi radar. La casa –casita, más bien- era cuadradita y con poco adorno, pero de buena construcción. El revoque exterior estaba bastante agrisado por el tiempo y por la humedad. Tenía un porche mínimo al frente, y ventanas con persianas, todas ellas bajas. La casita languidecía, quién sabe desde hacía cuánto tiempo. Tal impresión de clausura daba que resultaba misteriosa, sobre todo porque, excepto por el frente, todo alrededor estaba rodeada por un denso cañaveral, que daba la impresión de abrazarla, a saber si para protegerla o para asfixiarla. Para mi cabeza de ex-escritor, el hermetismo profundo de la casa pedía a gritos ser violado. Esta primera intuición habría de confirmarse hasta un punto que mi cabeza de ex-escritor no podría haber imaginado.

La panadera tuvo que luchar con la cerradura que, seguramente oxidada, se resistía. Aun cuando la llave finalmente completó sus dos volteretas, la puerta no quería abrirse, como si alguien desde dentro apoyara todo su peso para evitarlo. La madera, o la pintura, o quién sabe qué se habían podrido e hinchado. O la puerta tenía algún tipo de traba de seguridad. La mujer empujaba con el hombro y jadeaba.

-Debe de tener una traba –dije-. ¿No hay otra puerta?

-No tiene traba. Empuje usted –respondió haciéndose a un lado.

Bajé el pestillo, golpeé con el hombro y la puerta se abrió. Una vaharada de humedad y encierro nos dio en plena cara. Di un paso adelante, pero el tufo me frenó. Me vino un acceso de tos.

-Nunca más nadie abrió esta puerta –dijo la panadera con voz sombría, como para sí, y como si la clausura hubiera sido una condena. Y agregó:- Espere un poco, hay que dejar que salga el aire podrido.

Distinguí en la penumbra muebles baratos y viejos, pero dispuestos con cuidado, con cariño. Adornitos, chucherías, carpetitas de crochet, floreritos con flores secas. Habían clausurado la casa intacta. Todo prolijo, exactamente en su lugar, con una pátina aceitosa de humedad encima, encerrado allí desde hace quién sabe cuánto tiempo. Me sentí Howard Carter entrando en la tumba de Tutankamón. Way too much. No quise ver más. Tenía que prepararme para esto. No había dado más que un par de pasos dentro de la casa. La decisión estaba tomada. Salí.

-Está bien. La alquilo –le digo a la mujer, que se ha alejado unos pasos de la puerta, como si la casa oliera a cadáver.

No le discuto el precio. ¿Para qué? Evidentemente estaba yo en manos del destino.

-No se puede cortar las cañas –dice la mujer, como si yo le hubiera sugerido hacerlo.

A saber por qué no se podría cortar aquel bosque salvaje de cañas altísimas.

-No importa. Está bien así –me apresuro a decirle, temeroso de que cualquier cambio pudiera dar al traste con la magia que me tenía atrapado. Quería ser yo quien desflorara aquella burbuja de tiempo quieto.

Camino alrededor de la casita. En el fondo, junto a la puerta: una especie de cajón de cemento -para guardar herramientas, supuse-, con tapa de chapa, bastante oxidada, y cerrado con candado.

-Es la llave chiquita –dice la mujer, refiriéndose al llavero que yo tenía en la mano.

Un piletón de cemento para lavar ropa. Y la pared de cañas, tan apretadas que no dejaban paso. Como una barrera, un escudo, una protección contra los demonios, como los tatuajes de *Los cuentos de la luna pálida* de Mizoguchi. Aquí es mi lugar, es mi nicho, aquí encajo, pensé, como el mayonauta en su nicho, dentro de la pirámide de Kukulkán.

-¿Hace cuánto está cerrada la casa? –pregunto con tono indiferente a la panadera, que ha venido siguiéndome.

-Diez años –dice. Y agrega, brutal-: Desde que murió mi tía –y después, un poco como si se le escapara-: Era una vieja loca y mala.

Había odiado a su tía en vida, y diez años después de muerta, la seguía odiando.

Pago y recibo la llave. Así nomás, sin papeles. Dije que no sabía cuánto tiempo me quedaría. Ofrecí y pagué tres meses por adelantado. Le repito una vez más que nadie debe entrar a la casa para limpiarla ni para nada. Se encoge de hombros, como si mi pedido fuera el de un estúpido.

-Nadie entró allí en diez años. Nadie va a entrar ahora. Puede quemar todo lo que hay dentro que no le sirva, y si el fuego se lleva la casa misma, de mis labios no va a oír ninguna queja –dijo, dando por terminado el asunto.

Ya saliendo del pueblo vuelvo a pasar frente a la casa. Me detengo. Siento otra vez su magnetismo, su oscura fuerza. No me sorprendería si de pronto explotara dejando un cráter grande como todo el pueblo. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Qué es esa fuerza oscura que percibo? ¡Es mi tumba, es mi tumba! pienso, divertido. Este bunker sin gracia alguna es mi mausoleo. Lucirá algún día una placa de bronce con la leyenda: “En esta casa padeció sus últimos años en este mundo el escritor (pero no: ¡ex-escritor!) Fulano de Tal”. Observo que el predio está por debajo del nivel de la calzada, como en un pozo. La tierra es negra y húmeda. Ideal para enterramientos. La casita parece estar hundiéndose en la tierra húmeda. La barrera de cañas en realidad no la protege sino que está a punto de devorarla. Observo también que los vecinos de ambos lados han levantado tapias altas como muros, como si ellos, tanto como la panadera, no quisieran tampoco tener nada que ver con la casita, como si no quisieran ni verla. Al entrar en la carretera –entré por la puerta del fondo, pero salí por la puerta del frente, que da a la ruta 77- y al acelerar rumbo a Montevideo pensé que mi viaje a Yéregui había tenido algo de aquel viaje a México de *Oscuro como la tumba donde yace mi amigo*.

LA BURBUJA

En un par de días estuve de regreso. Al cerrar la puerta de mi apartamento tuve clarita la sensación de que la cerraba por última vez. Así me pongo de solemne cuando me gana la vena patética. Le avisé a la portera que me iba de viaje por mucho tiempo, nomás para que no forzaran la puerta pensando que estaba muerto. En cambio, al abrir la puerta de la casita –haciendo tanta fuerza que temí quebrar la llave- la sensación que tuve fue la de algo mágico, de estar pasando al otro lado del espejo. ¡Cómo somos de ilusos! Y sin embargo, sin esa propensión estaríamos siempre varados en la misma mierda. Cerré la puerta a mi espalda y me quedé quieto, llenándome las narinas una y otra vez con el olor a encierro, explorándole todos los matices. La oportunidad de abrir una casa que ha estado cerrada a cal y canto durante años y años se tiene pocas veces en la vida. Me sentía arqueólogo, egiptólogo, experto en tumbas, en criptas, en catacumbas. Olor a encierro, a humedad, a hongos, a algo dulzón, vegetal, podrido, pero sobre todo, difícil de captar, difícil de distanciarse de él para captarlo, olor a madriguera humana, olor a humano. Preservado, encapsulado, rancio.

Subí apenas la persiana, como para que unas líneas de luz iluminaran la sala. La correa y las maderas rezongaron, nada dispuestas a abandonar su prolongado letargo. En la débil penumbra apenas se hizo visible la modestia del hogar. Me sentía como un buzo merodeando entre los restos de un naufragio. Estaba en la zona de la casa en que se recibe visitantes. Modestia y voluntad de buen gusto. Las patas torneadas de la mesa, las sillas tapizadas, la gran carpeta como centro de mesa, la vitrina cristalera exhibiendo de un lado la vajilla “buena” y del otro una pequeña biblioteca, los cuadritos minúsculos en las paredes, sólo descifrables al llegar a rozarlos con la punta de la nariz (reproducciones de acuarelas, de callecitas de París en invierno), el sillón de lectura con

su mesa ratona junto a la estufa de leña (raro: sin marca alguna de uso). Crédito a favor de la difunta tía: cero iconografía religiosa, de ningún tipo.

El dormitorio. En el ropero atrapado, intacto, algo invisible, inodoro, que no sé qué es y que se escapa en el mismo momento en que abro la puerta. Poca ropa. Ropa de mujer mayor, muy sobria, sin coquetería. En los cajones de la cómoda la ropa interior, las medias, los camisones. Nadie, pero nadie, había entrado en esta casa desde que su habitante la abandonó. Y ramilletes de lavanda, y coquitos de eucaliptos, secos. Y un álbum de fotos. Fotos de los años cincuenta, sesenta, de los setenta unas pocas. Fotos sin gracia. Caras que se repiten, serias, o apenas sonrientes, siempre mirando a la cámara, eternamente esperando el clic. Fotos que, en las que puede verse exteriores, fueron tomadas seguramente aquí en el pueblo, o en sus alrededores. Y después la foto en la que encalla mi mirada. Él y ella, jovencitos, en la calle, él sosteniendo su bicicleta, como si estuviera por irse. Ella delicada, tipo gacela, al estilo Audrey Hepburn. Decido que es la tía, y que la tía se llama Sabrina. Él, delgado, con el pelo largo, melena. Por la ropa, por no sé qué, indefinible, es una foto tomada hacia el fin de los sesenta.

Pero ¿cómo aquí abandonado un álbum de fotos? ¿Qué tan odiosa podía ser, qué tan proscrita o maldita podía estar la tía Sabrina como para que nadie se molestara en rescatar por lo menos este álbum de viejas fotos de familia? ¿Estaba apestada, como para que nadie se molestara en usar, donar o tirar su ropa? La tía Sabrina, delgada, delicada, etérea, puro espíritu, me mira desde la foto sonriéndome con una sonrisa tan dulce, como pidiéndome en el nombre de su belleza que la perdone por la sensación de vértigo y de vacío que me provoca su misterio. Nada más en el dormitorio. La cama, de una plaza, impecablemente tendida, y un voluminoso televisor a los pies de la cama. Una cosa, una sola cosa podía decir con seguridad acerca de la tía Sabrina: se había quedado para vestir santos. En su habitáculo, exceptuada la foto, no había la menor huella de una presencia masculina.

La puerta del baño también está como pegada. Resiste también un poco. Me apoyo y la abro. Los veo de inmediato. Están en el piso. Como mirándose, cara a cara. Dos sapos. O ranas. Inmóviles. Ni huyeron de la puerta abriéndose. Me desconcierta que no huyan. Me pregunto si son juguetes. Me acerco. No lo son. Son de verdad. Pero siguen inmóviles. Fijos. Mirándose. Están muertos. Le toco el lomo a uno. Seco. Rugoso.

Aprieto. Duro como una piedra. Están petrificados. Los levanto. Flacos, chupados, sobre todo en los flancos, como si una fuerza interior, terrible, hubiera intentado encogerlos, reducirlos hasta hacerlos desaparecer. Los dedos bien abiertos. Las corneas sin brillo. El verde de la piel que fue apagándose hasta quedar en gris. Poco a poco voy comprendiendo. Han quedado encerrados en el baño. Sin agua, sin alimento alguno. Sus organismos han devorado sus reservas, y se han ido desecando, encerrados en su piel gruesa y dura. Cuando murieron ya no quedaba nada que pudiera pudrirse. Están momificados, prontos para resistir el paso de una eternidad. Imposible una prueba más contundente de que nunca nadie más entró en la casa después de que salió de ella la tía Sabrina. Se han puesto a morir mirándose, cara a cara. Acompañándose. Sapos momificados. Como atrapados por un encantamiento. ¿Quién no quisiera tener uno de estos sobre su escritorio? Una serie de casualidades imposibles fueron necesarias para producirlos. Habría que ponerse a producirlos en serie, pienso.

En la cocina impera, ya en solitario, el aroma a cochambre rancia. Todo está en perfecto orden. Tal y como deja su cocina una perfecta ama de casa cuando se retira a descansar en sus aposentos. La mesa de la cocina es muy vieja, de madera. Me recuerda la mesa sobre la que mi madre amasaba para hacer pasta. Como aquella de mi infancia, esta tiene un cajón. Lo abro, esperando encontrar allí los instrumentos de mi madre: su palote de amasar, el molde para los ravioles, el cuchillo de cortar tallarines. Pero no encuentro más que una hoja de papel con unas pocas palabras garabateadas, a birome, con una caligrafía prolija y paciente, aunque un poco temblorosa, como de persona afectada por emoción o enfermedad. Leo: “Te dije que sólo sería tuya. Te dije que no habría nadie más en mi vida. Te dije que...”. Me recorre el cuerpo un escalofrío. Comprendo que soy el primero que ha leído esas palabras sencillas pero terribles. Han sido, pues, sin saberlo, escritas para mí. Quedo como si me hubiera tragado un tornillo. Tan estupefacto que me babeo.

Poco a poco voy tomando conciencia de la singularidad de esas pocas palabras. Son palabras que sólo pueden haber sido proferidas, o escritas, ante la inminencia del final, cuando ya nada puede impedir el cumplimiento de las promesas. Son palabras que se espera toda la vida para finalmente poder pronunciarlas. Son palabras triunfales. Quien

puede decirlas ha triunfado sobre la contingencia del mundo, ha vivido todo su tiempo de vida ateniéndose a lo que ha sabido desde el principio, sin lugar a dudas, que era lo esencial. Pero también son palabras que, si se las escribe es porque –por ausencia circunstancial o definitiva- no es posible decirlas de viva voz, lanzarlas a la cara, proferirlas. Se las escribe para enviarlas, a manera de último mensaje, de testamento, o, si ya no es posible enviarlas, se las escribe porque sí, para nada, para sí, porque la escritura es mágica y se sostiene sola, con su propio poder, contra el absurdo. Palabras, pues, para sostener una verdad, una verdad probada, demostrada, para sostenerla contra la nada. Palabras que son un puente por encima de la nada, como la mirada de los sapos o ranas moribundas, entrando paso a paso, segundo a segundo en su eternidad de piedra. Como de piedra me parecieron esas palabras invencibles, irreductibles, incontestables.

Desde que la vi por primera vez supe que algo en aquella casa me estaba destinado. Aunque no pudiera todavía hacerla consciente, empezaba a tener la impresión de que todo allí había sido dispuesto como una especie de adivinanza, para la cual tendría que encontrar una respuesta. Una adivinanza que tenía que ver con los misterios del tiempo y de la muerte, o sea: de la escritura. No podía yo aun saberlo, pero en resolver los enigmas de la tía Sabrina radicaba la posibilidad de volver a ser el que había sido. El juego había comenzado.

UN HOGAR

En mi ausencia la panadera había gestionado la reconexión de la energía eléctrica y del agua corriente, pero varios enchufes y varios picos de luz no funcionaban, y de las canillas no salieron más que gruñidos y algún escupitajo embarrado, de manera que, desde temprano tuve en la casa al electricista y al sanitario, mágicamente reunidos en una sola persona: Milton, el gigantón. A mí, que soy alto, me llevaba una cabeza entera. Tenía que doblar el cuello para caber en la cabina de su vieja camioneta. Sus orejas eran grandes, feas, y abiertas en pantalla, como si lo hubieran arrastrado de las orejas durante toda su infancia. Quizá debido a aquel cruel y perpetuo tironeo era que, a pesar de su gran porte, caminaba como colgado del aire, en puntas de pie, ingrávito, como Tati, o como un boxeador de peso ligero. Su fisonomía era francamente brutal, patibularia, podría haberle birlado a Vince Barnett el casting de secretario de Paul Muni en *Scarface*.

Apenas llegado, el factótum opinó que para sacar el olor a humedad y encierro lo mejor iba a ser tener encendida la estufa de leña todo el día, quemando maderas olorosas. Pino, sugirió. Agradecí el consejo y le pregunté dónde podría conseguir ese tipo de leña, a lo que respondió que él podía conseguirla, pero que antes de encender un fuego iba a ser necesario revisar el tiro de la chimenea que probablemente, después de tanto tiempo sin usarlo, estaría habitado. Acordamos entonces que comenzaría por destapar la chimenea y traer la leña. Efectivamente, dentro de la chimenea había una especie de bolsita colgante, hecha de ramitas secas, entretejidas.

-Parece de boyero –explicó el experto-. Si se lo colgamos donde lo vean igual lo van a usar. Es raro un boyero en una chimenea, pero aquí no vive nadie desde hace años.

-¿Dónde le parece colgarlo? –pregunté, preocupado por el hogar del pobre animalito.

-Aquí nomás, al costado de la chimenea, del lado que sopla menos, aunque va a haber que hacerle un alerito, como un techito para la lluvia –explicaba el hombrón, y a medida que hablaba la expresión patibularia se le iba dulcificando. En manos más cuidadosas no podía estar el hogar del hipotético boyero.

-¿Usted puede hacerlo? –pregunté, no menos preocupado. Después dicen que un par de gays no pueden ocuparse de un crío.

-Sí. Voy a buscar la leña y lo hago –dijo, tanteando con el dorso de la mano dentro de la bolsita-. Lo está habitando y en cualquier momento puede volver.

Lo más sorprendente de Milton no era que supiese hacer de todo. Lo más sorprendente era que todo estaba arreglado y funcionando al caer la tarde. Y eso que a mediados de junio ya anochece muy temprano. Estufa, electricidad, agua, nido de presunto boyero, todo pronto. Al caer la tarde la casita ya era un hogar. Sacó de un bolsillo alto del overol hojilla, y del otro hebras largas de tabaco, o lo que fuera, que tenía evidentemente sueltas en el bolsillo. Se puso a armar un cigarrillo, sin apuro.

-Esa estufa tiene mucho fondo –observó mientras yo contaba los pocos pesos con los que sus muchos talentos se daban por bien pagos. Y agregó-: Hay espacio para poner una parrillita.

Tenía razón. Resultó, además, que tenía un amigo herrero en Pueblo Ituzaingó, y que el día siguiente tenía que ir a verlo, de manera que, si yo quería, se ocuparía del asunto.

-Hágalo –concedí, aplastado por su eficiencia-: También voy a necesitar una mujer que venga dos o tres veces por semana para limpiar la casa y ocuparse de la ropa.

-Mañana mismo le mando a la Ñata –decretó, inapelable, sacando el encendedor, un yesquero, y encendiendo el contrahecho cigarrillo-. Nadie le va a trabajar mejor –sentenció. Y agregó, orgulloso-: La Ñata es Bonifacia, mi mujer.

Así fue cómo, en el correr de un solo día, Milton, el gigantón servicial, terminó de instalarme en Pueblo Yéregui.

La heladera, rechoncha como un hipopótamo, era seguramente de las primeras General Electric que llegaron al país, a mediados del siglo pasado. Funcionaba perfectamente, pero el motor hacía un ruido inaceptable para nuestros estándares actuales de polución sonora y, en particular, para el silencio sepulcral que reinaba en la casita. Cuando se apagaba, todo el bicho temblaba y vibraba como a punto de colapsar, produciendo un estruendo tal que parecía que se descuajeringaba por completo. En medio de la noche la barahúnda me resultó por completo insufrible. La cocina, bastante más vieja, adaptada para supergás, era, por el contrario, una maravilla antediluviana de hierro fundido, inamovible e indestructible. Al día siguiente, apenas se presentó la Ñata, zarpé hacia Santa Lucía, decidido a comprar una heladera con un gran freezer que pudiera llenar cada diez o quince días con congelados.

No voy a maquillar retrospectivamente las cosas. No tiene sentido contar esto si no es ateniéndome estrictamente a la verdad. Lo primero que pensé al ver a la Ñata fue: este es el tipo de mujer al que sólo puede prestarle atención un freak como Milton. De estatura media, tetona, robusta pero no gorda, como debe ser un animal de fajina, se movía con tanta gracia como un oso empachado. No decía una palabra, escuchaba y callaba, a punto tal que pensé que era muda. Pero lo que le confería el carácter de ser-al-borde-de-la-nada, era su rostro. Parecía no tener cara. Desde que la vi supe lo que significa cuando a alguien se lo llama “cara de papa”. El cerquillo, superpoblado, le llegaba hasta las cejas, ojos parecía no tener, borroneados por los anteojos de culo de botella, y labios en la boca, sencillamente no tenía. Aspectos de su fisonomía todos los cuales me costó apreciar porque casi nunca levantaba la cara. No miraba más que al piso, como una cartuja que no quiere ser tentada. Parecía realmente alguien cuyo supremo objetivo fuera pasar desapercibida. Alguien anodino, sin cara, sin pensamiento y sin habla. Me hacía pensar en la Mouchette de Bresson, sólo que mucho menos agraciada. Eso sí: limpiaba todo lo que tuviera por delante, sin detenerse ni un instante, sin pausa alguna. Empezaba por una punta de la casa y terminaba por la otra. Hecho lo cual se iba, sin saludar.

No tardé en darme cuenta de que todas las noches un perro grande, completamente negro, venía a dormir al fondo de la casa. Ni ladraba ni rascaba la puerta. Se acostaba en el rinconcito de junto al depósito de herramientas. Temprano por la mañana se iba, y a saber dónde pasaba el día. Me acostumbré a dejarle los restos de lo que hubiera comido. Todo le venía bien. Lamía el plato hasta que parecía recién lavado. Cuando soplaron los primeros vientos gélidos le compré en Santa Lucía una cucha de madera con techo de zinc, dentro de la cual le acomodé algunas prendas de lana de la tía Sabrina. Alguna vez que me encontró sentado en el porche al regresar de sus correrías, vino a acomodarse a mi lado, mirándome con cara de estar completamente dispuesto a hacer lo que le ordenara, dentro de sus posibilidades. Un perrazo negro con las fauces muy rojas, un pedazote estúpido de vida, pero muy agradecido. Nunca tuve que enojarme con él, nunca cagó dentro de los límites de la casa, nunca me ladró, excepto para expresarme que estaba contento de haber encontrado un dueño.

Guardé la ropa de la tía Sabrina en una caja de cartón. Ropa sobria, cuidada, casi sin desgaste, sin remiendos. Un tesoro para un asilo de ancianos si nadie de su familia la quería. En otra caja guardé sus libros, y el álbum de fotos. Mientras lo hacía me entregué al vagaroso fluir de las impresiones y de las intuiciones. La tía me daba la impresión de vivir en una prisión, en un espacio sujeto a inspecciones periódicas. Demasiado orden, ausencia total de detalles privados, íntimos. O más bien, como si viviera en una escenografía. Sí, el hogar de la tía tenía la impersonalidad de una escenografía. Sus pertenencias parecían elementos de utilería recogidos aquí y allá por un productor distraído, con criterio pero sin alma. Parecían las pertenencias de una persona muy poco apegada a las cosas de este mundo, muy dispuesta a partir en cualquier momento. Era una casa que cuando aun estaba habitada, estaba ya deshabitada. El lugar de un condenado a muerte esperando la ejecución de la sentencia. ¡Eso! Como si Sabrina viviera con un solo norte, una sola ansia: llegar al final para poder afirmar lo que garabateó y guardó en el cajón de la mesa de la cocina, y para después, cuanto antes, morir. En realidad no podía pensar en la tía Sabrina sin pensar

en ese breve mensaje abortado. Nada encontré esculcando entre sus pertenencias que pudiera superar a ese par de frases al tratar de definir el perfil de la tía Sabrina.

Nada, excepto la foto. Abrí el álbum. Su cara de gacela, asustadiza, delicada. Soy la inocencia misma, dice, soy ajena a todas las tremebundias del mundo. Su exigua y azarosa biblioteca de novelas viejas y envejecidas no me dice nada de ella, no más que lo que me diría la marca de jabón que usaba o la de café que prefería. Cualquiera, en realidad, podría tener los mismos best-sellers. No leía nada verdaderamente valioso, o peculiar. Me pregunté si leería aún al final de su vida, o si habría leído en alguna época de su vida y después ya no más. ¿Y la tele a los pies de su cama? ¿Miraría las telenovelas? Intuí que no, que le parecería obscena la orgía sentimental. ¿Y el chico a su lado en la foto? ¿Quién era? ¿Su noviecito quizá? ¿Quizá aquel con quien dialogaba imaginariamente en el mensaje abortado al final de su vida? Tan jóvenes, esperando la felicidad, ignorantes de la desgracia o el absurdo que seguramente la vida terminó por depararles. Basta. Basta por ahora, no hay apuro, me dije. Beberé el cáliz de sus amarguras si es necesario, si ese es el verdadero costo de habitar esta casita, pero basta por ahora, no hay apuro.

Me quedé, por supuesto, con la foto de Sabrina y su noviecito, y con esa última misiva abortada... y con las dos ranas, o sapos, que me parecían la Escila y el Caribdis entre los que tendría que navegar de este otro lado del espejo. Me parecía que en esos pocos objetos estaban cifrados los secretos, los nudos del misterio que la casita guardaba para mí. Llevaba los sapos en los bolsillos de mi abrigo, como si fueran un talismán, un talismán doble, bipolar. Los sobaba distraídamente, como los japoneses soban el omamori que llevan en el bolsillo. Fantaseaba, me dejaba abrumar por el paralelismo entre las ranas, o sapos, muriendo cara a cara en su encierro fatal, y la tía Sabrina y su enamorado, atrapados de por vida en el círculo indestructible, en la prisión sin paredes de su pasión. De su pasión evidentemente, a saber por qué, imposible.

Le llevé las cajas de pertenencias de la tía a la panadera. Cuando puse las cajas sobre el mostrador me miró con extrañeza. Por la razón que fuera, pero aquella mujer vivía a la defensiva.

-Son los efectos personales de su tía -le expliqué amablemente.

-Aquí no los traiga –ladró-. Tírelos por ahí, nomás, quémelos –chilló, como si la mera idea de recibirlas la hubiera asustado, la pusiera en riesgo de contagiarse una peste mortal.

-Me parece que a usted le corresponde tirarlas –opiné, paciente.

La hija, que había estado contando las monedas en la caja registradora, intervino.

-Deje, mamá, que yo me ocupo –masculló, ceñuda, lanzándome una mirada plena de reproche por mi manifiesta grosería e insensibilidad.

A punto estuve de ventilar lo que pensaba acerca de sus chifladuras, pero preferí darme la media vuelta y salir de allí, dispuesto a ya no comer pan –para mí todo un sacrificio- con tal de no volver a verles la cara. De todas maneras el pan que hacían no tenía gracia ninguna.

ESPECULACIONES

¿Qué se suponía que fuera a estar haciendo yo en Pueblo Yéregui? Mate no tomo, tele no miro, radio no escucho, y no leo el diario. Libros no quiero. ¡No iba a dejar de ser escritor para pasar a ser lector! Por lo demás, desde hacía años cada vez leía menos. Al fin y al cabo se lee para saber, para saber el mundo. Y yo tenía para mí, desde hacía tiempo –como le sucede a todos los soberbios–, que ya sabía del mundo más de lo que es útil y necesario saber. No tenía objeto seguir arrastrando mi mirada por páginas sin fin. Escribía, sí, porque me era inevitable –y en realidad era lo único que hacía. Ahora ya no era inevitable. También eso se terminó. De manera que no tenía nada que hacer en Pueblo Yéregui, y no hacía nada. Esperaba, muy tranquilamente, sin saber qué.

Me sentía cómodo en la casita. Encajé en la casita como si siempre me hubiera estado esperando, como si hubiera preferido quedar deshabitada hasta que yo viniera a habitarla. Fantaseaba, sí, un poco, de puro desocupado, con el fantasma de la tía Sabrina, pero sin demasiado énfasis, como dejándole la iniciativa. En realidad no tenía por qué cargar con su fantasma. De ella en lo esencial no tenía más que, en la foto, las líneas borrosas de su parecido juvenil con Audrey Hepburn, y las diecinueve palabras tremendas que garabateó con mano temblorosa.

Temprano, una tarde un poco menos fría, saqué al porche una silla y me senté a estudiar las Obras Completas, de sólo dos frases, de la tía Sabrina. “Te dije que sólo

sería tuya”. En buen romance: que nadie más la cogería. Pregunta: el interlocutor –vivo, muerto o imaginario- al que se dirigiría la misiva abortada ¿se ausentó –dejó de cogerse a la tía- mucho o poco tiempo antes de esta especie de final? Quizá ya no estaba vivo cuando ella escribió estas palabras finales, porque si lo estuviera ¿no lo hubiera ella encarado personalmente para decirle algo tan importante de viva voz? Estaba muerto seguramente, y por eso –oh, paradoja- es que se sentó a escribirle una carta. Lo cual, en embrión, es ya hacer literatura. La tía Sabrina había sido, sin saberlo, mi ex-colega.

Si el fulano había muerto seguramente había muerto mucho tiempo atrás, porque si hubiera muerto hacía poco tiempo habría más cosas en la casa que indicaran su presencia. A menos que hubiera muerto –hacía mucho o poco tiempo, no importa en este caso- casado con otra. Por cierto que si se hubiera casado con otra y siguiera vivo, Sabrina –*mi* Sabrina al menos- igual lo hubiera encarado personalmente para dejarle en claro que ella había cumplido con su promesa. La otra posibilidad que se me ocurría para que Sabrina se sentara a escribir la misiva era que el fulano sencillamente, con o sin aviso, se hubiera ido, sin retorno y sin noticias, hubiera –para decirlo pronto y bien- desaparecido. Desaparecido en el sentido que se quiera darle al término: desaparecido en las mazmorras de los milicos, o desaparecido porque se fue a Canadá o a Suecia o Australia o a algún lugar aún más lejano que esos, y allí se olvidó para siempre de Pueblo Yéregui, y de la noviecita con carita de Audrey Hepburn, y de todo lo que, en fin, pudiera olvidarse. Pero en todo casi habría realmente desaparecido, porque si Sabrina hubiera sabido dónde estaba, esta verdad que se puso a escribir, como un testamento, que no es cualquier verdad, que es una verdad dura y pesada como el mundo, hubiera ido a espetársela, con la última energía que tuviera su cuerpo, a donde fuera que estuviese. En resumidas cuentas: se la cogió –de eso no caben dudas, porque cuando se dice “que sólo sería tuya” se está implicando que ya había sido “suya”-, se la cogió, digo, y después se murió, o se casó con otra y se murió, o se fue del pago, y quizá del país –como tantos-, quién por qué y quién sabe a dónde, hasta desaparecer.

Bien. Pasemos a la segunda afirmación: “Te dije que no habría nadie más en mi vida”. Esta afirmación fija en la remota juventud los hechos -es decir: la relación, cogida incluida, y el final de la relación, tan dramático como se lo quiera. Porque esta segunda afirmación implica que la promesa se hizo teniendo por delante la vida. Cuando se dice “en mi vida” se supone que se tiene por delante una vida para invertir en el

cumplimiento de la promesa. Queda la tercera afirmación. La más enigmática, ya que es silenciada apenas se la anuncia. “Te dije que”. La inconclusión dispara hipótesis en las más variadas direcciones. Pudo haber sido que apenas empezó a escribir la tercera afirmación llamaron a la puerta. Una persona como Sabrina, tan discreta, tan secreta, no deja un escrito, y menos aún un escrito íntimo, sobre la mesa. De manera que guardó el papel y el lápiz en el cajón de la mesa, con la intención de retomar la redacción apenas atendida la distracción. Pero la visita se quedó un rato largo, y la tía –que ya está vieja y su memoria reciente flaquea- olvidó para siempre el escrito en curso. También pudo haber sucedido que la tía, distraída del asunto por la razón que fuera, zafara del trance emocional que la empujara a la letanía del “Te dije”, y comprendiera que estaba escribiendo para nadie –es decir, para mí-, y sintiendo repugnancia ante el sinsentido, guardara el papel y lo olvidara para siempre.

Por supuesto que también pudo haber sido –borremos todas las hipótesis anteriores- que el destinatario viviera –quizá vivía aún-, casado, a pocas cuadras de la casa de la tía, y ella le estaba escribiendo una carta con la intención de dársela, real y efectivamente, en propia mano, para que supiera que se moría y que se moría pudiendo decir que lo que le había prometido, o quizá simplemente vaticinado, se había cumplido, o se iba a cumplir, ineluctablemente. Pero entonces, quizá, en medio de la escritura de la misiva la tía, o bien decidió decírselo de viva voz y fue y lo hizo, con consecuencias que no solo no puedo deducir sino que ni siquiera puedo imaginar –es decir: sólo puedo deducir que la relación no se reinició, porque en la casa no había trazas de presencia masculina-, o bien Sabrina sintió piedad –porque la piedad es parte ¡y qué parte!- del amor, y se dijo: “¿Para qué voy a recordarle estas cosas? El vive feliz, con sus hijos y sus nietos. ¿Para qué lo voy a amargar?” Y ahí dejó de escribir y guardó el papel y lo olvidó.

También le pudo haber pasado a la tía lo que le pasa a menudo a los que escriben para desahogarse de una pena muy grande: que tienen algo muy clarito para decir, ya en la punta de la lengua, formulado con las palabras justas –algún lugar común, generalmente-, y que cuando lo ponen por escrito y luego tratan de profundizar, de ir más allá, de decirlo todo, de llegar a lo esencial, la bola de angustia se vuelve inexpresable y ya no saben más qué decir. Quizá escrito el tercer “Te dije que” el lápiz de la tía tembló largos segundos en el aire, suspendido a pocos centímetros del papel, impotente, hasta que una lágrima –quizá la última de su vida- quebró a Sabrina, que

supo que no podría decir lo esencial de su angustia, no podría decir toda la verdad de su desgracia, y entonces guardó el papel en el cajón de la mesa, y lo olvidó.

Porque, a ver: ¿qué pudo haber querido decir Sabrina cuando empezó con aquel tercer “Te dije que”? Es decir: ¿qué se deduce de los dos primeros “Te dije” que pudiera querer decir en el tercero? Está claro que las dos primeras afirmaciones dicen, en realidad, lo mismo, que es lo único que la tía tenía para decir. Al intentar seguir escribiendo –al intentar prolongar su comunicación fantasmática con el fulano- quizá comprendió que no iba a poder decir sino una vez más lo mismo. O que iba a entregarse a la desesperación, al reproche, a la acusación, a la maldición. Y ahí fue que el lápiz se despegó del papel y tembló, tenso, vacilante, como un puñal levantado que duda en el último momento. La tía dudó, quizá, entre la palabra fulminante, letal, y alguna fórmula quizá más clara, más diáfana para decir por tercera vez lo mismo: que había sido genuinamente fiel a su amor, como sólo pueden serlo las personas puras de corazón y valientes hasta el delirio. Pero no encontró esas palabras que le parecieran definitivas. O le pareció inútil, vicioso, repugnante, decir una vez más lo mismo. La tía no era una verdadera escritora, una verdadera ex-colega, no conocía el placer vicioso de buscar hasta el hastío la precisión o la sutileza en la expresión. Se dio por vencida. Guardó el papel y el lápiz en el cajón de la mesa. Y, agotada, se olvidó del asunto.

A esta altura de mis especulaciones empezaba a anochecer y sentí frío. Doblé el papel en cuatro y me lo guardé en el bolsillo de la camisa, quizá sintiendo que no había terminado todavía de exprimir su hermetismo. A este tipo de ejercicio absolutamente inconducente lo llamé, en mi vida de ex-escritor, utilizar mi tiempo creativamente.

EL OCIO

El termofón no daba para más. Gruesas lágrimas de óxido se le escapaban desde las entrañas. De manera que fui hasta Santa Lucía a comprar otro... no, en realidad, fui hasta Canelones, nomás por estirar un poco el paseo. Milton, por supuesto, se ocupó del recambio. Bajé la tapa del water y me senté a observar sus hábiles maniobras y a escuchar su cháchara interminable: que en este pueblo no hay ladrones, que es tranquilo hasta que llegan los veraneantes, que los veraneantes vienen atraídos por las playas de arena fina en las orillas del río, que vienen a acampar, que la mayor parte de los yereguinos son jubilados, que tal comerciante es chorro pero tal otro es honesto, que la Ñata le ha dado cuatro hijos, todos varoncitos, y así siguiendo.

Para comer me caliento alguno de los congelados o enlatados, o pongo un trozo de carne a asarse. Milton cumplió trayéndome la parrillita. Bebo. Vino, whisky. Sin excesos. Más que el alcohol me marea el dulce aroma de mis holocaustos, que la chimenea no consigue evacuar completamente, sobre todo cuando sopla del norte. A saber por qué. Pienso en liquidar el problemita poniéndole a la chimenea una salida con veleta. Eso sí me quedo. Si paso aquí el invierno. Después de almorzar duermo una siesta corta frente a la estufa de leña, cubierto con una frazada y con los pies encima de un butacón. En el depósito de herramientas encontré una pala, un serrucho y un hacha. Paso ratos afilando el hacha con una lima y con cantos rodados. Después parto rolos de

eucaliptus colorado hasta que consigo expulsar de mi sistema –aunque sea por un rato- a los demonios de la haraganería.

Paseo por las calles del pueblo, siempre desiertas, sobando en el fondo de mis bolsillos a las ranas pétreas. Hay pocas razones para salir a la calle en Pueblo Yéregui. Viven encuevados. Sobre todo ahora que el frío empieza a apretar. Me siento en un banco de la plazoleta que hicieron en el ancho cantero central de la avenida en que está la estación del tren. Avenida que es pura escenografía. No tiene más que cuatro o cinco cuadras, y no lleva a ningún lugar. Cuestión simplemente de ofrecer la mejor cara al hipotético viajero que desciende del ferrocarril. Está prolijo el lugar: abundantes bancos, enramada para dar sombra, juegos para párvulos. Con el correr de los días fui enterándome de que Yéregui es en realidad un pueblito dormitorio. Tres salidas de tren se llevan antes del amanecer a los que laburan en Montevideo o alrededores, otros tantos arribos los regresan, ya anochecido. Imposible para mí saber de estas movidas si no me las contaban –Milton, por supuesto-, porque a esas horas o estoy durmiendo o ya estoy guardado. La otra función del tren es traer en verano y en Semana de Turismo a los que acampan junto al río. En esa plazoleta me encontré con mi perro –Negro decidí llamarlo. Me presentó al amigo con el que pasa el día callejeando. Un perro grande también, blanco con manchas café. Corretean, juegan a pelearse, le ladran amistosamente a todo lo que se mueve y al atardecer regresan cada uno a su casa. Recorriendo histéricas el circuito de altos eucaliptos que rodean a la estación, bandadas de cotorras rasgan con sus gritos metálicos el aire quieto y frío. Pasa despacio una camioneta cargada de bolsas de papas. Desde el pequeño parlante que lleva encima de la cabina una voz confianzuda propone:

-Diez quilos de papa rosada, cien pesitos. Te llevás la bolsa y te mejoramos el precio.

Se detienen en cada esquina. Una mujer y un hombre, jóvenes, robustos y rubios, manejan el negocio ambulante.

La Ñata me visita día por medio. Ni “hola” cuando llega, ni “adios” cuando se va. Viene temprano de tarde y a menudo ni siquiera me doy cuenta de su presencia, sumido en la modorra de la siesta como suelo estar a esas horas. En la cocina, a puertas

cerradas, genera la batahola de rigor, pero en el resto de la casa casi ni se la oye. Roces y susurros apagados, el chirrido ensordinado de la puerta del ropero, el agua corriendo en el lavabo, la cisterna vaciándose. La presencia de los ruidos propios de las tareas de la casa me da placer y una especie de paz. Aunque no siempre el recuerdo llegue a ser nítido y consciente, esa música doméstica me recuerda a mi madre. Soy niño y temprano de mañana, antes de abrir los ojos oigo a mi madre dando vueltas por la casa, comenzando con las tareas del día. O estoy haciendo los deberes escolares y oigo los ruidos que, desde la cocina anuncian que mi madre está preparando la cena. La Ñata es pues, una presencia benéfica en la modorra semiconsciente de mis siestas. A veces la entreveo, inclinada, con las grandes tetas colgándole, agregándole un leño al fuego, que ha venido apagándose. Benéfica y protectora.

El campanario de la iglesia del pueblo sobresale entre las casas -todas bajas-, por la propia altura, pero también porque está en la parte alta del pueblo, lejos del río. Y además, porque está recién pintado. ¡De amarillo patito! Con las aristas blancas. Como un campanario de pueblito brasileño, apartándose del gusto por la grisalla y por el revoque ennegrecido por la humedad, típico del país. Para completar, el templo tiene unas puertas nuevecitas, de un marrón clarito y brillante, de una elegancia re-trucha, como de mansión de nuevos ricos. Podrían ser las puertas de un burdel, pero les tocó un templo. Paso por enfrente un domingo a mediodía, justo en el momento en que las puertas se abren y las sentinas de la fe vomitan una densa correntada de pueblerinos. Entre los primeros en salir están Milton y su familia: la Ñata y los cuatro varoncitos, de entre cuatro y diez añitos, calculo, cuatro clones de Milton, los cuatro con la misma carucha patibularia de su progenitor, los cuatro largos como fideos y caminando como colgados del aire. Parecen un gag de Tati. Alucinante. Pienso que alguien con una fisonomía tan tremebunda como el buen Milton debiera de abstenerse de reproducirse. Milton me saluda con una gran sonrisa dominical en la bocota y revoloteando una manota por encima de su cabeza. Ella ni me ve. Como de costumbre no mira más que al piso. Los críos miran con cara de idiotas en la dirección en que su padre ha saludado. Mientras me alejo pienso que, en cambio, alguien con rasgos tan clásicos y armónicos como los míos debiera de ser estimulado para que realice esfuerzos extraordinarios por multiplicar su impronta.

Después de la segunda catástrofe, debo decirlo, a diferencia de lo que había sucedido en oportunidad de la primera, entré en un período -no propositivo, no consciente, pero firme- de abstinencia sexual. O sea: al cese de actividades amoratorias con mi pareja se sumó, inesperadamente, el cese del mariposeo errático con bellezas ocasionales que ha sido como el bajo continuo y secreto pero en realidad el verdadero leit-motiv secreto de mi existencia. De hecho, si al salir de la segunda catástrofe supe que no volvería a escribir, no tardé en darme cuenta de que tampoco se me antojaban bellezas que, desde que me conozco, no hubiera dejado pasar sin intentarles algo. En realidad, escribir y mariposear, para mí, van juntos, no sé cómo ni por qué. No es que se complementen, sino que van juntos, por no decir que son lo mismo visto desde diferentes ángulos. El semen que derramo -ni qué decirlo- es la tinta con la que escribo. Si una de las dos fuentes se agotaba, la otra también se iba a agotar, cuestión de tiempo. Por qué razones -freudianas, por ejemplo- mi segunda catástrofe sentimental, el fin de la escritura y el fin del mariposeo estaban los tres atados por el rabo es algo que en realidad ignoraba, y que, instalado cómodamente en mi nicho yereguense, me proponía seguir ignorando. Seguramente que si poniéndome en agudo fantaseaba una explicación para la triple atadura, esa explicación resultaría de patas cortas, falsa, artificial, apresurada, y no haría más que estrangular un poco más esos fluíres trabados -sexualidad, escritura- que, cuanto más natural e inconscientemente, mejor fluyen. Así razonaba, sin mucha teoría, y ahorrándome precisiones que no necesitaba y que nadie me pedía.

LAS GANAS

Una gélida mañana, ya entrado junio, cuando llevaba un par de semanas largas de inxilio, estaba yo caminando por la periferia del pueblito. Casitas modestas, pero cuidadas y prolijas, adornadas en lo posible, con su huertita casi todas, y con algún frutal, y con los fondos dando a campo abierto. De pronto, en el frente de una de las casitas, vi un gran corazón azul oscuro. Tuvo que enderezarse para que me diera cuenta de que aquel gran corazón no era sino el trasero de una mujer completamente inclinada hacia delante, haciendo quién sabe qué con las manos en el piso, arrancando zanahorias seguramente. Me vino una pequeña euforia. Una euforia de índole estética. Una metáfora había atravesado su condición de símil y había desembocado de lleno en la realidad. Aquello no era un culo que parecía un corazón. Era un corazón y un culo a la vez, en ambas condiciones con pleno derecho. Algo que muy pocas veces sucede. Que sólo les sucede a los que saben ver, a los bienaventurados. Algo que exige, para suceder, niveles insólitos de precisión en el ángulo de la mirada, y en el estado de absoluta distracción de la mente de quien mira, tanto como para ser, de primera y sin duda, no una mujer inclinada hacia delante al punto que su culo parece un corazón, sino directamente y sin más un corazón –azul, puesto que estaba enfundado en unos jeans.

Supe intuitivamente, y de ahí el golpe de alegría, de euforia que me produjo al instante, que aquella experiencia directa de la naturaleza de la metáfora no podía ser

sino del mejor augurio. Mi epifanía no me parecía inferior a la de Saúl en el camino de Damasco. Pero entonces la mujer se alejó hacia el fondo de la casa y pude verla de perfil. Era la Ñata. Quedé conmovido y perturbado. Un nivel más profundo de comprensión amagó abrirse camino en mi mente. Su marido, como una especie de Ángel de los Alojamientos había convertido la casita abandonada en un hogar para mí, y ella, como una especie de Ángel de las Epifanías venía a revelarme la verdadera naturaleza de lo que había sido mi principal útil de trabajo durante mi vida de escritor: el símil. ¿Quiénes son estos monstrueques? me pregunté. ¿La Sagrada Familia?

La Ñata desapareció hacia el fondo de la casa y desperté del encantamiento. Como si hubiera llegado sonámbulo hasta ese lugar. El aire frío y húmedo de la mañana terminó de diluir el instante mágico. Pero había sucedido. Era irreversible. Como en la película de Gaspar Noé. El Mensaje me había sido entregado. Sí, en medio del flujo incesante de la trivialidad y el azar a los que demasiado a menudo me he entregado en mi vida, siempre instantes sólidos, irreversibles, me han marcado el camino, aunque en el momento mismo no supiera con qué destino. Me alejé a paso rápido, impelido por una nueva energía. Atravesé la mañana pura y cristalina de cara a la tibieza del primer sol, sintiéndome inesperadamente poderoso, renovado, tan invencible como el Primer Bautizado de una nueva secta.

Entonces volvieron. Volvieron y pude observar en detalle su regreso. Estaba tan al pedo, tan vacíos eran mis días que pude observar su regreso con la nitidez con que uno puede observar los avatares de sus cobayos en el laboratorio, tan límpida y completamente como uno puede observar el amanecer en un pueblito como este si uno se levanta aún de noche –y ya había pasado un par de noches en blanco por culpa de mis desordenadas siestas-, se abriga, camina unas cuadradas, hasta la orilla del pueblo, y encara el frío y la humedad del campo abierto. ¿Quiénes volvieron? Las ganas de coger. Las ganas, la necesidad, de vaciarme. La urgencia. Porque el semen acumulado intoxica. Se empieza por perder la concentración, se pierde densidad mental, se vive en el nivel de los sentidos. En ausencia de compañía se necesita la caricia, la maniobra sabia, el alivio. Ausente la mente, el cuerpo se afloja, se abandona, se entrega a la pereza y a la modorra, acude a la complicidad de la tibieza frente a un fuego o bajo una

frazada de lana, para que termine por tomar el mando aquella que, cuando comparece, no admite dilatorias ni discusiones. Me refiero, por supuesto, a Su Omnipotente Majestad, La Verga Erecta.

Comparten territorio pero son dos órganos totalmente diferentes el de mear y el de lanzar el semen. Ambos impacientes e imperativos, pero el primero se limita a hacer sonar la chicharra hasta que le das bola, mientras que el segundo te narcotiza, se apodera de tu voluntad y de tu alma, para esclavizarte y ponerte al servicio de sus caprichos. Había almorzado un guiso tremebundo, y bebido un Malbec muy aguerrido, casi malhumorado. Sentado en el sillón frente a la estufa en llamas, envuelto en la vieja frazada de lana, me dejé ganar por la modorra. Cabeceé un par de veces y de pronto me dí cuenta de que ya no estaba solo, de que allí estaba, liquidando su muy larga ausencia, Su Majestad, en todo su esplendor. Le sonreí y la palpé, maravillado. Abrí la portañuela del pantalón y saltó como un resorte liberado, desaforada, dispuesta a pregonar su omnipotencia tan lejos como su estatura de enana furiosa se lo permitiera. Ella sabe que le basta con poco para ganarse mi adhesión a sus propósitos. Y me encantó teatralidad juguetona de su reaparición.

Es larga y cabezona. De muy buen ver -lo sé, sin falsa modestia. Sobre todo cuando está en el ápice de su rabieta, y el casquete le brilla y se le hinchan las venas. Cómoda para empuñarla y propinarle una sacudida. Expertas y conocedoras se han rendido al encanto de su firmeza nudosa, y han preferido aliviarla con una paja, nada más que para disfrutar del bello espectáculo de verla hinchándose y estirándose hasta reventar. Le desnudé la calva y se tensó tres veces, significando, en su lenguaje, que necesitaba alivio inmediato. Nunca le hice asquitos a servirle de masajista. No hay nada que Su Majestad no se atreva a exigir al azar de sus caprichos, y no hay nada que no se merezca, o que yo sea capaz de retacearle, no digamos ya negarle terminantemente. Y en verdad que Su Pobre Majestad se veía muy necesitada. Apenas unos mimos afectuosos en el lomo y se tensaba, y quedaba dura, inconcebiblemente vertical, apuntando el hocico hacia las humedades del techo, con la boquita bien abierta, como un lobezno perdido en el bosque desesperadamente pidiendo ayuda.

Debo decir que, con los años y la experiencia, y con la guía generosa de la Princesa – que Dios la tenga en su harén como yo la conservo en el harén de mi memoria- aprendí

a apreciar en toda su belleza el corto y pesado, y un tanto torpe y sin embargo espléndido vuelo del polen humano. La Princesa tenía dedos delicados como alas de mariposa, y una dulce y contagiosa electricidad en la punta de la lengua, y era maestra en el arte de excitar el impulso para luego frenarlo, hasta que la concentración y la presión fueran tales que el vuelo pudiera alcanzar el máximo arco imaginable. Coronaba, encantada, con risas y exclamaciones la performance acrobática cuando se lo merecía, y si no aplaudía, entusiasmada como un niño ante los fuegos artificiales, era porque a la fuerza tenía por lo menos una mano ocupada. Y por cierto que los arcos que ella podía conseguir se ven raramente, como esas flores que sólo abren de noche y una sola vez. Ella llamaba a Su Majestad “mi portento”, término que adopté, en su homenaje, en una de mis novelitas. A veces apuntaba hacia sí misma el estallido, y al recibirlo lanzaba tales chillidos de éxtasis, como si estuviera bañándose en la Fuente de Juvencia –cosa que, cuando la conocí, empezaba a necesitar, y con la que fantaseaba, mi adorada Princesa. Más que a disfrutar del espectacular remate de un alivio voluptuoso, lo que la Princesa me enseñó fue la alegría inocente ante el vuelo de la vida. Contagiosa como era en sus pasiones, hizo de mí también el blanco de mis propios efluvios, y más de una vez, en memoria suya y en su homenaje, he dejado que mi lluvia blanca me salpicara hasta el pelo.

EL DESEO

De manera que la tarde de aquel día en que volví a sentir plenamente las ganas de coger, le cedí la derecha a la izquierda, que como es más torpe parece ajena, y hasta un poco deliciosamente... inexperta, digamos. Bajé los pies de la butaca, separé las rodillas y procedí, dispuesto a desintoxicarme. Iba a ser, comprensiblemente, una faena rápida. Apenas unos empujoncitos, unos tironeos en la zona baja del tallo bastarían. Me concentré en fijar la vista en la erupción. Cosa nada fácil, como se sabe, pero que agrega un condimento especial que todo lo potencia. La apuesta era por lo menos llegar a ver la primera eyección en quién sabe cuánto tiempo... Empujé suavemente, con la boquita bien abierta y apuntando hacia mí, como para no perderme nada. La rigidez era casi dolorosa. Sí, iba a ser cosa de nada, de hecho mi mirada empezaba ya a perder el foco, cuando de repente... en la cocina estalló un estrépito de lozas, vidrios y cacerolas. Su Majestad, ya entregada a la postrera cosquilla, ya a punto de soltar su maná líquido, se contuvo. Se estiró y se enderezó, en estado de gran alerta. Retorció el cuello en dirección de la cocina, como un animal salvaje que ha venteado su presa.

Sólo podía ser la Ñata, por supuesto. Por consiguiente no había razón alguna para no seguir adelante con lo que estaba a punto ya de concretarse. Pero Su Caprichosa Majestad no quiso escuchar razones.

-Sólo sabe lo que vale un pedazo de pan duro el que ha pasado hambre –sancionó, obstinada. ¡Como si pudiera Su Majestad pasar hambre sin pasarla yo!

Su Majestad es machista en toda la extensión de la palabra: la ecuación cocina-cacerolas-mujer-polvo la pone a mil. Mirando el asunto en la perspectiva correcta: yo había tomado bastante vino, y la abstinencia había ya durado demasiado tiempo, de no ser así, probablemente, seguramente, Su Majestad no hubiera tenido la menor suerte... y yo me hubiera perdido lo que vino después. Resumiendo, pues: que me sometí a los designios de Su Imperiosa Majestad. Como se sabe, con la verga en estado pre-eruptivo absolutamente ningún hombre es dueño de su destino.

Con Su Majestad desnuda por delante, abrí apenas la puerta de la cocina. Allí estaba, dándome la espalda, y doblada por la cintura, ofreciéndome su corazón, exactamente como la vi en su huertita, sólo que aquí recogiendo cubiertos del piso, y no con pantalones sino con una pesada falda invernal y pantimedias de lana gruesa. Pensé... discúlpe-se-me, pero, al fin y al cabo ¡alguna vez fui poeta!... pensé que no podía ser casualidad: la Ñata me ofrecía su culo-corazón, como una estrella de Belén, marcándome el rumbo. Abrí del todo la puerta. Como todas las puertas de la casa, esta chirría, pero, como de costumbre la Ñata no se molestó en mirarme ni en decirme “Buenas tardes”. Participa in extremis de la noción clásica según la cual una doméstica es como un mueble más de la casa. En todo caso, yo tenía mi plan. Si ella se daba la vuelta y me veía con la verga al aire y se escandalizaba, me haría el borrachito. Le diría “Disculpe, señor ¡hic!”, y desaparecería. Al fin y al cabo, cuando se hace la limpieza en la casa de un hombre solo, este tipo de insuceso puede acaecer. Pero no, la Ñata seguía olímpicamente con el culo para arriba, recogiendo lo que había tirado. Por lo menos un par de platos y un par de vasos yacían hechos añicos en el piso.

Con el “Disculpe, señor” en la punta de la lengua, me le acerqué por detrás. No podía ser que no supiera que estaba parado detrás de ella, casi tocándola, pero hacía como si nada. La muy zorra, pensé, y apoyé la verga contra la comba de tela áspera. ¡Seguía con su tarea, como si no sintiera el contacto! Su Majestad no se quejó de la aspereza sobre la

que aterrizó, más bien puso en práctica la peregrina idea de taladrar el sayo hasta llegar a la zona caliente y húmeda. No me sentía de maravillas haciendo lo que estaba haciendo. Pero, como a cualquier tunante, Su Majestad La Verga Erecta me marcaba el rumbo. Y no era un rumbo del que pudiera sentirme muy orgulloso. Había hecho antes eso, es decir, entrarle a una mujer sin más, salteándome las negociaciones. ¡Qué no he hecho en una vida de curiosidad desmedida por las mujeres! Y por supuesto que, a menos que se trate de un error de interpretación muy grueso de las señales en curso, es difícil que una dama con experiencia resista un ataque sorpresa bien montado. Pero esto era otra cosa: la Ñata era –o me parecía- medio ogresa, medio autista, y era la legítima esposa del gigante bonachón y siete oficios, y la madre de su serie de clones, y no estaba vestida precisamente para seducirme, ni se proponía hacerlo... hasta donde yo podía imaginarlo. Pero ¿qué sabe un hombre del corazón de una mujer?

Heme pues ahí, la verga desnuda y vibrante, como si entonara un himno a su propia potencia, subiéndole despacito la falda de fajina, en actitud que francamente no podía sino indicar que tenía toda la intención de cogérmela. Recién entonces, subiéndole la falda con ambas manos, fue que la Ñata dejó de recoger esquiras de loza y de vidrio, y se quedó quietecita, como jugando a las estatuas, el culo para arriba, en actitud que francamente no podía sino indicar la intención de dejarse coger. Bajándole la pantimedia y con ella el calzonazo blanco me dejé de cosas: asumí que las cartas estaban echadas y que el momento de arrepentirme de la locura en que estaba incurriendo ya había pasado, que detenerme ahora tendría seguramente peores consecuencias que seguir adelante, etc., etc.

La Ñata tenía las nalgas blancas como la harina, y poderosas, no exentas de granitos, y, sobre todo, heladas. Tenía la concha muy peluda, y las mucosas de un morado oscuro. Nunca había visto un culo y una concha de un morado tan fuerte, casi violáceo. Me pareció algo... animal, obsceno, muy desagradable. Alguien con unos orificios tan brutales no puede ser responsable de un alma delicada, pensé, revolcándome en la voluptuosidad de ser deliberadamente injusto con ella. Desde más allá de las vastas redondeces, desde las profundidades hirsutas, desde las grietas ocultas de su cuerpo, un vaho oloroso y cálido me llegó a las narices. Inspiré a fondo los perfumes ásperos y dulzones de sus encantos secretos, almizcles y azufres mezclados con el olor del jabón, pero no de un jabón de tocador, sino del de lavar la ropa. ¡Después de tantos culitos

delicados, perfumados con esencias exóticas, este culazo oloroso a vida, cruda y pura! Y sin embargo... lejos de desenchufarme de mi momento de demencia, la vaharada de pronto me sumergió en una especie de ensueño. ¿Qué era lo que aquella cosa terriblemente corpórea me recordaba?

Me lleno otra vez las narinas, aspirando hasta la última partícula del denso aroma. Aspiro con cautela, con el temor de que aquello se vuelva demasiado humano. Sé que estoy a punto de recordar cosas maravillosas, pero unas palabras, una fórmula, un verso, *buey que vi en mi niñez echando vaho un día*, es todo lo que me viene a la memoria. Inspiro otra vez el vaho, a fondo, con cuidado, como un drogadicto, atento al recuerdo que me acecha, al recuerdo que acecho. Cierro los ojos... y me encuentro olisqueando la conchita todavía lampiña, cuidadosamente perfumada, de la primera noviecita que me cogí. Los ojos cerrados, inmóvil, ido, quedo como colgado del hilo de olor a nena, a nena que se da por vez primera... Ahí estaba, pues, en el fondo de mi memoria, ese olor, esperándome, acurrucado, y ahora lo recupero plenamente, aunque quizá en aquel momento en que lo recibí no significó nada para mí, nada más que una especie de conocimiento olfativo de trámite de la hendidura femenina antes de poner allí la pija y fugaz, discretamente, sangrarla.

El tufo de la Ñata me arranca de la reminiscencia. Echarle un polvo, me digo, echarle un polvo, ya. Rebusco en el matorral con la cabeza de Su Majestad, separando los labios de la concha, abultados como un puño. Empujo con las caderas y me deslizo dentro. Las nalgas las tenía heladas, pero por dentro era toda calor y humedad, y era amplia, tanto como para no topar con nada por más que resbalara, por más que buscara tocar el fondo. Habituada a trabajar su huerta, la Ñata parecía estar muy cómoda así, doblada por la cintura, con la cabeza para abajo. Quisiera saber cuántos de mis culitos perfumados soportarían un ataque en esta posición. A mí, doblarme así, sencillamente me hubiera quebrado la espalda. Doblada así, desaparecida la mitad superior de su cuerpo, la Ñata ya no era la mujer sin cara, era verdaderamente la concha con patas, polifema retacona, especie de monstruito de la misma familia que las cabezas voladoras de Schmidt, como ellas perfectamente adecuada y suficiente como para descargar uno en ella alguna inaplazable urgencia.

Hundido completamente en ella, pelo contra pelo, se me ocurrió pensar que quizá así, en esta posición, pariría, expulsaría uno tras otro los clones del Milton. Super Ñata, fantasma telúrico, madre-tierra. Sí, eso, madre-tierra. Clavado en su cuerpo aprendo – como he aprendido todo en mi vida: tardía y aleatoriamente- lo que es coger sin tener en absoluto en cuenta la mente de la que me cojo. Es que no tengo ni la menor idea de lo que hay en su mente. Ñata es sólo un cuerpo, un cuerpo algo rechoncho, un cuerpo fuerte, caliente, vivo, sumiso, tierra sana y fértil en la que soltar una semilla.

Me tomé de sus caderas y le solté una tanda de puntazos enérgicos, fantaseando alcanzar y estallar el centro oculto de su animalidad. Frío y calmado, treinta puntazos conté, como quien cuenta lagartijas o abdominales. Poco a poco, como resistiéndose a hacerlo, el cuerpo rechoncho comienza a responder, culeando despacito, como para recibir un poco más abierta cada estocada. De pronto me detuve, como si hubiera oído algo, un ruido. Ella también se detuvo, como sorprendida. Después de un momento de inmovilidad y como yo no hacía nada, nada más que seguir guardado en su cuerpo, siguió culeando, empujando despacio contra mi vientre, clavándose y desclavándose, deslizándose a lo largo de Su Majestad. Hasta que no pudo más y apretó las nalgas contra mi vientre y se estremeció, soltando la más discreta, diría que la más reprimida confesión de que había alcanzado el placer. No mucho más que un hipo o un sollozo. Y así quedó, doblada, como colgada de mi clavo, jadeando suavemente, como a punto de dormirse. Me he cogido suficientes madres como para saber que la Ñata al acabar se reprimía para que no la oyeran los niños.

La Ñata, comprendí, no era ningún pedazo de carne sin gracia, era una mina sexualmente honesta –rara avis-, todo un polvo. Podría ser re-bicha, y parecer más tosca que un tamango, pero allá dentro de su almita sabía muy bien lo que es un polvo, y sabía entregarse a él sin reticencias, cualquiera fuera la circunstancia. Yo no estaba para mucha más agitación: después de una larga abstinencia y saltando a la palestra con media paja auestas, no me podían durar mucho los ímpetus. Pero decidí hacer mi mejor esfuerzo, no defraudarla. Esta humilde y discreta cultora del buen polvo se merecía mi respeto. Y respetar a una mujer es dejarla bien cogida. Le solté, pues, otra tanda de treinta, bien trabajada, completita, viciosa, con todo el largo, buscando que saltara la liebre. Y saltó. Al principio no respondía. A tal punto aguantaba pasiva que estuve a un tris de descargar. Pero no tardó en salir en busca de lo suyo. Cuando me

tomé un descanso ella ya estaba como loca. Apoyando las manos sobre la mesada, martillaba con las nalgas mi vientre, descontrolada. Las manos se me fueron para atraparle las tetazas, que se hamacaban enloquecidas.

-No –gruñó terminante y se sacó mis manos de encima como quien espanta moscardones.

Me dejó de cara su grosería, pero no era el momento para discutir buenos modales. Azotaba mi vientre con sus nalgas, y se le escapaba de la garganta un gemidito como de angustia, como de niña asustada. Como si una parte de su ser protestara por aquella entrega descontrolada a los excesos de un extraño. Yo no iba a poder seguir mucho más. Me busqué un mantra que me permitiera resistir todo lo posible. El que encontré fue: Me estoy cogiendo a la mujer sin cara. No bastó para enfriarme. La agarré de las caderas y le di con todo. Reventó.

-Ay, ay, ay, ay –suspiraba, acabando y acabando-. Ahí, ahí, ahí –pedía.

Y después:

-Dámelo –gruñó, de repente, como si fuera a fulminarme de no hacerlo.

Seguía galopando, concentrada en mi polvo: lo quería ahí dentro, en el fondo. O tenía ligadas las trompas, o se ponía diafragma, o tomaba algún anticonceptivo, o estaba loca de remate. Pero su exigencia sorda, animal, me provocó el abyecto placer de coger a lo bestia, en la total irresponsabilidad, sometiéndome al imperativo de preñar con que nos ha bendecido en su incomprensible optimismo la Madre Naturaleza. Es lamentable y me da vergüenza decirlo, pero así fue, y le lancé el lechazo lo más en lo hondo de su entraña que pude.

-Ah, ah –soltaba, coqueta ¡sí, coqueta, a su manera tosca! como si la cosa le quemara allá dentro pero no pudiera sino gozar de la quemadura.

En el fragor del final las manos se me fueron solas otra vez y la agarré de las tetas otra vez. ¡Grandotas y duras como pelotas de fútbol! ¡Magníficas! Estrujándolas me exprimí un goterón más de semen. Pero no tardó en reaccionar, inapelable.

-No –casi gritó, desalojando rudamente a las audaces.

¡Vaya una mina loca! pensé, irritado. No daba para más. Salí de su cuerpo tan enhiesto como entré. Mientras se arreglaba la ropa me vio luchando para encerrar la verga, todavía dura, en el pantalón.

-Espere, espere –dijo.

De un cajón de la mesada sacó servilletas de papel.

-Deme –dijo, para mi sorpresa, y agarrando a Su Majestad por el tallo, manipulándola como quien manipula a un bebé, la secó, centímetro a centímetro, empezando desde la base. Al llegar al casquete presionó para que la boquita se abriera, y con una punta de la servilleta secó los bordes. Nunca nadie me había hecho una higiene semejante. En vez de ceder, la erección recobraba rigidez.

-Chupámela –pedí con mimo. ´

Me pareció, dado el momento, un pedido por demás razonable. Se quedó mirando la boquita, como si esa boquita hubiera sido la que le habló. Después me lanzó fugazmente su mirada de cegata desde detrás de los culos de botella. Negó con la cabeza, con movimientos cortos y firmes, terminantes, y empujó el prepucio hasta que recubrió la calva de Su Majestad. Esto hay que decir: la Ñata se entendía con una verga con una segura naturalidad, como si fuera una más de las tareas de la vida doméstica.

-Por lo menos un besito –insistí con no menos mimo.

-No –dijo, seca.

Y como si hubiera estado curando el tajo que el nene se hizo en el dedo, se dio sin más la media vuelta y siguió con lo suyo. Tomó del costado del refri la escoba y la pala y siguió recogiendo los fragmentos de vidrio y de loza.

Volví a la sala, alimenté el fuego con un par de astillas, me puse cómodo en el sillón, bien arrebujado en la cobija y pensé: “Esperemos que una vez más el agua se convierta en vino, y que el semen se convierta en tinta”. Sí, a esa altura empezaba a sentir -¿cómo no?- nostalgia de la escritura, de ese resolver el mundo en el cielo de la imaginación. En

menos de cinco minutos estaba dormido. Al despertar, la Ñata había terminado la tarea y se había ido.

La resaca que me dejó aquel polvo fue verdaderamente épica. Quedé como atrapado en una tempestad mental que sólo amainaba ahogándola en alcoholes. Me bajé media botella de whisky dándole vueltas y vueltas al asunto. ¿Cómo podía haber incurrido en semejante absurdo? Por un lado sentía como si me hubiera rebajado, por otro como si hubiera abusado de la mujer. La mujer era una simplona, una humilde laburante. Si me la hubiera cruzado en la ciudad ni siquiera hubiera registrado su existencia. Yo, que me he deleitado con cuanta mascarita fragante y graciosa con cinturita de avispa se me puso a tiro ¿cómo pude refocilarme con la Ñata? Si la urgencia era tan grande ¿por qué no recurrir a mi agenda? No iba a faltarme compañía, ni aunque le exigiera que se tomara un ómnibus y viniera hasta Pueblo Yéregui. ¿Desde cuándo ha sido mi actitud el lamentable facilismo de aliviarme con lo primero que se me cruce? ¿Y ella, la Ñata? Quizá sí, objetivamente, abusé de ella. Pero para empezar no hizo ni el menor gesto de resistencia, y para seguir ¡gozó de mi abuso! ¿Entonces? Por más simplona que fuera... ¡se lo tomó como si estuviera obligada, como si ceder fuera su deber! ¿Vestigios del derecho de pernada, pero antes concedido que exigido? ¿Extensión exagerada de las Leyes de la Hospitalidad? ¿Caridad cristiana –bien o mal entendida- para con el que pena en soledad? ¿Fantasías de la Ñata de doméstica “usada” por su empleador? Misterio.

Lo que sí estaba claro era lo que estaba dispuesta a dar en “uso” –las nalgas- y lo que se reservaba para su legítimo –la boca, las tetas. Un clásico: la parte de abajo del cuerpo y la parte de arriba, el cuerpo y el alma. Más allá del absurdo de elegirla y de las absurdas razones que ella pudiera tener para ceder así, me daba vergüenza lo hecho. ¡No se utiliza el cuerpo de otro para descargar humores sin algún tipo de consecuencias! ¿Y el descontrol? ¿Cómo pude descontrolarme como lo hice? Pude haberla preñado. Esa vocecita jodida que dice las peores verdades cuando menos queremos oírlas me soplaba al oído: es que no hay nada más erótico que preñar, sí, preñar, eso que no hiciste nunca, colonizar el cuerpo conquistado. Ya al borde de la borrachera compareció en mi mente la Ñata, súbitamente locuaz, confirmándome, insidiosa que no, que no hay nada más erótico que ser preñada. Se me desató una verdadera tormenta de morbo, del grueso, tan difícil de tragar como una palada de ladrillo molido. Soñé que yo era Jorge y la Ñata era

Ramona, amo y sirvienta en *Viridiana*, y después acompañé al querido Gombro en sus aventuras en las escaleras del servicio.

EL BREZAL

Después de aquella extraña tarde la vida siguió como si nada. Bonifacia, la Ñata, no cambió en lo más mínimo su actitud ni sus rutinas. Llegar, laburar silenciosa como una sombra, desaparecer al terminar. Nada vi en ella que pudiera parecerme huella o consecuencia de lo que pasó. Un momento de locura pronto olvidado, digamos. Como no tenía yo la menor intención de que ese momento se repitiera traté de estar lo menos posible en la casa durante su horario de limpieza. Encaré paseos al pedo por las calles del pueblo, y después, cada vez más, por los alrededores, por los caminos de grava entre las parcelas de cultivos, o siguiendo sendas apretadas por el lado del brezal, o por el lado del monte criollo, junto al río. Con el Negro, que las primeras veces se resistió, al punto que tuve que tironear de él atándole una cuerda al cuello, pero que después asumió sin más la rutina de acompañarme.

Así sucedió que una tarde, en medio del brezal me crucé con un chiquilín, muy paisanito él, pantalón bombacho y boina de vasco. Cruzamos un “Buenas”, y ya alejándose agregó:

-Cuidado con los chanchos.

Me detuve.

-¿Cuáles chanchos? –le pregunté a su espalda.

Se detuvo.

-Los chanchos jabalíes, los chanchos baguales –explicó desconfiado, como si no se creyera mi ignorancia.

-¿Hay jabalíes por aquí?

-A veces.

-No sabía. ¿Y cómo sé cuándo hay? Porque son peligrosos ¿no?

-Se sabe por la huella –declaró seriecito y ceñudo. Y me mostró sus dedos índice y medio, doblados y tan separados como pudo-. Tienen la pezuña abierta.

Miró al Negro.

-Pero igual el perro le va a avisar. ¿Es cazador su perro?

-No... no sé... no creo.

-Igual si el chanco ataca y el perro es valiente por lo menos lo entretiene...

Miré al Negro, que me miró, jadeando y babeándose, con su gran lengua roja colgándole fuera de la boca. Me pareció no muy dispuesto a demostrar su valentía.

-Capaz que el chanco le lastima al perro, pero por lo menos le da tiempo para ponerse a salvo –agregó.

De regreso al pueblo pasé por lo de Milton. Lo encontré en el galponcito del fondo, su taller, la última colilla de un armado colgándole ya apagada de los labios. Pintaba, sin apuro, una estructura de metal, una especie de exhibidor. Le pregunté si era cierto que había jabalíes en la zona.

-Hay chanchos baguales, si. Algunos son grandes. Andan por los humedales, río arriba. O en el monte cerrado. Hay que andarse con cuidado.

-Pero ¿se acercan al pueblo?

-Yo nunca supe que se acercaran. Pero puede pasar, sobre todo ahora en invierno, que no hay gente acampando. Es como todo: no pasa hasta que pasó –agregó, filosófico.

Unos días después, estaba Milton en la azotea colocando la veleta en la salida de la chimenea cuando llegó la Ñata. Ella como siempre, apenas “sí” o “no”, y como si nada hubiera pasado. Como si aquello hubiera sido parte de sus obligaciones, o un castigo razonable por hacer ruido con las cacerolas y romper platos. Al rato, estoy afuera partiendo rolos a hachazos y conversando con Milton, cuando sale ella a barrer el fondo.

-Ñata –le digo-. ¿Usted sería tan amable de enseñarme a hacer un pastel de carne?

Ñata se detiene y me mira. O más bien, mirá un poco debajo de mi cara, mi pecho. Una mirada como de ciega. Que tiene por consecuencia que no le veo los ojos, porque con sus culos de botella sólo si mira directamente cara es posible ver sus pupilas.

-Nadie hace mejor el pastel de carne que la Ñata –aseguró Milton desde arriba-. Y no le digo el pan de carne.

Ñata puso a hervir papas y huevos, y se fue a comprar carne picada. Después compartimos la mesa, yo picando bien chiquitos –como me gusta- la cebolla y el morrón, mientras ella aplastaba las papas hasta que tuvo un puré cremoso. En el techo oíamos las pisadas de Milton. Me vino una sensación como de placidez y armonía. Me sentía de maravillas. Tenía una sensación como de estar en familia. Pensé que quizá era mi hora para formar una familia, quizá ya eran suficientes años de soltería. Cuando tuvo armado el pastel en la asadera lo espolvoreó con queso rallado. Mirándola hacer me había ido creciendo una bonita erección. Cuando la Ñata estaba en la pileta lavando los utensilios que empleamos, me acerqué y le apoyé el bulto contra las nalgas. No sé... era ir un poco más a fondo en el absurdo, pero me pareció que sería lindo, mientras Milton trabajaba en la azotea, serruchar me aquí abajo a la Ñata. Entiéndaseme: era, sí, un poco

de morbo, y un poco de picardía, como en el cuento de Bocaccio del tonelero, pero había algo más: me sentía como una pila que, colocada a manera de puente o de fusible entre ellos dos – la Sagrada Familia-, me cargaba, me recargaba con la leche de su bondad, curándome de todas mis heridas, liberándome de todos los pesos con que la vida me había ido aplastando. ¡Ah, hubiera estado bueno! Ese sí que hubiera sido un polvo sobrenatural, del que hubiera podido esperar todo lo bueno que me pudiera pasar. Pero no fue. La Ñata reaccionó apenas sintió el bulto, dándose vuelta como si la hubiera tocado con un hierro caliente, y desde detrás de su antifaz de vidrio, empañado por el vapor del agua caliente, me dijo:

-No.

La noche de ese día fue la primera en que oí murmullos y susurros. Me desperté en medio de la noche muerto de frío. El fuego se había apagado y no había dentro de la casa leña para reavivarlo. Me puse un abrigo y salí al fondo. Soplaban un Sur helado. El Negro se despertó y se me acercó meneando el rabo. La luna llena aparecía y desaparecía entre el tropel de nubes. Me pareció oír una voz, por debajo del susurro del cañaveral, un murmullo humano, tan íntimo, tan cercano que di unos pasos hacia la pared de cañas pensando que alguien había allí, entre las cañas. El Negro ladró, nervioso. Le impuse silencio. Me acerqué más. Sí, decididamente, alguien hablaba bajito ahí dentro. Parecía repetir una y otra vez lo mismo, como si pidiera algo, pero me era imposible comprender lo que decía. A punto estuve de adentrarme en el cañaveral. No lo hice porque el frío era intenso y empecé a temblar, tan fuerte que parecía atacado por convulsiones. Retrocedí, recogí algunas astillas y volví a la casa. El Negro me miraba con una cara que daba lástima. Lo dejé entrar, pero no más allá de la cocina. Reavivé el fuego y me quedé minutos largos en cuclillas frente a las llamas, hasta que dejé de temblar. Me metí en la cama y me dormí. Por supuesto que al despertarme, a media mañana, pensé que todo había sido un sueño. Que no me había despertado, que no había salido a la noche, que no había oído voces. Pero el Negro estaba en la cocina, nervioso porque ya era pasada la hora habitual de iniciar sus correrías.

No soy cazador. Jamás le disparé un solo tiro a algo vivo. Sin embargo tengo Permiso de Caza y Porte de Armas. Como todo en mi vida: *cherchez la femme*. Era una dama de alcurnia, y era cazadora, con pergaminos africanos, y yo tenía la intención de colarme en una de las hunting parties. Sus dominios familiares incluían un coto de caza bien provisto. De manera que dediqué horas en el Polígono de Tiro a no parecer decididamente un improvisado. Posición del cuerpo, manejo de la respiración, puntería, todas las materias me aprendí, aunque finalmente no me sirvieron de nada. No llegué a adquirir un arma: las puertas de su dormitorio se abrieron para mí sin disparar un solo tiro, aunque no tardaron en volver a cerrarse: era una mujer cruel e indiferente a las mieles de una bella relación.

-Sólo quería estar segura de que no valías la pena –fue lo último que dijo antes de dar el portazo. Evidentemente tenía miedo a enamorarse.

Milton me acompañó a Canelones a comprar un rifle. No pensaba abandonar mis paseos por el brezal y por el monte, llegando eventualmente hasta los humedales. Y la idea de tirarle a un jabalí de pronto me pareció una idea interesante... adecuada, dadas las circunstancias... ¿por qué no? Miedo no tengo. Compré una Lanber 12/75.

-Esta para en seco a cualquier chanco –comentó Milton, apreciativamente.

-El día que la quieras sacar a pasear está a tus órdenes –le ofrecí.

El gigantón no dijo nada, como si estuviera de más habérsela ofrecido, como si fuera de suyo. O como si esperara que le comprara otra igual. Me pareció. Es que él tiene esa cosa entre ogro callado y párvulo tímido. Es hablador, sí, pero no suelta fácil la lengua en aquello que le importa. La culpa era mía si él esperaba que le comprara una igual. Gasto dinero en sus narices como si yo fuera rico, que no lo soy: estaba gastando lo que tenía amorrado. Compré también una cama de dos plazas. Estaba harto de dormir en el estrecho camastro de la tía. Y ¿quién sabe? A lo mejor se me daba la gana de una siesta con la Ñata. Así de mierdoso y canalla me estaba poniendo el inxilio.

RENDICIÓN

Al día siguiente le mostré a la Ñata la cama nueva. Con sábanas flamantes y vistosas, y un acolchado de plumas impresionante.

-Me gustaría que la estrenáramos juntos –le dije, muy seriecito, como si aquello fuera una propuesta perfectamente decente e irresistiblemente seductora.

Se quedó callada, mirando la cama como si en ella yaciera, amortajada, su mismísima madrecita.

-No, en la cama, no –dijo, por fin, como si hubiera evaluado los pros y los contras.

La buena de la Ñata se me parecía cada vez más a Bartleby.

-Bueno, parados entonces –le solté, amoscado y grosero-. Como las bestias –agregué, con ganas de obligarla a salir de su parquedad.

Pero no dijo nada. Y ahí se quedó, tozuda en su silencio, calladamente sometida, dispuesta a lo que viniera.

-Pero tampoco doblada, como si fueras plegable –gruñí, insistiendo en la voluntad de sacarla un poco de sus cabales.

Se lo pensó un par de segundos y se puso en cuatro sobre la cama, con la cabeza colgando, un poco ocultándola, como un ñandú. A saber lo que le pasaría por la mente. A lo mejor pensaba que de esa manera a la vez rescataba su extraño sentido del pudor y me daba gusto a mí, puesto que estaba sobre la cama. Que pensara lo que su confuso sentido de la realidad le aconsejara. Le desnudé el trasero. Pero amoscado como estaba la erección tardaba en alcanzar su punto. Me hice a un lado para que apreciara las circunstancias.

-¿Podrías chupármela un poco? –pedí, correcto pero levemente impaciente, como si ella tuviera la culpa.

Giró la cabeza y miró al gusano semi-despierto, desperezándose.

-No –le dijo.

Decididamente la Ñata le hablaba a las vergas. A la mía, por lo menos. Lástima que siempre le decía lo mismo. La empuñé y me la meneé delante de sus narices. Abrió la boca, un poco como sorprendida. O quizá fue un automatismo: quizá estaba acostumbrada a abrir la boca cuando Milton se la meneaba delante de sus narices para evitar más clones, evitando así que su legítimo esposo derramara en el piso la semilla, como hacía grosero de Onán. Cuando la tuve bien dura, convencido como estoy de que a todas las mujeres les gusta chupar una verga, aunque lo nieguen, se la acerqué a la boca todo lo posible sin llegar a tocarla, para que, en todo caso, se sirviera ella misma.

Debo decir que con la felación tengo un verdadero vicio. Todo empezó en la adolescencia con mi primera noviecita. Pronto descubrí que estaba dispuesta a chupármela donde y cuando yo quisiera, invariablemente tragándose el producto. Fantaseaba que yo padecía de eyaculaciones incontrolables, y que era su obligación

evitar que el delicado –y delicioso- producto de mis testículos terminara derramado en la suciedad o manchando parqués o alfombras. Me la chupó en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, y detrás de una puerta entornada con toda su familia en casa, y en la sala de espera del sanatorio en el que cuidaba a su hermana operada de apendicitis, y en la hamaca del balcón de su casa mientras puertas adentro se festejaba su cumpleaños de quince. Donde fuera. Quedé vicioso. No duró conmigo una mujer que no me la chupara. Y duró conmigo más de lo razonable alguna cuya única virtud era padecer del vicio simétrico. De hecho soy tan sensible al tema que me basta con cerrar los ojos y revivir alguna de las tantas mamadas memorables para conseguir una erección completa.

La Ñata no cedió, pero dudó, bizqueando, tiempo suficiente como para convencerme de que me negaba lo que en realidad tenía ganas de hacer.

-Metémela –balbuceó.

¡Caracoles! ya eso, La Gran Invitación, en su voz, era verdaderamente una novedad. Claro está que, tomado por sorpresa, pensé que me decía que se la metiera en la boca y adelanté el bombón hasta tocar sus labios. Dio vuelta la cara.

-No –repitió una vez más.

A punto estuve de agarrarla del pelo y obligarla por lo menos a lamérmela. No lo hice. Un poco por temor a que la cosa se complicara, pero más seguramente porque – perdón, pero es la verdad, aunque en ese momento yo sólo lo intuyera vagamente- había anidado en lo profundo de mi corazón su aura –suya y de su marido, o sea, de la Sagrada Familia-, su aura de primigenia bondad, y nada haría yo que ensuciara, que le faltara el respeto a ese aura. Todo debía de ser según su santísima voluntad. De manera que, irritado, y con la verga dura como si fuera de madera, decidí, acatando su voluntad, de todas maneras vengarme de su tozudez.

Como a muchos les sucede, supongo, cuando me siento así, frío y furioso, puedo aguantar el polvo tanto como quiera. De manera que me preparé para darle tanto como fuera necesario para que su santísima voluntad quedara en mis manos. Pronto supe que

la Ñata –y, por supuesto y gracias a Dios, no era un caso raro en esto-, con una verga así, dándole y dándole, sin prisa y sin pausa, era incapaz de contenerse: acabó, y no tardó en volver a acabar, siempre en su estilo de gruñir mordiéndose los labios, vibrando y estremeciéndose como si estuviera a punto de destartarse, incapaz de estallar abiertamente, de gozar como Dios manda. Pero la cogida que le propinaba no amainó. La inminencia del tercer polvo le taladró el cerebro. Abrió finalmente la boca, peló los dientes y soltó un chillido reprimido, culeando como loca, desesperada por alcanzarlo. Hasta que lo alcanzó. Berreaba jadeando como si hubiera tenido que correr quilómetros para alcanzar aquel maldito polvo. Ya no podía sostenerse en cuatro. Se hubiera derrumbado en la cama prohibida si no la hubiera tenido fuertemente agarrada por las caderas. Reinicié, implacable.

-O... o... –decía, incapaz de mover la lengua para decir “no”.

Imaginaba yo –uno imagina cosas así- que si la acababa una vez más iba a quedar tan dócil como se puede desear que sea una amante. Aun desfalleciente empezó a gozar una vez más de la cogida. Con un movimiento rápido le solté las caderas y le atrapé las tetas. Fantásticas tetas. Grandotas, duras, pesadas. Las estrujé, con las manos en éxtasis. Ni la más mínima resistencia. Jadeaba y suspiraba, cantando las maravillas de tener una verga tenaz como un taladro trabajando lo más profundo de su cuerpo. Sí, así era, ahora, de repente, cualquier cosa valía. Ya no tenía cómo proteger aquellas santas tetas que pretendía guardarse para el legítimo o para lo que fuera.

-¿Me la vas a chupar? –pregunté, amenazante.

-I... i... –exhaló, exánime.

-¿Y te voy a acabar en las tetas? –me zarpé, morbosamente, vengativo.

Silencio. Era demasiado. Hacía como que no con la cabeza. Pero finalmente suspiró:

-I... –concedió, padeciendo claramente el desgarrón de darse completamente por vencida.

De manera que nada de eso hice, por supuesto. Misteriosas o estúpidas, pero tenía sus sagradas razones, y forzarla a abdicar de esas razones hubiera sido algo así como

violarla. Todo sería, pues, según su santísima voluntad. Sacudió de pronto la cabeza, como tratando de reaccionar, o como a punto de desmayarse.

-Démelo ya, ahora –exigió entre jadeos, resurgiendo de sus cenizas.

-¿Dónde lo querés? –pregunté por las dudas, aflojando el ritmo, con el polvo a punto.

-Ahí, ahí –dijo apretando los dientes y culeando, ávida.

Una vez más: o le habían clausurado el expendio, o tomaba sus precauciones. Lo que fuera. Ella se comportaba como si fuera problema suyo y yo no hice sino darle la derecha. Una vez más le inyecté el chorro de esperma tan en lo profundo como me fue posible, perdido en la para mí ignota embriaguez de preñar a la hembra cuando pide que la preñen. Pero cuando cojo así, frío y distante, aunque me vacíe del todo, continuó itifálico. Me retiré de su cuerpo y me paré de manera que pudiera apreciar mi imperturbable rigidez. Temblaba, como con escalofríos, como si sintiera a mis frenéticos espermatozoides en ese mismo momento preñándola. Parecía al borde del nocaut. Cualquier brisa leve la hubiera tumbado. Como juntando fuerzas para ponerse de pie miraba fijo mi vientre. Entonces, inesperadamente, con total claridad, como para que la oyera y la entendiera el mundo entero, o por lo menos yo, que era el que ahí estaba, o peor, como si estuviera actuando en un teatro imaginario, murmuró:

-Dios mío ¿por qué me has abandonado?

La sorpresa me impidió, de momento, adivinar si la pregunta se la formulaba a mi portento, maravillada ante la intensidad del goce al que la había sometido y sufriendo porque se había retirado dejándola vacía, o si padecía una auténtica arremetida de culpa católica, consecuencia de la magnitud y la reiteración de los pecados que venía cometiendo. Ante la autenticidad de la angustia y/o nostalgia que denotaba su exclamación, no fui capaz de decirle nada. Tampoco daba la cosa como para abrazarla e inventarle palabras que la confortaran y/o la consolaran para el caso de que le fuera necesario. Trabajosamente se puso de pie, se arregló la ropa y, tambaleándose como una borrachita, salió del dormitorio. Momentos después oí que empezaba a lavar los platos en la cocina.

DE CACERÍA

Con Milton nos metimos monte adentro para probar la escopeta. Resultó que yo tenía mejor puntería.

-No soy muy cazador, pero he matado chanchos. Y hay que ser más que cazador para matar a un bicho grande como un toro que se le viene a uno encima con unos colmillos como puñales –decía Milton, un poco amoscado por mi puntería-. Hace unos años por aquí eran una peste. Formábamos piquetes para salir a matarlos. Éramos como pelotones de fusilamiento.

Y después:

-La única manera de parar a un chanco grande cuando arremete –me decía- es darle en el medio de la cara. Y para eso hay que esperar a que esté lo suficientemente cerca como para no errarle. Hay que tener sangre fría. Hay que ser cazador y pico.

El Negro festejaba cada tiro con ladridos.

-¿Qué te parece mi sabueso? –le pregunté.

-Lo conozco de verlo en la calle. Es un lindo perro. No es de hacer rabietas, pero no es maula –dijo Milton. Y agregó-: No creo que haya cazado nunca.

El gigantón estaba verdaderamente encantado con el arma. La levantó, hizo como si apuntara siguiendo la carrera de un animal. Al final del movimiento estaba prácticamente apuntándome. Bajó el arma y sonrió. En sus facciones groseras la sonrisa daba miedo. Sentí un escalofrío. Al fin y al cabo le daba mi arma, cargada, al tipo cuya mujer me estaba cogiendo. Aunque por cierto que no necesitaba mi arma. El gigantón se veía tan fuerte como para aplastar cráneos como si fueran nueces. Viéndolo caminar, otra vez me llamó la atención la suavidad y la agilidad con que se movía pese a su tamaño. Los grandotes generalmente son torpes para moverse, pero él parecía realmente caminar en puntas de pies, como un boxeador ligero, o como un bailarín. El overol es ropa holgada, y a Milton, más bien enjuto, le bailaba, pero aún así pude apreciar que lo que le colgaba entre las piernas era de un calibre acorde con la envergadura general de su cuerpo. No tardé en caer en especulaciones morbosas. Bonifacia era amplia, y hasta donde pude comprobarlo, profunda. Parecían, pues, hechos el uno para el otro. Y la productividad de sus débitos y créditos conyugales, estaba a la vista. ¿A qué venía entonces que ella, echándose aparentemente encima toneladas de culpa, viniera a darse gusto con proporciones bastante más modestas? Una raya más al tigre. El misterio del sometimiento de la Ñata a mis demandas me parecía insondable. Evidentemente que, al fin y al cabo, hasta a la Sagrada Familia podía sucederle que le sobrara algo o que le faltara algo. *Mysterium fidei*.

El invierno estaba ya instalado con todo su rigor: viento y lluvia, frío y humedad. Mi ropa invernal urbana de poco me servía para pasear por los humedales. Me compré botas de caucho altas y un impermeable a prueba de rayos y centellas, y salía a pasear con el perro y la escopeta temprano de mañana. A pasear es un decir. Ya no iba con la mente en blanco o dejándome llevar por algún delirio, iba muy atento a cualquier sonido que pudiera indicarme la cercanía de un jabalí. Deseando encontrarlo. Sobaba en los

bolsillos mis amuletos en muda plegaria. Cada tanto el Negro levantaba el hocico y venteaba, luego lo bajaba y olisqueaba el barro de los senderos. Novato en esas lides quizá, pero muy en su rol. A veces se inmovilizaba y estiraba las orejas. Yo bajaba la escopeta del hombro, despacito, atento a la aparición de la presunta bestia. Pero el Negro abandonaba el alerta y seguía con su olisqueo, moviendo el rabo despreocupadamente. A veces, encontrando un punto que me parecía ideal para esperar al inminente jabalí, me sentaba en un tronco con la escopeta preparada. Allí esperando, acechando casi, recordé una lectura de adolescencia. *El acecho* se llamaba el libro. El cazador se instalaba junto a un ojo de agua a esperar que el tigre se acercara a beber. O bien el tigre se instalaba junto a un ojo de agua a esperar que el antílope se acercara a beber. Fue una lectura que me impresionó en su momento, aunque hasta ahora nunca la había rememorado, de manera que se me presentaba imprecisa, como a través de un velo, o como reflejada en el agua de un estanque. Hemingway me parecía recordar que era el autor.

Las salidas en busca del jabalí se hicieron diarias. Sólo me detenía que diluviara, o que hubiera tormenta eléctrica. El Negro ya no zarpaba al amanecer para sus correrías por el pueblo, sino que esperaba en la cucha a que yo apareciera colgándome del hombro la escopeta. Una mañana, junto al Negro me esperaba el manchado. ¿Lo habría invitado? ¿Cómo invita un perro a otro? Desde entonces fuimos tres, aunque el manchado –decidí llamarlo Chado– no dormía en casa. Venía tempranito para tomar parte en las expediciones. De regreso de las caminatas, hacia mediodía, ambos retomaban sus correrías por las calles del pueblo.

ENTREGA

Después de una comida –digamos- nutritiva, como para restaurar la energía derrochada en quilómetros de caminata, abundantemente regada con vino, de preferencia blanco –chardonnay chenin o torrontés según el humor del día-, mi única opción, como creo que ya dije, era sacarme las botas, acomodarme en el sillón frente al fuego y dormir un rato, entregado a recuerdos vagos y a juegos inconsistentes de la imaginación. Como dije, no tenía libros. Mi desinterés por la lectura era bastante anterior a la segunda catástrofe. En algún momento, harto de leer chatarra, asumí que tenía razón aquel que, para leer a sus contemporáneos, prefería esperar el juicio de la historia, de manera que definí el pequeño número de escritores, ya bien leídos, que me interesaban, de los cuales tenía parte de su obra y con los cuales un diálogo ocasional y fugaz me era suficiente. Pero después ni a esos favoritos leía, o sólo los retomaba in extremis, cuando momentáneamente agotada la mía de tanto abusar de ella, padecía la

ausencia de inspiración como una sensación física parecida al hambre, y buscaba consuelo en la inspiración ajena.

Escribir y leer, me decía, son dos cosas totalmente diferentes, en las antípodas la una de la otra, y de ninguna manera un escritor es necesariamente un buen lector. De hecho o bien se es bueno en lo uno o se es bueno en lo otro —o ni en lo uno ni en lo otro, que es lo más habitual, por supuesto—, pero no se puede ser bueno en ambas cosas. Es más, prescribía sin piedad: cuando un escritor deja de leer significa que está definitivamente maduro, que ha levantado vuelo, que ya no sabe de más horizonte que el propio. Así razonaba hasta que, además de dejar de leer, dejé de escribir. De manera que sí, ya ni escribía ni leía. Pero en esas siestas del burro fui desarrollando una extraña actividad, de lectura en cierto modo, aunque puramente mental e imaginaria, actividad cuyo producto se desvanecía sin dejar huella con el último cabeceo de la siesta: trataba de recordar —y recordaba a menudo hasta el detalle— frases y hasta párrafos enteros, de mis propias y numerosas novelas. De una de esas siestas fue que me despertó una especie de resoplido cercano. ¡El jabalí! pensé al borde del pánico, pugnando por zafar de la bruma alcohólica a la vez que tomaba nota de que, como solía sucederme en estas siestas, estaba en erección. Pero ¿cómo podía haberse metido la bestia dentro de la casa? No me atrevía a moverme, ni a girar la cabeza. Había venido seguramente para acabar conmigo, para llevarme a sus infiernos, como hizo Moby Dick con el Capitán. Giré la cabeza muy despacio, miré, la vi y me tranquilicé: para la ballena blanca que vi pasándole la franela a cada rincón de la vitrina tenía yo un arpón infalible.

-Vení, Ñata —llamé suavemente, con un tonito que no dejaba lugar a dudas respecto de mis intenciones.

Se acercó, obediente. No sé si fue porque al despertar estamos muy finos en las percepciones, pero al acercarse la Ñata tuve la certeza de que ese día en su casa habían comido o comerían buseca. Perdóneseme la precisión, pero es que disfruté desde la mesa de la cocina, garabateando mis deberes escolares, de la preparación de inúmeros guisados. Soy hipersensible a los aromas de los guisos. De hecho me gusta preparar comidas corrientes porque al hacerlo me sumerjo en el recuerdo de aquellos momentos con mi madre. ¿Cogerme a esta matrona que huele a comida de olla y a chiquilines era una manera tardía y razonable de realizarme en tanto Edipo? Quizá. Probablemente.

Pero el punto me dejaba indiferente. Todo estaba bien, de maravillas: los guisos y los polvos. ¿Qué podían agregar de bueno los placeres de la intelección? Muy poca cosa.

La Ñata, pues, compareciendo, disponible. Animalito de Dios. Buen soldado. La franela amarilla en una mano, el plumero en la otra. Oliendo también, un poco, a lustramuebles. No hay nada más erótico que los olores, y no sólo el olor a concha, o a sudir, o a semen, sino el olor, el que sea, que traen consigo habitualmente aquellos a quienes nos cogemos, así sea olor a naftalina. Como decía Casanova: “siempre encontré que la que amaba olía bien, y cuanto más fuerte era su transpiración, más suave me parecía”. Me quité de encima la frazada, abrí la portañuela y le mostré el enano, erguido en toda su pequeñez, encabritado, impaciente.

-Querida Ñata –le dije con la lengua un poco trabada por el vino- necesito un poco de tus olores íntimos. ¿Podrías bajarte los pantalones?

Con gracia digna de una bailarina y no de una fregona dejó sobre la mesita la franela y el plumero. Sentí que la Ñata iba pasando lentamente de la pasividad a la aquiescencia. Que quizá podríamos ir dejando atrás la cosa hierática, ceñuda y brutal de nuestros primeros encuentros. Quizá, torpemente, a ciegas, como topos, podríamos empezar a explorarnos mutuamente. Se subió el sweater y soltó el cinturón, y luego el botón, y bajó el cierre del pantalón. Empujó para abajo la ropa hasta mostrarme su delta, peludo y desnudo. Y así se quedó, mostrando y esperando. Acerqué la cara a su vientre. ¡Dios mío! Nunca había tenido una mujer que oliera tanto a ser humano. Me llené las narinas con fuerza, como un adicto. Apoyé suavemente la mano abierta sobre el vellón. Eso necesitaba, el calor de su cuerpo rechoncho y oloroso, su hirsuto vellón para almohada, para apoyar mi mejilla. Mi mano trató de remontar su cuerpo en busca de sus tetas. ¡Cómo necesitaba estrujar sus duras tetas campiranas! Pero me frenó. Puso los antebrazos como barricadas bajo los senos.

-No –dijo, quizá con menos rudeza que otras veces, quizá como rogándome que no insistiera. Y agregó, como si necesitara disculparse, así fuera torpemente-: Los pechos no –como si fuera evidente por qué no.

-Mujer –le dije, sin esperar que entendiera qué le decía- tenés más alambre de púas que un campo de concentración –y para darle más fuerza a mi argumento descapoté la verga y la blandí con energía-. ¿Estás ciega? Mirá cómo estoy.

Se quedó mirando la cabezota, como esperando que aquella boquita hablara, o escupiera, o lanzara una llamarada. Después se dio media vuelta y se inclinó un poco para adelante apoyando las manos en la repisa de la chimenea. Eso era, pues, lo que tenía para mí, sus nalgas. Me puse de pie, no sin dificultad. Me pesaba todo, menos la verga que más bien como que jalaba de mí para ayudarme a levantarme. La abrí con ambas manos, dejé que me llegara el vaho de sus abismos y le hundí la verga. Suspiró y echó el culo para atrás para alojar todo lo que hubiera. Empecé a cabalgarla. De inmediato sentí la cosquilla. Aquello iba a durar muy poco. Su cuerpo se abría y se abría. Los suspiros dejaron lugar en sus labios a una especie de bisbiseo. ¿Qué decía? Imposible saberlo. Hablaba con algo o con alguien, quizá suplicaba un perdón, quizá prometía no volver a dejarse. ¡O quizá rezaba, como una mártir cualquiera entregada al suplicio! O quizá, a algo o a alguien, le iba contando cómo, aunque no quería, el polvo la iba llenando, la iba inflando hasta ponerla a volar por encima de todo lo que hubiera a la vista, pero sobre todo lejos del alcance de su débil voluntad.

Remontada la cuesta se dejó ir, hay que decirlo, como sólo una verdadera dama sabe hacerlo, soltándose, a voz en cuello. Sí, definitivamente, algo estaba cambiando. No era ya la cosa ceñuda y violenta. Por primera vez conmigo, la Ñata se dejaba llevar por la correntada orgásmica, sin reprimir la expresión, sin oponer ninguna resistencia. Llenó la casa de aes de todos los colores. Tales culazos me dio que a punto estuvo de tirarme de vuelta encima del sillón. Para mí fue demasiado. Me uní a la celebración, coroné su polvo con el mío, a manera de premio por su completa capitulación. Aquello sí era un verdadero polvo. Nuestras paralelas se tocaron en el infinito y quedamos chapoteando de puro contento en las mutuas humedades. De pronto reaccionó, como si la hubieran pescado in fraganti. Se arrancó de la verga, se subió los pantalones, recogió sus bártulos de limpieza y huyó raudamente de mi zona de influencia. Que rajara cuanto quisiera, la línea estaba cruzada, ya nada volvería a ser como antes.

MISTERIO

El bisbiseo indescifrable de la Ñata volvió esa noche en un sueño. Yo estaba montándola, exactamente como lo hice en la tarde, mirando fijamente su nuca. El bisbiseo por momentos se hacía más fuerte y me daba cuenta de que hablaba en otra lengua, una lengua que me resultaba totalmente desconocida, gutural y caprichosa. Pero además de bisbisear en otra lengua, la Ñata bisbiseaba con otra voz, que no era la suya. De pronto, sin dejar de bisbisear, como si rezara, la Ñata comenzaba a girar la cabeza, como para mirarme por encima del hombro, y a mí me daba pánico. La posibilidad de que me mirara, o mejor dicho, que me mostrara su cara, de que dirigiera hacia mí su bisbiseo, me daba pánico. El movimiento de girar la cabeza era inconcebiblemente lento y mi pánico iba en aumento. Yo aceleraba el ritmo de la cogida, decidido a acabar antes de que llegara a mirarme a los ojos, como si eso pudiera salvarme de quién sabe qué.

Pero entonces, de pronto, algo sucedía en la sala. El fuego de la estufa había estallado y las lenguas de fuego se expandían por toda la sala. Salté de la cama y como estaba, en pijamas, crucé la cocina y salí por la puerta del fondo. Pero entonces ya no me importó más el fuego enloquecido en la estufa, porque del cañaveral me llegaba, mucho más nítido porque esa noche no había viento que meciera el follaje, el mismo susurro que había oído unas noches antes, que resultaba ser el mismo bisbiseo que la Ñata profería con otra voz. El mismo bisbiseo, pero mucho más desesperado, mucho más apremiante.

Como si también lo oyera y estuviera decidido a resolver el misterio, el Negro se lanzó dentro del cañaveral. Apartando las cañas a manotazos avancé en la penumbra lunar siguiendo al Negro, tanto avancé que me sorprendía no haber salido ya del otro lado de la manzana. Me detuve y traté de entender qué era lo que decía aquel susurro, pero era imposible. Se acercaba y luego se alejaba hasta apagarse, hasta convertirse en algo parecido al jadeo de alguien que se ahoga. Por momentos me parecía que decía: “la desgraciada, la desgraciada...”, y luego: “camina (o caminan) sobre la tierra...”, y también: “no sabe (o no saben) nada...”. Del esfuerzo de concentración me sacaron los ladridos enloquecidos del Negro. Me ladraba a mí. Me gritaba. Y luego se puso a rascar la tierra entre las cañas, como si allí hubiera dejado un hueso con mucha carne, y se lo hubieran robado.

Me agaché a su lado y le hablé para tranquilizarlo, pero se volvió hacia mí con los ojos rojos, y me ladró de la peor manera, tanto es así que pensé que iba a atacarme. Y entonces, se calló, y quedó inmóvil, mirándome. ¡El susurro angustiado y angustiante había desaparecido! Sólo había un silencio perfecto, ese que suena de tan denso, el que sólo es posible en lo más profundo de la noche. De pronto una especie de resplandor iluminó el cañaveral. Con el resplandor pude ver, por entre las cañas, que también el fondo del cañaveral estaba limitado por un muro alto. Como de cementerio, o como de recinto de cuarentena, como destinado a evitar que se expandiera una peste. Llenó el aire de la noche el ladrido de un perro malo, furioso, como rabiando por soltarse de la correa, para atacar.

-Quieto, chico, quieto, cállese –ordenó una voz de viejo.

Pero el perrazo seguía ladrando, cada vez más furioso.

-¿Quién anda ahí? –preguntó el viejo, amenazador-. ¿Quién anda ahí?

Lo imaginé asomando por encima del muro y tirándome chumbazos. Me paré y corrí. A lo loco. Llevándome por delante las cañas, que me golpearon una y otra vez en la cara. Me parecía que las hojas de las cañas, filosas, me cortaban las palmas de las manos. No supe si el Negro me seguía o si había ido a buscarle pelea a aquel perro guardián. El cañaveral me vomitó de pronto sobre el fondo de la casa. Me metí en la cocina y cerré con llave. Estuve un rato parado detrás de la puerta, pero no oí nada. No parecían haberme seguido. Estaba muerto de frío, y agotado. El fuego de la estufa era normal. Lo alimenté un poco más, me acosté y de inmediato me dormí.

Desperté casi a mediodía, fresco y aliviado, como quien zafa, con muchas horas de sueño, de un estado febril. Por supuesto que al segundo de despertar estaba preguntándome si aquello había sucedido realmente. Me paré frente al espejo. No había en mí huella alguna de la corrida loca por el cañaveral. Ni un moretón, ni un raspón, mucho menos un tajo. No tenía húmedos ni los bajos del pantalón ni las medias de dormir de lana gruesa que me pongo en invierno. Nada. Y sin embargo me parecía que por lo menos una parte de todo aquello realmente había sucedido. ¿Cuál? La Ñata no había venido a coger por la noche, y el fuego no se había expandido fuera de la estufa. ¿Me había metido en el cañaveral? ¿O sólo había sido un sueño que reelaboraba lo vivido unas noches antes cuando había oído el supuesto susurro y había estado a punto de abrirme paso entre las cañas? ¿Nada había sucedido? ¿Había sido un delirio producto de un golpe de fiebre? Nunca me había sucedido algo así.

Desayuné y salí a dar una vuelta a la manzana, caminando despacito, husmeando en busca de un perrazo como el que rugía la noche anterior. Desde la calle no di con él. Puros perritos chillones pude ver. Lo cual no significaba que no lo hubiera. Lo que sí vi fue que las tres casas que del otro lado de la manzana lindaban con la mía tenían, efectivamente, contra el cañaveral, muros tan altos como los vecinos de los lados. La casa de la tía Sabrina estaba lo que se dice en cuarentena. Semejante proceder no podía sino tener una explicación. La gente pensaba que la casa de la tía estaba maldita, o embrujada. ¿Acaso no podía yo decir lo mismo?

BANALIDAD

Me costó un buen rato salir de la perplejidad en la que estaba. De hecho lo que me sacó fue que sonó, por primera vez, mi nuevo número de celular. Había olvidado que le había cargado como ring-tone el Himno Nacional. Nomás para sacar de onda a quien estuviera cerca cuando sonara. Me tomó de sorpresa y, pasado de rosca como estaba, no me hizo gracia sino que me causó la misma irritación de siempre. ¿La guerra, la tumba, morir? ¿Es que no se puede cambiar el Himno? ¿Esta triste loa al patrioterismo guerrero es para siempre? Si a la fuerza tiene que haber un Himno ¿por qué no uno que le cante al amor, al vino, a la vida, a la belleza y a la solidaridad humana?

Por supuesto, era mi ex-editor. Me anunciaba un depósito en mi cuenta y me recordaba que le había expresado mi intención de releer *El Bien Supremo* antes de que

fuera a imprenta. A punto estuve de decirle que no me importaba en absoluto si en el bendito libro había o no algo para corregir. Pero eso hubiera sido introducirlo en la intimidad de mi nueva condición de ex-escritor. En realidad, ahora que lo pienso, nunca oí ni leí la expresión “ex-escritor”. Es posible que nunca haya sido utilizada. Porque nadie se declara, ni a nadie se declara “ex-escritor”. Creo que la convención es ésta: se puede dejar de escribir, pero no de ser escritor. Es parte del rollo de la divinización del arte: ser escritor sería algo así como una maldición imprescriptible, impuesta por decreto sobrenatural. Pavadas: se puede ser escritor y dejar de serlo más o menos por las mismas razones por las que se puede ser carpintero o policía y dejar de serlo. El tema de las expresiones supuestamente nunca antes usadas me recuerda otras que patenté –por el mero hecho de publicarlas- y por las que debiera de cobrar royalties en el caso de que sean utilizadas: “aurora lunar” y “erotica australis”. Me gusta encontrar en los pliegues de la cotidianidad del lenguaje combinaciones inesperadas de las que sólo muy lentamente me voy dando cuenta de la riqueza de significados que liberan.

En realidad -empecé a comprender-, no me caía tan mal la perspectiva de echarle un ojo al librito, y de corregirlo si era necesario. Es más: considerando el aspecto levemente obsesivo de mis caminatas en busca del jabalí, la innegable calentura que me producía la Ñata, y mis salidas nocturnas reales u oníricas en busca del fantasma del cañaveral, me pareció evidente que sentarme un rato a trabajar en algo no podía sino resultarme beneficioso.

¿Qué era entonces lo que pasaba con *El Bien Supremo*? Como me ha sucedido con todo lo que he escrito, sólo bastante después de darlo por terminado empecé a comprender la naturaleza de ese texto –es una parodia que se muerde la cola-, y tuve vagamente la impresión –o el temor- de no haber agotado sus posibilidades. Quizá sí lo había hecho –no hubiera sido la primera vez que padecía ese tipo de falsa alarma-, pero la única manera de estar seguro era leerlo una vez más, cuidadosamente. ¿Podría, desde mi condición de ex-escritor, realizar esa tarea? El notebook lo había traído, y ahí estaba el archivo en cuestión. Decidí considerar seriamente la posibilidad de encarar la presunta corrección.

No se crea que en mi espléndido aislamiento, aparte de las caminatas matutinas, no tuviera nada más que hacer. Como el autor de *Viaje alrededor de mi alcoba* soy capaz de extraer abundante entretenimiento de la observación de detalles perfectamente irrelevantes. El título de de Maistre tiene de peculiar que invita irresistiblemente a la paráfrasis. Especialmente recordable por la gracia y, por supuesto, por la música, es la de Biriotti, *Viaje alrededor de mi ombligo*. Ofrezco aquí la que se me acaba de ocurrir, *Viaje alrededor de mi tumba*, que tiene que ver con el estado de espíritu que me llevó a Pueblo Yéregui. Calculo que le hubiera gustado a Lowry.

Decía, pues, que me entretengo fácilmente. Una tarde, sin más intención a priori que calentarme un poco los huesos, saqué un taburete al costado de la casa y me instalé en la única islita de sol que ese día de invierno seguramente se permitiría. Doblé los dedos para mirarme las uñas de las manos. Inspección de rutina: higiene, largo, brillo, manchas blancas, cutícula. Para estudiarse las uñas, mirar al dorso de la mano con los dedos extendidos, es femenino; en cambio mirar a la palma de la mano doblando los dedos, es varonil. Asimismo: en la túnica escolar o de trabajo femenina los botones deben estar a la izquierda y los ojales a la derecha, siendo que en la masculina debe ser a la inversa. Asimismo: para recoger lo caído el varón se inclina doblándose por la cintura, mientras que la mujer se agacha flexionando las rodillas. Asimismo: caminando por la calle la mujer se toma del brazo del hombre, no el hombre del de la mujer. Y el hombre camina del lado de la calzada, no la mujer.

Vagamente entregado a los placeres de la enumeración, distraído, advertí que las uñas de mi mano derecha, ya liberadas de la inspección, se juntaban, como para secretear, pero exagerando, como si cada una quisiera estar en contacto con todas las demás, cosa imposible, por cierto, pero en la que persistían con insobornable necesidad. Me impuse, estirando los dedos, bien separados. ¡Qué alivio! ¡La palma de la mano, plena! Símbolo del deseo de atrapar al viento. ¡Ah, la vida propia de las manos! Su expresividad. Ojo, no digo su lenguaje, codificación trivial, sino su expresividad. Y no hablo de vida propia truculenta, como en *Las manos de Orlac* -que Lowry cita en *Bajo el volcán*. Doy vuelta la mano, ahora obediente, sometida, la doy vuelta despacito, como si la tuviera en exposición, al mejor postor. ¡Coquetea, la muy exhibicionista! De pronto la quiebro por la muñeca hacia delante. Así, parece pronta para que la monten. Patalea un poco, débilmente. La devuelvo a la vertical y ahora la quiebro hacia atrás. De

forzarla hacia atrás, por la tensión, tiembla un poco, quizá atemorizada. Me hace pensar en Donald Pleasence en *Cul-de-sac*, vestido con el camisón de su mujer, con la boca y los labios grotescamente pintados, cagándose de frío en la terraza del castillo, con la nuez tan prominente subiéndole y bajándole a lo largo del cogote.

La mano y el pulgar: la mano cerrada con el pulgar erecto, idem con el pulgar escondido debajo de los otros dedos, idem con el pulgar amistosamente apoyado contra el costado del índice. Después los cuatro dedos en línea abriéndose rápido y luego cerrándose lentamente sobre el pulgar que yace inmóvil sobre la palma de la mano. Y así siguiendo, con cada figura diciéndome algo, pero algo informulable, puramente emocional. Hasta que la isleta de sol desapareció. ¿Cuánto rato pasé mirándome las manos? Lo ignoro. Los dedos de los pies, aunque a priori no lo parezca, no dicen menos. Pero con ellos hay que dialogar delante del fuego de la estufa. Al frío se pasan. Dialogan sobre todo cuando se les corta las uñas, quizá porque los ponen nerviosos las tijeras. No, definitivamente no, gracias a mi creatividad natural no me falta nunca con qué entretenerme, un poco a la manera de Gómez de la Serna, exprimiendo los costados graciosos de la banalidad. Pese a lo cual tuve tiempo suficiente como para pergeñar una lamentable estupidez, que paso a relatar.

LA OFENSA

Trataba de espaciar en el tiempo mis desfuegos con la Ñata Bonifacia. No era cuestión de enloquecerla dándole y dándole. Quería yo algo medurado y llevadero, hasta aburrirme de ella. Lo último que quería era un escándalo pueblerino. Por lo demás, por momentos, el recuerdo de las damiselas perfumadas, delicadas, elegantes, graciosamente delicadas, sofisticadas y morbosas, con las que he sabido, tanto como he podido, solazarme, me quitaba todas las ganas de ver su cara de papa y de prenderme de sus caderas gruesas de mujer de fajina. Un día, mirándola hacer su tarea se me ocurrió que la pobre mujer en realidad tenía muy poca ropa. Le tenía visto un vaquero y un pantalón de polar, y una falda, especie de sayo de tela áspera, con la que vino alguna vez a casa y que llevaba en la iglesia. Eran gente pobre, de trabajo, y con cuatro hijos no

le quedaría dinero a la Ñata ni para arreglarse un poco. De manera que, con la mejor intención del mundo, me le acerqué y le dije:

-Ñata, me gustaría darte un poco más de dinero...

Me miró con los ojos muy abiertos, como espantada. Ahí sí que llegué a verle las pupilitas allá en el fondo de los culos de botella.

-No –dijo, conteniendo la voz, asustada, como si mi propuesta hubiera puesto en jaque todo lo que en su vida tenía algún significado, como si le hubiera propuesto algo no sólo repugnante sino también incalificablemente humillante para su dignidad de mujer, esposa y madre.

Pensé que mi pronunciación citadina, o la acústica asordinada de la casa, o la cera endurecida en sus oídos no le habían permitido oír y comprender bien lo que había dicho, y que por eso se había imaginado quién sabe qué. De manera que insistí:

-Sólo dije que me gustaría darte un poco más de dinero.

-No –repitió retorciendo la boca, como si le hubiera hundido aun más a fondo la puñalada, y me pareció que estaba a punto de llorar.

-¿Quién se cree que soy? –farfulló, refugiándose en el santo estupor y en la indignación.

-Ñata, sólo pensé que podría venirle bien algo más de ropa, quizá para el trabajo – insistí, humildemente explicativo.

Pero la mujer estaba, evidentemente, más allá de cualquier esfuerzo que yo hiciera por explicarme. Después de oír lo que había oído, ya no oía. Me miraba, con su cara de papa devenida pétrea, incapaz de asimilar la inaudita obscenidad de mi propuesta. Movió la cabeza despacito, negando, pero ya no negándose a mi propuesta, sino a aceptar que aquella cosa horrible le estaba pasando a ella, que no se lo merecía en absoluto, paradigma, como seguramente se consideraba –quizá con toda razón-, de la virtud cristiana. Temí que se lanzara chillando a la calle, generando el tal escándalo, que seguramente terminaría con mi linchamiento. Pero no. Se dio la media vuelta y siguió lavando los platos, me dio la impresión de que con redoblada energía, negando así

definitivamente, a su manera, en su lenguaje, lo sucedido. Me abrigué y salí a dar una vuelta, aunque la Sudestada arreciaba, verdaderamente gélida. Esta mujer está re-loca, me repetía entre dientes pateando de irritación las calles desiertas.

A la próxima trapeada la mujer se presentó con el mayorcito de los clones.

-Tuve que traerlo porque si yo no estoy cerca no me hace los deberes –murmuró a manera de excusa.

Y lo sentó en la mesa de la cocina. Era, evidentemente, la increíble consecuencia de haberle ofrecido unos mangos extra: ya no podría cogérmela. Pero en estas cosas del amor no hay nada que estimule más que una negativa. Esperé que entrara a limpiar el baño y me colé detrás de ella cerrando la puerta, decidido a arrancarle uno rapidito. Traía la verga pronta para el asalto y traté de apoyársela de inmediato contra el cuerpo, seguro de neutralizar así su resistencia. Pero abrió tamaños ojos, y redondeó una O tan grande con los labios que parecía *El grito* de Munch, o como si yo trajera un hacha en la mano –como Nicholson en *El resplandor*-, y mostrara toda la intención de partirla al medio, como a una astilla de eucalipto. Comprendí que más fácil iba a ser cogerme un bloque de granito que a la Ñata en esa actitud. Inútil cualquier intento adicional, la partida estaba perdida. Me fui a Santa Lucía a hacer las compras de la quincena. Las encerronas vespertinas con la Ñata, enfrentando su silencio hosco con mi silencio impotente, empezaban a parecerse a *Persona*, con la Ñata en el papel de Elizabeth Vogler y conmigo en el de la enfermera Alma.

Un par de días después, seguido por los perros y con la escopeta al hombro, llegando al claro del monte en el que suelo descansar, me encontré con Milton, apoyada la espalda contra el tronco de un árbol y con las manos hundidas en los profundos bolsillos del overol. Entre los labios le bailaba, nerviosa, una pajita. No podía sino estar esperando mi paso. Apenas lo vi comprendí que estaba preocupado. No había sonrisa simiesca que suavizara sus rasgos de convicto a perpetua. Dentro de mí sonaron todas las alarmas. Traté de mostrarme relajado, pero las cosas eran lo que eran: me estaba cogiendo a su legítima y, comoquiera que fuera, podría haberse enterado. Y en ese caso podría ser perfectamente comprensible que no le gustara la noticia.

-Hola, Milton ¿cómo anda? ¿Me esperaba?

Le costaba arrancar. Miraba al piso, empecinado, como si se lo acusara injustamente de algo. Escupió finalmente la pajita, decidido.

-La Ñata me dijo... –soltó, pero ahí se trabó.

Se me paralizó el corazón. Calculé que no iba a tener tiempo de sacar la escopeta de la funda antes de que el gigantón me saltara encima.

-... que usted quiere que vaya vestida distinto a trabajar... –farfulló, como avergonzado de estar hablando de semejante cosa, de estar pidiéndome explicaciones por mis palabras.

Dejé que me volviera despacito el alma al cuerpo y que se instalara cómodamente en su lugar. Había sido tal el sofocón que, si en ese momento le hubiera respondido, mi voz hubiera sonado como un pito. Bajé el arma del hombro y me la puse bajo el brazo, considerando la posibilidad de que el tema de la ropa no fuera más que un prólogo.

-¿Usted quiere que vaya con uniforme de sirvienta? –preguntó con un tono casi desafiante.

No dejaba de ser significativo que la Ñata le hubiera llevado a Milton el tema del dinero para ropa. Pudo no haberlo hecho. Quería, pues, el dinero. Pero necesitaba que Milton lo aprobara. No podía simplemente aparecerse con más dinero. Tenía que poder justificarlo. Milton, por supuesto, quería saber exactamente de qué se trataba. Porque evidentemente no estaba dispuesto a que ella viniera a mi casa “con uniforme de sirvienta”.

-Jamás se me ocurriría semejante cosa –afirmé, tajante-. Para mí ustedes son mis amigos, los únicos amigos que tengo en Pueblo Yéregui. La Ñata es una amiga que me da una mano. No una sirvienta.

Una mano y las nalgas, pensé. Cínico, hipócrita.

-De puro agradecido nomás pensé que le vendría bien alguna ropa de abrigo, para el trabajo. Pero ropa a su gusto. ¿La ofendí? No pensé que se fuera a ofender.

Se quedó callado mirándome, pero con la mirada perdida, ausente, como si estuviera haciendo cuentas mentales, o como si mi cara fuera una pantalla de televisor. Hurgó con el índice en los bolsillos altos del overol buscando tabaco y hojilla. Pensé en decirle que la Ñata también necesitaba algunas bombachas más, pero que del sutién por ahora no podía opinar.

-Nosotros no somos mendigos –dijo de pronto, sin dejar de armar su petardo, como si hubiera recordado su línea de diálogo-. Dele más trabajo si tiene, pero no le ofrezca dinero porque sí nomás.

Asentí lentamente con la cabeza, como si comprendiera el punto. Seguramente que la Ñata había calculado que Milton ofrecería esa solución. O quizá ella misma se la había sugerido. Y así se había salido con la suya: tendría el dinero extra, y blanqueado.

-Está claro, Milton –dije, francamente conciliador.

Estuve a punto de soltar una carcajada. Evidentemente que, a menos que la mujer se lo dijera con todas las letras, a Milton no se le ocurriría jamás que me la estaba cogiendo: por más turro que fuera una cosa tenía clara: que la Ñata no era ninguna seductora. Como doméstica tentadora la Ñata no era la Célestine de Mirbeau, digamos, mucho menos interpretada por Jeanne Moreau. Y sin embargo ¡precisamente! con todo y su infinita tosquedad, me tenía cautivado –por decirlo de alguna manera. El encare de Milton era lógico. Ni se le ocurría sospechar que yo quisiera cogérmela y que le ofreciera dinero por eso. Tal imaginación sólo podía ser considerada como el delirio de un espíritu rústico, incapaz de juicios razonables, porque evidentemente un caballero como yo no anda detrás de trapeadoras como la Ñata. Y es cierto: no andan. Y yo nunca anduve. Y sin embargo... Milton quizá tomó mi meditabundo silencio como algún tipo de resentimiento debido a sus reproches, de manera que cambió de tema. Sacó el yesquero, encendió y soltó dos columnas de humo larguísimas.

-¿Y? ¿Cómo anda la caza del jabalí? –preguntó, quizá sin quererlo con un tonito socarrón.

-Ahí estamos. Atentos. Por supuesto que no he visto ninguno...

-Hasta aquí no vienen. Esta es zona de campamentos. Sienten los olores de la gente hasta en invierno, cuando no hay nadie. Son medio checatos, pero tienen una narizota tremenda.

-¿Dónde tendría que ir para encontrar alguno?

-Hace poco me dijeron que vieron una familia un par de kilómetros río arriba, de este lado del río. Es zona de pastos altos. Muy húmeda.

Me quedé mirando, entre los árboles, el lomo del río, enorme, de un gris plumizo, pesado, como el del cielo nublado, deslizándose sin mayor apuro hacia el mar. Me pregunté si realmente quería cazar un bicho de esos. Sí, quería. Sentía como que abatiendo a uno de esos bichos, feos hasta la obscenidad y feroces como demonios, me liberaría de... ¿de qué?... de la peor parte de mí. ¿Que sería cuál? Menuda fantasía.

-Cuando andan en grupo son más peligrosos. Hay que tener mucho cuidado –me decía Milton-. Si se avista uno, hay que tener paciencia antes de tirar, hay que esperar hasta estar seguro que no hay otro en la vuelta. Si se decide a ir río arriba, avísame y lo acompaño.

Le agradecí los consejos y le dije que le avisaría si me decidía a ir río arriba. Seguí mi paseo preguntándome si sería pura coincidencia que Milton terminara hablándome de “familia” y de “tener mucho cuidado”. Uno tiende a pensar que los pajueranos son incapaces de sutileza, lo cual, hasta donde yo sé, está por demostrarse. El Negro caminaba mirándome, la lengua toda afuera. Me pareció interesado en el tema de un paseo río arriba.

-¿Eh? ¿Qué te parece, Negro?

-Guau –opinó el Negro.

-Guau –coincidió el Chado sin que se le hubiera pedido su opinión.

LA MARAVILLA

La Ñata siguió concurriendo a trabajar con el mayorcito de los clones, de manera que decidí no seguir intentando acceder a sus servicios adicionales. En lo posible, llegando ella, me buscaba algo para hacer fuera de la casa. “Me importa tres carajos” me iba mascullando. “Al fin y al cabo la mina no vale una puteada. Si quiere más dinero que venga sin el chiquilín”.

Hasta que sucedió lo que estaba escrito en las estrellas que debía suceder. Ese día, de mucho frío, comí y bebí de más. Me arrebujé en la manta frente al fuego y cedí a la modorra, incapaz de salir a divagar por ahí mientras ella repasaba la casa. Retazos de imágenes y de razonamientos comparecían fugazmente en cada recodo de la modorra, al

borde del apagón y el sueño. Abrirse honestamente de piernas sobre una cama, me decía: no. Concederme la gracia de una chupadita de pija: no. Dejar que le manosee un poco las tetas: no. El culo ni soñar con pedírselo. Todo se lo guarda. No porque no le guste. Si disfruta de un polvo como cualquier hija de vecina es porque le gusta todo. Pero no quiere. En esas trincheras defendía Bonifacia su honestidad. Sólo de parados. Polvo de zaguán. Como una puta que vende polvos rápidos, al paso, y que se guarda todo, todo lo demás para su hombre. ¿Sería eso? ¿Sería la fantasía de la puta, o la de la sierva que no se atreve a negarse a los requerimientos del patrón, y que da las nalgas, pero sólo eso? ¿O sería el polvo caritativo, el que no se le niega a nadie, el de la limosna? Pero sólo eso, el caritativo, el del alivio, porque ella ante todo es esposa y madre. El polvo pelado, porque lo demás sería desvergüenza, puterío, lascivia. En el último recodo de la modorra El Convidado de Piedra inevitablemente se hizo presente. Pataleaba con tanta furia que tuve que abrirle la puerta. Lo sacudí un poco y, sin energía para más que dormirme, lo dejé dando coces al aire, encabritado.

Me sacó de la modorra la sensación de que no estaba solo. Me sobresaltó encontrar a la Ñata parada frente a mí, cara de papa total, la mirada clavada en la verga, todavía tiesa.

-¿Qué pasa, Ñata? —pregunté con lengua algodonosa.

Algo le pasaba. Parecía narcotizada, medio zombi. Me asustó un poco. Me enderecé en el sillón, bajé las piernas de la butaca, separé las rodillas, un poco poniéndome en guardia por si su intención era clavarme un cuchillo de cocina. Pero la mujer dio un paso y se arrodilló entre mis piernas. Sus labios hacían pequeñas muecas fugaces, como tics fuera de control.

-Lo necesita —musitó, como si hubiera llegado a esa conclusión, como si fuera un diagnóstico.

Miraba fijo la verga encabritada, bizqueando detrás de los gruesos lentes, como si fuera una especie de llama bendita. Comprendí que había decidido, porque sí, por sus pistolas, darme gusto chupándomela. Con dedos discretos empujé el tallo de manera que la erección se inclinara hacia ella, como una pieza de artillería que, poco a poco, va

tomando puntería. Su bizqueo me pareció concentrado en la boquita abierta, como si esperara que mi felicidad se le viniera encima en cualquier momento.

-Lo necesita –insistió, un poco como preguntándome, como para que yo terminara de autorizarle lo que ella había decidido hacer.

¡Mi estado de necesidad sería lo que la obligara a proceder! ¡Haberlo sabido antes! ¡Pero yo sabía...! Aunque no conociera este detalle, sabía desde la vez que me la cogí en el dormitorio: la Ñata había cruzado la raya, por más que tratara de rajar, tenía ya una pata en la trampa.

-Sí. Lo necesito. Mucho –corroboré, con auténtico sentimiento.

Entonces se inclinó, reverente, enfundando hasta donde pudo la verga en su boca. Pero ¡caracoles y recontra caracoles! Tenía la boca... ¡seca! Seca como si estuviera deshidratada, como si hubiera cruzado un desierto para llegar a mi casa. Nunca en mi vida había puesto la verga en una boca tan seca. Las bocas son húmedas, suaves y cálidas. No secas al punto de parecer pegajosas, como la suya. Se quedó así, empalada y quieta, inmóvil, como trancada, o como si hubiera encontrado el chupetín amargo. ¿Estaría esperando que yo le soltara así nomás el gel? ¿No tenía arte ni experiencia ningunos? ¿Suponía que yo tenía que aportar el movimiento? Parecía dormida, aletargada, posando. No supe qué hacer. ¿Qué tal si yo hacía algo equivocado y despertaba en plan belicoso? Ocioso, no pude sino imaginarla complaciendo a su cónyuge de esta extraña manera. Como un cocodrilo ingurgitando largamente una pitón, la que colgaba por la pierna del overol del gigantón. Un lance digno de verse. En ese momento un ruido llegó desde la cocina. Ruido como de empujar una mesa. ¡El clon Patibulito I estaba ahí!

-¿Tu hijo está ahí? –pregunté con un susurro enloquecido, pero no respondió.

¡El chiquilín podía aparecerse en cualquier momento! Y entonces sí que la cosa iba a ponerse ruda. Una cosa es cogerse a la doméstica y otra muy distinta era que el hijo lo viera. Y se lo contara al padre, y quién sabe a quién más. La agarré despiadadamente de las orejas para levantarle la cara hacia mí. Más allá de los vidrios vi sus pupilas, que no me veían. La mujer estaba en una especie de éxtasis soporífero.

-¡Ñata! –le susurré a gritos en plena cara.

Pero estaba más allá de las palabras. No oía y ya no hablaba.

-Mamá –llamó entonces Patibulito, con una voz que me pareció demasiado grave para un niño de quizá diez años.

La voz del hijo sí atravesó el denso banco de sopor en que había encallado la Ñata. Se sacó la verga de la boca -¡estaba tan seca como cuando había entrado!- y levantó la voz. Era la primera vez que yo la oía no cuchichear sino sacar toda la voz. Sonaba a gallineta espantada. Graznó con toda la autoridad de una madre ocupada:

-¡Ya voy! ¡Esperá un poco! –hecho lo cual volvió a zamparse todo mi largo.

Y empezó a hacer algo. Algo chiquitito, casi imperceptible. Algo paciente y tenaz como la gota de agua que horada la piedra. Empujaba, despacito, con el fondo de la garganta contra la punta de la verga, contra los labios de la boquita. Topaba despacito, con mimo, un poco como desafiando, como llamando, como invitando. Pero ¿cómo puede ser? me pregunté. ¡La garganta es como el culo, no tiene fondo! Y sin embargo, tenía. Contra algo hacía topar la punta de la verga. Era una como membranita, una especie de órgano especial, o una malformación, una ventaja insólita que le había concedido la naturaleza, apta como para iniciar una carrera de feladora exótica en algún tipo de circo porno. Inevitablemente me acordé de *Garganta profunda*, de la mujer que tenía el clítoris en la garganta.

Aquel topeteo medio bobón no iba a quedar sin recompensa. Sentí claramente que el extraño asunto comenzaba a avanzar hacia su natural acabamiento. ¡Y ella lo sabía! Aceleraba, sabiamente. ¡Conocía perfectamente el poder de su truco! Y Milton era el que disfrutaba de aquella maravilla secreta, quizá todas las noches, quizá con algún extra durante el día. Con razón el gigantón andaba con aquella expresión de beatitud, con aquella pachorra tan cool, tan relajada. Hombre, le dije, como si me oyera, como si estuviera allí nomás, mirándonos, una cosa así no te la podés guardar para vos solo. ¿De qué somos los prójimos? ¿Estamos pintados? Tenés que compartirla.

Las manos de la Ñata, hasta ahora sobre mis muslos, aterrizaron abiertas y voraces sobre mi pecho. Se cerraron, fuertes y duras como garras de águila, estrujándome la piel

por encima de la camisa y el sweater. De su garganta escaparon, casi inaudibles, unos gruñiditos. ¡Estaba acabando! Sus garras se hundieron con todo y trapos en mi piel. Me solté, me puse a decirle cosas, bajito, entre dientes para que no oyera el crío.

-Mostrame las tetas, Ñata, quiero acabar en tus tetas.

Al topeteo de su insólita membrana contra la boca de mi glande la Ñata sumó un movimiento lateral de negación. No pude más y entré en erupción. Como que sus negaciones habían pasado a formar parte de mi goce. Sentí como que el fondo de su garganta se abría entonces para recibir el chorro. Y no supe más. Me llevó la correntada. Apagón total. Desperté para ver cómo secaba la verga con toallitas de papel. La arropó y subió el cierre. Estaba a punto de recuperar el nivel de articulación del habla necesario para pedirle que me dejara ver el fondo de su insólita garganta, cuando el crío volvió al ataque.

-Mamá –insistió, cargoso.

En un instante la Ñata se paró y desapareció.

-¿Qué pasó? ¿Terminaste todo? –oí que le preguntaba a Patibulito.

Después cerró la puerta de la cocina. Un imprecisable rato después oí que se abría la puerta del fondo. Se iban. Salté apurado, y en el impulso estuve a punto de dar la cabeza contra el techo. Había quedado tan vacío que como que no me afectaba la gravedad. El chico ya estaba afuera y ella se estaba poniendo el abrigo. Saqué de la billetera un par de billetes verdecitos, flamantes, crocantes, succulentos.

-Ya recogí mi sobre –dijo viéndome hacerlo.

-Le decís a Milton que también estás cocinando para mí –sentencié, inapelable.

Al darle los billetes los hice sonar entre el pulgar y el medio, como hacen los mercachifles. No para asegurarme de que no se fuera entremedio uno pegado, sino por puro alarde, porque el dinero tiene eso de maravilloso: pone orden en el desconcierto y en la confusión. Es decir: porque no sabía qué exactamente significaba ella para mí, y me encantaba pagarle y darle un lugar inocuo en mi sistema mental: el lugar de la puta. Cosa ésta que sólo se le puede ocurrir a quien, como natural consecuencia de las

catástrofes sentimentales, tiene el alma emponzoñada, es decir, arrasada y por eso pronta para cualquier bajeza. La Ñata tomó el dinero y se lo guardó, sin decir palabra. Sabía que Milton me había hablado y sabía lo que yo había respondido. El pacto estaba concluido, y el dinero, blanqueado.

CORRECCIÓN

Debo decir, no sin una pizca de vergüenza, que triunfar sobre las resistencias de la Ñata cambió las cosas. De pronto me sentí optimista y energético. Ahora te toca a vos, pensé la mañana siguiente al salir en busca del jabalí, sobando frenéticamente mis talismanes. El tema de si mi obsesión con el fantasma del cañaveral se debía a que la casa estaba embrujada dejó de preocuparme del todo. Y decidí ponerme a trabajar de inmediato en la corrección de *El Bien Supremo*. ¿Que cómo es posible que un hecho tan trivial –conseguir que la doméstica me chupara la pija- pudo estar tan preñado de consecuencias? Bien: esa es precisamente la pregunta. Si pudiera responderla no estaría

escribiendo esto. De eso estoy seguro. Pero además, no sería quien soy, y nada de esto hubiera sucedido.

El Bien Supremo trata de un fulano, mujeriego compulsivo, que de pronto aterriza en la convicción de que en la vida debe de haber un valor más deseable que la pura búsqueda del placer sensual. La historia cuenta sus esfuerzos por zafar del imperio de los sentidos, cosa que finalmente logra, o cree que logra, o cree estar en el camino correcto para lograrlo. Se reconoce claramente aquí, pues, el argumento básico de las Vidas Ejemplares, desde Agustín en adelante. Se reconoce también, creo, la típica operación lissardiana (aprendida en el comentario que hace Godard de *Helena y los hombres*) de hibridación de géneros, en este caso: género Vidas Ejemplares y género Erótico. Entiendo, por supuesto, que el peso de lo erótico corroe la ejemplaridad de la historia, carga con un tinte paródico la pretensión de ejemplaridad. Parafraseando: la angustia (del deseo) corroe el alma.

Ahora bien, el punto es que soy incapaz de incurrir en parodia de manera consistente, no importando cuán evidentemente parodiable sea la cosa en cuestión. Para casi ningún asunto hay en mí ni la convicción que implica, in extremis, la actitud de parodiar. Ergo: en algún lugar mi “parodia” fatalmente debía morderse la cola. Y puesto que la cola está al final, se la muerde en la última página. Mi personaje no termina asumiendo, como un auténtico libertino, que su búsqueda del Bien Supremo es una absoluta estupidez, sino que -como tocado por la varita mágica de un deus ex-machina- cruza la raya y cae parado en la más inoxidable de las convicciones: cree que la revelación de la naturaleza de ese Bien Supremo le es ya inminente. ¿Resulta así que la pseudo-parodia termina siendo una Vida Ejemplar más? No. No nos creemos, sin más, el final. El final queda abierto. Quizá el tipo va a tener su epifanía y efectivamente se va a enterrar de cabeza en alguno de los innumerables sancochos de la Fe. O quizá no tiene su epifanía y aburrido de esperar terminará por volver a las andadas que jamás debió de abandonar.

Releo, pues. Dedico un par de tardes a constatar si el pastel está o no bien horneado. Está claro que la cosa no puede ser francamente reidera. Si así lo fuera el dilema del tipo, que –como quiera que sea- es lo que me interesa, perdería densidad. Se deslizaría hacia el vodevil. Más bien que debía ser humor con sordina, socarrón, como el de

Buñuel en *Él* –salvando todas las distancias que se quiera salvar. Si el dilema estuviera manejado en tono francamente frívolo, la vuelta de tuerca final sonaría forzada, arbitraria. Ahora bien: debo decir que el tono de mi novelita es tan ambiguo y socarrón como se pueda desear, o como yo sea capaz de conseguirlo.

De manera que no, no hay nada que corregir: dada la naturaleza del texto, si el tono está bien, todo está bien. Releo de todas maneras: ubico una coma que falta, algo que iría mejor con un punto y aparte, una subordinada que estaría mejor entre guiones, o directamente entre paréntesis, como un aparte con el lector. En realidad es lo de siempre: mis escritos, después de pasarlos al ordenador y de darles una pulidita, se cierran, a cal y canto. Imposible ya entrarles. Es lo que estaban destinados a ser: tels qu'en eux-mêmes l'éternité les change –salvando todas las distancias que quieran salvarse. Ya no puedo en realidad saber si en cada punto del texto la distancia es la justa o no: es la que es y no acepta discusiones. O bien el humor de la novelita es el justo, o bien el conjunto del sancocho trataba de otra cosa, que ignoro, pero que ahí seguirá... jodidamente impávida e indescifrable -como la Ñata. Ahora bien: siendo así de hermético el cierre de mis textos, yo ya sabía que la supuesta relectura con corrección iba a ser al pedo. En realidad la pregunta es, más bien, por qué tengo que dudar de mi texto. ¿Por pura necesidad? ¿Por falsa modestia? ¿Por espíritu deportivo? ¿Por qué no me dejo de joder y, al menos en esto de escribir, no me considero tan infalible como el Papa?

Habermé sentado a corregir, o por lo menos a releer *El Bien Supremo* fue, no digamos “hacer pie”, eso sería demasiado optimista, pero por lo menos rozar algo sólido, después de tanto flotar en la nada, rozar la esperanza de poder volver a prenderme de aquello –la escritura- que me ha permitido navegar las procelosas aguas de la vida eludiendo, o por lo menos ignorando, sus verdaderos peligros, sus verdaderas realidades. El que pueda entender, que entienda. Volver a estar, así sea de prestado, en los zapatos de aquel que fui me puso de inmediato en conflicto con el que ahora soy, con mi no-ser actual. ¿Qué es lo que estoy haciendo aquí -me pregunté, como un sonámbulo que despierta en medio de su deambular sin rumbo-, cogiéndome a una pobre laburanta esposa, madre y semi-tonta, saliendo cada mañana carabina a la espalda

y con dos cuzcos lamentables, con la idea de cazar un jabalí, cuando en mi vida no he matado ni una hormiga, persiguiendo en medio de la noche fantasmas presuntamente radicados en el cañaveral adjunto la casa que habito...?

REVELACIONES

Pero ¡un momento!: Señores del Jurado, aquí les presento las piezas de convicción que demuestran irrefutablemente que la casa de la tía Sabrina está embrujada. Primo: la familia no quiere saber nada de la casa y me la alquila por chirolas ¡exonerándome de culpa si en un descuido la casa se incendia, o sea: invitándome a hacerlo! Secondo: en toda una década nadie se atrevió a entrar en la casa de la difunta, ni siquiera para ventilarla o para recoger efectos personales objetiva y/o subjetivamente valiosos. Tertio: todos los vecinos linderos de la casa levantaron una verdadera muralla para separarse de

ella... El asunto de la casa embrujada recibió el día siguiente una inesperada confirmación.

Otra vez me encontré a Milton en medio del brezal. ¿Me seguía, me espiaba, me acechaba? ¿O tenía la costumbre él también de pasearse tempranito por allí? Esa pregunta debí de haberle descerrajado apenas tuve delante su jeta patibularia. Pero no, atravesado como andaba por la sospecha del efecto pernicioso que la casa pudiera estar produciendo en mi frágil condición de ex-escritor inxiliado, lo que le pregunté fue qué sabía de la anterior habitante de la casa, la difunta tía de la panadera. Como si fuera un truco de magia sacó de detrás de la oreja un petardillo que traía ya armado. Quemó la punta retorcida con un flamazo de su mechero de gasolina. Quizá no lo parecía pero era –es, espero- un hombre sabio. Nunca abre la bocota sin pensar primero. Para eso lleva hojilla, tabaco y un encendedor. Después movió lentamente la cabeza en gesto de asentimiento. Como si hubiera estado esperando la pregunta.

-Con el olor de tu petardo me vas a espantar a los jabalíes –bromeé, algo nervioso.

-Ya le dije que es raro ver un chanco tan cerca del pueblo –dijo, tomándose al pie de la letra mi chanza.

Pitó, echó el humo esta vez por las orejas, y preguntó:

-¿Y para qué quiere saber de Violeta?

De modo que Sabrina era Violeta. La realidad era más cursi que mi ficción. No la trataba bien el nomenclátor. Me encogí levemente de hombros, como si lo mío fuera simple curiosidad. El gesto le bastó. Se disparó.

-Lo que sé lo sé porque me lo contaron. Yo ni era nacido cuando pasó. De muchachita Violeta tenía un novio. Un día el muchacho desapareció. Nunca más se supo de él. Como tragado por la tierra. Su familia –que ya no vive aquí- estaba desolada. Nadie tenía idea de qué le había pasado. Unos dijeron que se fue para unirse a la guerrilla, y que la policía lo mató y lo desapareció. Otros dijeron que se fue del país, a correr mundo, y que le fue muy bien, y que se quedó y formó familia en los Estados Unidos, o en Australia.

Chupó fuerte de su contrahecho cigarrillo y volvió a echar el humo por las orejas. Escupió una pizquita de hebra de tabaco, o lo que fuera que fumaba.

-Otros dicen que él quiso cortar con ella, y que ella lo mató.

Quedé duro. Recordé de inmediato la foto. Inconcebible. Gacela... asesina. Pero... ¡imposible! ¡Nadie le escribe una carta a un muerto! Mucho menos su asesino. ¿No? ¡¿No?! ¡Claro que sí se le escribe a un muerto! Los muertos, como se sabe, no desaparecen en la nada: viven en un pueblito lejano llamado Comala.

-¿Y la policía? ¿Investigó? –pregunté, tratando de zafar del estupor.

Hundió las comisuras de los labios largamente.

-No que yo sepa. Seguramente que no mucho. Si no se sabría. Me lo habrían contado

Me miró de reojo, calculando el efecto que me causaban sus palabras. Se me escapó negar con la cabeza. Como si no me lo creyera.

-Seguramente que son habladurías –dije-. Cosas de pueblo chico.

-Se dijo, y se dice, que lo enterró en el fondo de la casa. Y que por eso plantó tanta tacuara.

Cuando trataba de zafar, volví a sumergirme en estupor. ¿El cañaveral? ¡Claro! Es decir: ¿por qué no? Dejémonos de joder con la excepcionalidad del Crimen Perfecto. Millones de personas en este puto mundo matan a sus seres queridos y los entierran en el patio del fondo. Y ni siquiera se molestan en plantarles algo encima. Confusamente el rompecabezas quería ir armándose, pero la figura que iba apareciendo me parecía sencillamente inconcebible. Milton chupó del pucho y esta vez no sacó humo ninguno. Se lo tragó y chau.

-No doy fe, yo no fui a comprobarlo, pero dicen que algunas noches, muy tarde, acercándose a las cañas se oye como que alguien habla en voz muy baja, como cuchicheando –dijo, haciendo una pausa dramática, como si estuviera asustando a niños con cuentos alrededor de un fogón-. ¿Cuchicheando qué? –se preguntó, y por toda respuesta hundió las comisuras de la boca y se encogió de hombros.

Le dio la última pitada al pucho, aplastó la brasa entre sus dedotes callosos y se lo guardó en el bolsillo. Entonces soltó humo, por la nariz y por la boca, pero también por los ojos y por las orejas, como si se estuviera incendiando por dentro.

-Así es –murmuró-. Usted lo ve a este pueblito muy tranquilito y pacífico, pero aquí la gente es tremenda, nadie perdona a nadie.

Terminó escupiendo las últimas palabras sílaba por sílaba. Como si fuera una advertencia. Cosa que no dejó de producirme un escalofrío, por razones mucho más personales que los crímenes de la tía Sabrina.

-Ahí nos vemos –dijo, y siguió sin más su camino.

Las revelaciones de Milton me dejaron la cabeza dando vueltas como una calesita. Traté de aferrarme a algo razonable. Pero no había nada razonable. Lo mató, lo enterró y le plantó tacuaras encima. Y todo el pueblo lo sabía, o había llegado a saberlo, a saber cómo. Y porque lo sabían nadie quería habitar esa casa, y nadie quería tener un fondo abierto al cañaveral, y levantaban muros. Pero nadie cortaba ese cañaveral absurdo en medio del pueblito. Y no la habían denunciado. Había vivido como presa en esa casa, despreciada y maldecida y quizá temida por todos, como una bruja, hasta reventar de vieja y sola. La casa estaba, por supuesto, embrujada ¿cómo no? Y si yo en un descuido la incendiaba, me lo iban a agradecer, por supuesto. Esa era la figura que mostraba, ya completo en todos sus detalles, el rompecabezas.

Por primera vez me perdí dando vueltas por el brezal, como si fuera un verdadero laberinto. Por primera vez, y óigase bien lo que digo: por primera vez en mi vida, aquella mañana, dando vueltas al azar por el brezal, con la mente atiborrada por los detalles del sórdido drama pueblerino, buscando sin buscarlo al hipotético jabalí, tuve cabalmente la vivencia de la existencia, del mundo, de la realidad como caos, un amable y divertido caos si se lo miraba con la distancia adecuada, un caos en el cual por más que nos agitemos no es posible avanzar en ningún sentido, porque nada se sostiene ni aguanta su propio peso demasiado tiempo. Vagamente deliré que, desde que había perdido mi inmunidad literaria, el mundo, en toda su polifacética locura, había decidido hacer de mí su presa predilecta. Me detuve y alcé la cara al cielo, hacia la bóveda de un

celeste invernol, desvaído, la bóveda que nos protege de la perenne y aterradora visión del infinito, permitiéndonos la ilusión de un mundo a la medida del hombre. Cielo vacío, sin amenazas, cielo protector. Levanté la escopeta, apunté a mi cenit y disparé. Y me quedé ahí parado, muy quieto, esperando a ver si el imbécil plomo regresaba a mí sin desviarse, para abrirme un ojo pineal. ¡Ese sí que sería un suicidio verdaderamente digno de mi desconcierto!

Pero supongamos por un momento que el rumor no es cierto, que no lo mató. Que, siendo inocente, la chusma del villorrio la sentenció, la condenó al ostracismo, a tal punto que la maldición sigue intacta una década después de muerta. En ese caso ella no le estaba escribiendo a un muerto, sino que estaba escribiéndole una carta –un mensaje final y triunfal- a alguien que sabía que estaba vivo, aunque no supiera dónde estaba. Quizá dudó en escribirla, o en los términos a utilizar, o no le dio el tiempo para terminarla, o algo la distrajo y olvidó su propósito, y lo que llegó a escribir quedó ahí, para mí. En ese caso mi deber sería sacar la carta a la luz, para que todos la vean, para que comprendan que se equivocaron, que él estaba vivo, tan vivo que ella le escribía cartas, o al menos una carta, esa. ¿Lo haría? ¿Saldría yo a limpiar su memoria, a redimirla? ¿A acusar de injusticia criminal a medio Yéregui? ¿Lissardi justiciero, como el mismísimo Philip Marlowe? ¿O todo esto no era más que un pretexto como cualquier otro para mis “jueguitos mentales” –como llamaba Biely a la paja mental? Porque paseando por el brezal con mis perros por delante, ya acercándome al límite del brezal, donde comienzan los humedales, no tardó en ocurrírseme otra hipótesis. Ella lo mató, y lo enterró, y sintiéndose morir garabateó estas líneas con el deliberado propósito de que, siendo encontradas... ¿por quién? por mí, por supuesto... es decir: por alguien como yo... sirvieran como –falsa- pieza de convicción a los efectos de demostrar su inocencia. ¿Para qué querría Sabrina demostrar su inocencia? ¡¿Y después de muerta?! Para vengarse, para vengarse de todos, por supuesto.

LA BESTIA

Así iba yo, especulando a lo loco, aquella mañana helada, sobando y recontrasobando mis amuletos, cuando me di de bruces con mi destino. Por suerte llevaba la escopeta bajo el brazo, desenfundada. De pronto los perros se alejaron a toda carrera por el estrecho sendero, ladrando furiosamente. Tuve un momento de estupor. Esta vez era verdad, era en serio, esta vez era la buena. Sentí como un balde de agua fría el golpe de adrenalina. Corrí detrás de los perros, la mente en blanco total, como una bestia de presa yo mismo, sin el más mínimo temor, inesperada e increíblemente dispuesto a matar o morir en aquel páramo desierto. El sendero, lleno de curvas cerradas, no me dejaba ver a los perros. Los oía ladrar enloquecidos, lanzados a la carrera. De pronto todo cambió. La carrera terminó. Los oía rugir y rabiarse, lanzados al ataque. Me detuve. La pelea era

ahí nomás, detrás del próximo recodo. Levanté la escopeta y avancé despacio, pronto para disparar. Jadeaba como un asmático. No me latía fuerte el corazón, sino toda la caja torácica. Uno de los perros aulló de dolor. Me asomé. No podía dar crédito a mis ojos. Era un animal enorme. Mucho más grande que lo que imaginé que podría ser un bicho de estos. Grande como un toro me parecía. Tenía los colmillos largos como puñales, y uno de ellos ensangrentado. A un par de metros del jabalí el Negro yacía inmóvil. Rápida como una serpiente la bestia atropelló al manchado, lo ensartó y lo lanzó por el aire. Entonces se detuvo mirando en mi dirección, como si sólo en ese instante hubiera percibido mi presencia. Comprendí que me había venteado. Recordé: ven poco, pero su olfato es prodigioso. No más de treinta metros nos separaban. Dejé de jadear, de respirar dejé. El corazón se me hizo chiquito y cauteloso. La bestia no se movía en absoluto. Tenía su cabeza en la mira, y no me temblaba el pulso. Va a escaparse, pensé. Podía dispararle ya. Difícilmente hubiera fallado. Pero no disparé. Recordé que tenía que esperar hasta estar seguro que no había otro cerca. Esperar todo lo posible. Esperé instantes de tiempo detenido. Esos instantes en los que todas las fuerzas que mueven al mundo reposan, y en que sentimos que cuando todo vuelva a arrancar cualquier cosa podría pasar, todo podría dispararse en cualquier dirección, con total libertad, como si nunca nada hubiera funcionado de una manera lógica ni precisa. Esperé hasta que de pronto el gran animal inmóvil, aquella estatua de plaza de gran jabalí venteando, se convirtió en una masa gris y colmilluda, lanzada hacia mí a toda velocidad, aunque a mí me parecía verlo avanzar en cámara lenta. Y aún entonces esperé, y esperé, y esperé hasta estar seguro de que lo que le lanzaba no podía sino acertarle en plena cara, a media distancia entre los ojos y los colmillos sangrientos, o, como muy arriba, en medio de la frente. Entonces disparé. La bala no lo detuvo, o más bien, no impidió que me atropellara. Pero, habiendo disparado, yo me había dejado caer de inmediato hacia un costado, de manera que no me topó de lleno con el hocico, sino que me rozó con el flanco, lo cual bastó para lanzarme despatarrarme. Creí que no le había dado. Braceé desesperadamente para recuperar la vertical antes de que la bestia se me lanzara otra vez encima. Pero cuando conseguí levantar la cabeza vi que pocos metros más allá su carrera había terminado. Se había acostado de panza, las patas delanteras extendidas hacia delante y las traseras extendidas hacia atrás, como si hubiera imaginado lanzarse en una piscina, o como si simplemente se le hubiera acabado la cuerda. Eso fue. Así fue. Creo que ni siquiera un minuto había pasado desde que mis

entusiastas perros cazadores lo habían venteado y se habían lanzado a la carrera. Me acerqué a la bestia con la escopeta por delante, pronto para meterle otra bala en la cabeza. Miraba fijo hacia delante con sus ojos chiquitos, infectados, supurantes, ciegos, tan ciegos como debían de estar los ojos del subversivo Iehoshúa —quemados por el sol, devorados por los insectos, arrasados y secos de tanto llorar- después de estar largas horas colgado de unos maderos en el desierto. Miraba fijo el bicho, miraba hacia un recodo del sendero que ya definitivamente no podría alcanzar. Nos habíamos encontrado en su día fatal. Mató a mis perros. Trató de acabar conmigo. Lo bajé de un balazo, tan certero como no podía haber imaginado que sería capaz de encajarle a una cosa viva, por más amenaza que fuera para mi vida. El Negro tenía abierto el cuello. Se había desangrado y estaba muerto. El Chado estaba destripado. Jadeaba y me miró con ojos imposibles. La segunda bala fue para él. Mis cuzcos callejeros resultaron unos verdaderos cazadores kamikazes.

Fui derecho a lo de Milton. Estaba en el galpón martilleando chapa. A esa altura la tensión se había aflojado y me sentía exhausto. Le conté con pocas palabras. Le expliqué dónde estaba el chanco. Me miraba con una sonrisa como de asombro y orgullo que no se le borraba de la cara, como si quisiera que yo estuviera seguro de cuánto le llenaba el corazón mi triunfo. Le di el arma, y la funda y la cartuchera, por si las moscas. Y le pedí —no sin que me temblara un poco la voz- que enterrara a mis perros.

PUTA

Quedé como en una nube, incapaz de hilar una idea. Empezaba a darme cuenta de que lo sucedido esa mañana era algo decisivo, pero era incapaz de comprender en qué sentido lo era. Me parecía que matando al jabalí había matado algo en mí, algo amenazante, mi lado moridor, el que había querido enterrarme en Pueblo Yéregui. Me sentía, digamos, como Ahab, sí, pero habiendo matado a la Ballena Blanca.

El terremoto había alcanzado también a la Ñata. Cuando apareció por la tarde estaba desacetada. También ella había contraído el virus del chanco. Ni siquiera amagó con

lavar los platos. Fue directamente a buscarme al dormitorio y me encaró con su mirada de vidrios borrosos.

-Ah –me soltó, sin más, como si habláramos una lengua muy simple, hecha de vocales sueltas.

-¿Qué? ¿Qué pasa? –le pregunté, sorprendido por el encare.

De verla así, suelta como nunca, pensé que quizá había pasado algo malo. ¡Quizá el chanco estaba vivo y había atacado a Milton! No respondió. Cerró la puerta del dormitorio y empezó a desnudarse, tranquila y sin apuro, como en una consulta médica. Cuando estuvo en sutién y bombacha se quedó muy quieta, como para darme a apreciar lo que me traía. Tardé unos segundos en caer. Con el dinero que le dí se había comprado ropa interior. En una tienda para monjas, seguramente. Parecía un traje de baño de dos piezas para vieja. Rosadito. Sonreí, apreciativamente. Ella también hizo una mueca, equivalente a sonrisa. Por primera vez en nuestra endemoniada relación la veía sonreír, o algo parecido. Rodeó la cama y se tendió a mi lado. Las piernas juntas, las manos entrelazadas sobre el vientre. Era su manera de decir “Haceme lo que quieras”.

Nada menos sexy, menos seductor. Me parecía verla por primera vez. Una mujerona robusta como un carnicero, vulgar hasta la náusea, con esos anteojos de culo de botella que la hacían parecer retardada mental. Y sin embargo... ya a esa altura de la ofrenda definitiva que me hacía de su ser, tenía la verga como para cascar nueces. Me juré que esta vez no iba a haber noes. De rodillas sobre la cama, me le acerqué, bajé el cierre de la bragueta y le di la verga a chupar. Rapidito –pronto que es tarde- se apoyó sobre un codo y se enchufó. Ansiosa por satisfacer. Otra vez me sorprendió lo seca que tenía la boca. Me prometí que la próxima vez le pondría vaselina desde los labios hasta la garganta. Se puso a hacer lo que sabía hacer: topar contra la cabeza de la verga con lo que fuera que tenía en el fondo de la garganta. También me juré que esta vez, después de acabar, le iba a mirar dentro de la boca para ver esa especie de himen que tenía en la garganta. Algún tipo de tumoración seguramente. O amígdalas hipertrofiadas, quién sabe.

Le hice a un lado la entrepierna de la bombacha y le metí dos dedos en la concha. Separó bien las piernas, como un lechón bien abierto sobre las brasas, y gruñó, como si

con la yema de los dedos le estuviera tocando el alma. Me puse a cogerla con los dedos, a lo bestia, como quien destapa un caño, y a toparle con la verga en la membranita, o lo que fuera que tenía al final de la garganta, como si fuera esa otra virginidad que tenía que ser taladrada. Se retorció como si nunca se hubiera hecho, o como si nunca le hubieran hecho, una paja. Cayó en trance. Soltaba una especie de gemido rítmico. Aquello duró y duró. Como un juguete obsceno que se sacude hasta que se le acaba la pila. De repente soltó el chupete y cayó sobre la almohada, empujando como loca con el pubis contra aquella mano que la desalmaba, soltando ayes lastimeros, como si finalmente, al soltarse, al descontrolarse, todo le resultara muchísimo peor, más escandalosamente pecaminoso que lo que imaginara. Gritó, no de dolor sino como si en su mente un velo se hubiera rasgado y hubiera podido ver, por fin, la verdadera verdad en toda su obscenidad. Levantó las rodillas y se abrió tanto como para que se le partiera la pelvis al medio. Le metí un dedo más. Hizo un feo rictus pelando los dientes. Estaba tan tensa que pensé que se iba a descoser por todos lados. El orgasmo final, el del millón de dólares, estaba allí pero no podía soltarlo. Todos aquellos dedos encajados la enloquecían demasiado. Paré la máquina. Le arranqué el calzonazo y me arrodillé entre sus muslos. ¡Dios, qué fea concha! Blanca como un mondongo, abultada como un rencor, rala y con los pelos erizados. La abrí con un dedo, babeaba una baba espesa. Me bajé el pantalón y le hundí mi mejor verga. Tenía la concha tan dilatada como para parir. Yo punteaba para un lado y para el otro, tratando de hacer pie.

-¡Ahí, ahí! –rogó, como señalando con el brazo extendido la Tierra Prometida.

Serruché con alma y vida. Su concha era una conchaza. Abismal. Amplia como la antesala del Infierno. Pero comoquiera que fuera, una concha así de abierta, medité en medio del vértigo, así pidiendo el polvo es, seguramente, uno de los espectáculos más estimulantes a que se pueda aspirar en esta vida. Le di cuanto pude, aguantando mi descarga.

-Decílo –exigió de pronto.

Decir ¿qué? Estábamos en la cresta de la ola, al borde del desparrame total ¿qué diablos podría querer que le dijera justo ahora?

-Decí lo que soy. Ya no me importa –insistió.

Como siempre, la inspiración divina vino a rescatarme en el último segundo. Entendí. Quería la palabra mágica. Que le dijera la palabra mágica.

-Put a -dije. Y le repetí, clarito, letra por letra -: Put a.

Y entonces sí, no pudo más y reventó. Y no pude más y reventé. Gritó como si en vez de leche de verga le estuviera echando un ácido. Y gritó otra vez como si, atravesada de parte a parte, escapándosele la vida, alcanzara a ver la luz al final del túnel. Me derrumbé, exhausto. A mi lado la Ñata jadeaba suavemente, mirando al techo, la lengua entre los dientes, la concha abierta supurando semen, completamente ida. Y venida.

MI CLON

Después, sin decir palabra, se puso de pie y empezó a vestirse. Habíamos tenido un momento de comunión perfecto en la pura calentura, ahora había que lavar los platos. Y tuve una epifanía. Me rompió los ojos la grotesca belleza de esa mujer robusta, blancuchenta, con su ridículo cerquillo hasta las cejas, su antifaz de vidrio, cegata como el jabalí, su cara de papa, sus tetazas sobre las que esta vez pude haber acabado pero no lo hice, volviendo a ponerse su flamante calzonazo y luego sus trapitos habituales. Sentí una especie de paz. Estaba todo bien con ella. Era mi amante rústica, a su manera, tosca, y muy digna, merecedora de lo mejor. Y este era el cuarto de hora en el que yo, su amante citadino, a mi manera desangelada, sentía que la quería.

-Vos te cuidás ¿verdad, Ñata? –se me ocurrió preguntarle.

Lo pregunté por nada, por el súbito impulso de mostrarle que me preocupaba por ella. No respondió, como si, consecuencia del galope salvaje, hubiera ensordecido.

-Ñata, vos te cuidás ¿verdad? –insistí.

Nada. Mutis. Silencio tozudo. Alarma.

-¿No te cuidás? –repregunté, ya mostrándole mi alarma.

Nada. Ni me miraba. Su silencio era toda una respuesta. Increíble pero cierto: no se cuidaba.

-¿Y si te preño? –pregunté, tratando de controlar el tono, pero ya acercándome al límite.

-No importa –dijo bajito, sentándose en la cama para ponerse los zapatos.

-¿Cómo que no importa? ¿Qué decís? –pregunté desde mi estupor.

Se ataba los cordones, callada, como si estuviera decidida a no contestar.

-¿Qué decís? –insistí ya crispado.

-Mi abuelo era rubión, como usted –soltó entonces, tranquilamente, mostrando, sin vergüenza, el as que traía en la manga.

Estaba claro que había pensado en la eventualidad de quedar preñada - ¿eventualidad? ¡sería un milagro que no fuera ya un hecho!-, y había preparado esa respuesta por si tenía que dar explicaciones. ¡Blam! Inconcebible. No podía dar crédito a mis oídos. Eso era lo que había bajo el hermetismo al pedo de aquella mujer, de aquella pajuerana. A su estólida manera estaba enamorada de mí y quería mi hijo. No pude sino imaginarme a mi clon creciendo entre los patibulitos de Milton. Hubiera soltado una carcajada si aquello hubiera sido sólo otro juego mental, y no algo más que una posibilidad, y bien real.

-Pero mujer –insistí, conteniéndome-, Milton no es un idiota.

Se volvió hacia mí y se calzó los lentes que, atándose los zapatos, se le habían deslizado hasta el romo extremo de su nariz. Hizo foco en mí desde el fondo de sus culos de botella. Cegata como el jabalí, pensé otra vez. Y cuando lo pensé... ¡Blam! ¡Re-blam!... pensé que, por demente que me pareciera, ella y el jabalí estaban... conectados... la Ñata y el jabalí... o más bien, La Ñata y El Jabalí eran... ¡lo mismo! No era que la chiflada irresponsabilidad de la Ñata me botara la canica. No soy tan débil. La Ñata y El Jabalí eran lo mismo objetivamente. ¡Objetivamente! Aunque de una manera que por el momento me resultara incomprensible.

-Milton es un pedazo de pan –dijo entonces, suavemente, con real sentimiento-, y estoy segura que no le importaría.

¿No le importaría que le encajen un hijo de contrabando? estuve a punto de gritarle a la cara. Pero me callé. Créaseme o no -me da igual: no tengo que presentar pruebas de nada, esto es literatura-, vi clarito en su cara de papa que la cosa, el conjunto de la cosa era bastante más profundo y complejo que lo que yo estaba calificado para comprender. Comoquiera que fuese, para ella el asunto era sencillo: dado el caso pariría, y adelante con los faroles.

Se paró, se alisó la falda y, como si aquello fuera una telenovela, dijo:

-Y yo lo quiero –y salió del dormitorio, dejándome literalmente estupefacto, sin aclarar si a quien declaraba que quería era a Milton, o a mi clon, ¡o a mí! ¿por qué no? ¿acaso no había buscado taimadamente que la preñara?

Flojito como estaba a consecuencia del polvo huracanado, sin desvestirme, me metí debajo de las cobijas, tratando de imaginar para mi hipotético clon una vida feliz y bucólica en Pueblo Yéregui -sin mí, por supuesto, porque por más loco que estuviera, a mí no se me ocurría en absoluto que fuera a quedarme allí para siempre-, hijo insólitamente bello del gigantón Siete Oficios y de mamá Cara de Papa, y tratado con maliciosa desconfianza, creciente con la edad, por el coro de los patibulitos. Alucinado con la película dejé que la modorra me anegara hasta cubrirme por completo. Como quien se hunde en negras aguas, decidido a ahogarse.

ULTRAJE

Me desperté con una erección dura y dolorosa como un calambre. Estaba anocheciendo. Salté de la cama, presuroso como un adicto. Quizá la Ñata no se había ido aun. Efectivamente, estaba en la cocina. Se había puesto ya el abrigo y la gorrita de lana, y se calzaba los guantes. Saqué del bolsillo la billetera, separé un par de billetes y se los metí en el bolsillo del abrigo. Después, como si el dinero habilitara, le tomé una mano y la puse sobre la erección. Sumisa e impávida, con la mano enguantada empuñó la rigidez por sobre la tela del pantalón. Yo estaba tan caliente que puse mi mano sobre la suya y se la moví indicándole la vía rápida. Tironeó de mí, no sin maña, haciéndome

sentir el rigor a pesar de las capas de tela. Presionado por la inmediata cosquilla, yo hubiera seguido de largo, pero ella empezó a jadear entre dientes. Soltó la verga, se sacó el abrigo y los guantes, me dio la espalda y apoyó las manos en la mesa de la cocina. ¿Quería coger? ¿O que una vez más soltara mi semilla en su cuerpo? Torpe por la calentura subí y bajé capas de ropa hasta dar con sus nalgas. Estaba yo poseído por el demonio de la sensualidad como no lo había estado, me parecía, desde hacía mil años. Me clavé en ella y le bailé la danza del aguijón, como para que se sintiera la concha más deseada del mundo. Puro virtuosismo, como ondulando en el viento, entrándole bien desde abajo, como para rascarle el fondo del alma. La trabajé como se trabaja a una princesa o a una diva cuando se pretende llegar a ser el favorito.

Entonces, como quien encuentra una mosca en la sopa, se me hizo de pronto claro, clarísimo que este era el último polvo con la Ñata. No habría más. Así como había matado al jabalí en la mañana, iniciando y concluyendo mi vida de cazador, así terminaba, con la entrega total de la Ñata, nuestro romance. Y si un final tenía significados que no llegaba a captar, el otro también los tenía. La entrega de la Ñata, la pajuerana cara de papa, ávida de mi clon, quizá preñada con mi clon, significaba cosas que tampoco llegaba a captar. Porque, como dije, misteriosamente si se quiere, La Ñata y El Jabalí eran lo mismo.

Acabó, soltando con total felicidad toda la garganta. Seguí cogiéndola, con todo, como para marcarle a fuego las entrañas. Aflojada, gemía, groggy, al borde del nocaut. Rebusqué entre sus capas de ropa hasta que encontré las tetas. Me llené las manos, le retorcí los pezones, grandes, duros, rugosos, de los que mañana se prendería mi hipotético clon. Groggy como estaba no sé si se enteró del ultraje, pero si se enteró no estuvo en condiciones de defender esos castillos de su pureza. Me detuve. Fuera de mí. No me alcanzaba con seguir cogiéndomela hasta acabar. Saqué la verga. Vibraba, cabeceaba y soltaba vapor en el aire húmedo y frío de la cocina. Ahora era el momento.

-Sentate en esa silla –ordené.

Lo hizo. Absurda, con el culo desnudo contra el mimbre gastado de la silla y los pantalones por las rodillas. Pensó que quería su boca y la entreabrió, como el bebé que ve venir la teta.

-No, querida. Mostrame las tetas –ordené, suavecito como un cuchillo bien afilado.

Vaciló. Desde el fondo de su bruma postorgásmica algo se resistía. Impaciente, tironeé de la camisa y el suéter hacia arriba, para levantárselos hasta el cuello. Tal y como estaba sólo podía conseguirlo torpemente.

-No –dijo-. Esperá.

Se sacó el suéter, desabrochó la camisa y la abrió, bajó las copas del sutién, sin apuro ni entusiasmo, resignada. Allí estaban sus tetazas, rotundas y redondas, brutalmente nutritivas, blancas como la nieve, dos quilos cada una, surcadas por venas azules, con aureolas enormes, oscuras y rugosas, con pezones largos como los de una vaca.

-Juntalas –gruñí, meneándome suavemente al amigo, que ya estaba a punto.

No tardó el derrame, que dirigí hacia una teta y luego hacia la otra, mientras le retorcí sin demasiadas consideraciones los pezones. Y aun así, no era todo para mí. Seguía rígido. Tomando una teta en cada mano, me las cogí. La Ñata miraba asombrada el glande, que asomaba una y otra vez atrapado entre los globos de sus tetas. Aquello nunca se le había ocurrido. Ni a ella ni al zoquete de su marido. Me cogí sus tetas despacito, sin apuro, sabiendo que volvería a acabar. Y cuando sucedió, por curiosa, lo recibió la gran escupida en el medio de la frente. ¡Plaf! Y después sobre el cristal de los lentes, y sobre los labios, cosa que la hizo reírse con la risa exaltada una chiquilina alcanzada por una bombita de agua en una tarde de carnaval.

Exasperándose con cada goterón que le entregaba, la Ñata empezó a gemir, abría las piernas, necesitada de más, pero no se atrevía a pajearse, o directamente no sabía hacerlo –pero eso es imposible ¡la paja no se aprende! Su gemido se volvió protesta casi irritada. Me exprimí la verga desde la base para que saliera hasta la última gotita. Entonces vio su oportunidad, y no pudo más: adelantó la jeta y engulló la pija entera. Se puso a mamar y chupar, como loca. Apretaba los muslos y se retorció, acabando una vez más, ahora sí la última conmigo, pero arrasada, furiosa por el placer, estrujándose las tetazas chorreadas, mugiendo y gruñendo que no y que no, como si alguien la estuviera obligando, o como aullaba Don Giovanni siendo arrastrado a lo más profundo de los infiernos.

Pasó la locura. Nos miramos, jadeando. Asombrados de tanta locura. Resignados a la demencia y al misterio que nos proporcionábamos mutuamente. La Ñata estaba hecha un desastre. Goterones se le deslizaban lentamente por la cara y por las tetas, buscando por dónde gotear. Me miraba con un solo ojo, porque tenía un culo de botella completamente velado por la lefa. Guardé la verga ahora sí por completo sosegada. Saqué del bolsillo un pañuelo y se lo ofrecí. Se sacó los lentes, abrió el pañuelo y se lo aplicó sobre toda la cara. Después secó las tetazas y las guardó. Sentí ternura. Había belleza en esta mujer seria, señora y madre, sacándose de encima las trazas de un desconsiderado bombazo de semen, tan parsimoniosamente y sin coquetería como si alguno de sus cachorros le hubiera vomitado encima. Secó después los lentes, con el pañuelo ya empapado. Había sí, una especie de belleza. En el mero hecho de que me dejara mirarla sacándose de encima las huellas del exceso. En ese dejarme mirarla había, finalmente una aceptación tal de nuestra mutua demencia y de nuestro mutuo misterio, como ninguna declaración explícita y verbalizada hubiera podido contener, y tal como yo no hubiera sido capaz de expresarle si lo hubiera intentado. Después, acomodándonos la ropa, nos mirábamos un poco de reajo, como dos luchadores que se retiran de la arena convencidos cada uno por su lado de haber ganado el combate, aunque sin haber realmente deseado la victoria.

-Pasá al baño, si querés, Ñata –invité un poco a destiempo.

-No, ya me tengo que ir. Ya es tarde.

Prefería no llegar más tarde, corriendo el riesgo de que se le olera el semen sobre la piel.

-Me llevo el pañuelo, se lo traigo limpio –dijo abriendo el bolso, y dentro del bolso uno de los bolsillos, para disimularlo.

Ahora sí, estaba pronta para irse.

-Milton me dijo que lo invitara a venir a casa el domingo, después de la misa –dijo, retomando las formalidades, abotonándose el abrigo-. Va a preparar una cazuela con la carne del chanco.

Increíble: fue decir eso y de inmediato se le pusieron colorados los cachetes. Le daba vergüenza la invitación. La distancia entre un rol y el otro le disparaba el rubor. ¿Cómo se puede ser tan inocente?

-¿Vos querés que vaya? –pregunté, desubicado.

-Claro –dijo, inexpresiva.

-Entonces voy –concluí satisfecho.

No era así. Aquello era una invitación oficial, y obviamente que no podía rechazarla. Y menos que menos supeditarla a mis galanterías con la Ñata. Nomás se lo dije por halagarla.

Me incliné para darle un beso, pero retiró la cara. Había pasado mi momento, y para darle besitos tenía a su marido y a sus hijos. Se fue, más tarde y más cogida que nunca. Sentí ese golpe de vacío que se siente cuando al final de una tarde a todo trapo la amante se va, vuelve con su familia. Conocía muy bien esa desazón, pero nunca lo había experimentado con la Ñata. Me repuse. En realidad, así estaba bien. O mejor: así había estado bien. Me sobrevino entonces, como una especie de premio, una sensación de paz, de mundo en orden, de gusto por mi cotidianidad, por mi existir conmigo y en mí, por lo logrado en esta especie de vacación, por no escribir, por rascarme todo el día, por haber matado un chanco bagual enorme, por haber conseguido que se soltara mi amante rústica, la mujer del gigantón buenazo, del siete oficios del pueblo. Todo estaba bien, como debía ser. Y en mi espíritu había un apaciguamiento profundo de todos mis demonios, tal como no lo conocía desde hacía muchísimo tiempo. ¿Este inesperado aterrizaje en la beatitud era lo que el destino me tenía preparado en Pueblo Yéregui?

LA DESPEDIDA

La capilla estaba repleta. Todo el pueblo –descontados los ateos y los evangelistas– estaba allí. Es que no era una misa cualquiera. Era una Misa de Confirmación. Lo supe de inmediato, porque fui monaguillo –Dios me perdone. Una asamblea de feligreses campiranos, si uno está en el mood adecuado, siempre tiene su encanto. Pero aún en ese contexto, la familia de Milton descollaba. Se hubieran babeado por tenerlos a mano Bruegel y Goya. Y Pasolini. Y Herzog.

Falto de asiento me quedé parado en un pasillo lateral, cerca del altar. Milton me vio enseguida y me saludó con la mano, sonriéndome. Se inclinó hacia la Ñata y le dijo algo

al oído. Ella me miró. Él volvió a hablarle al oído. Entonces ella me saludó, levantando apenas la mano. Por los cuchicheos de sus padres, el mayor de los patibulitos advirtió mi presencia y se la comunicó a su inmediato menor –el confirmando, a juzgar por la moña blanca en el brazo-, éste se la comunicó a su vez al inmediato menor, etc. De manera que pronto estuvieron el original y los cuatro clones, el Pato Donald y sus sobrinos –más uno- mirándome a coro. La pata Daisy no. Ella no separaba los ojos del altar. Muy devota. Me pregunté si le confiaría al cura nuestros revolcones.

En ese momento por primera vez caí en que lo que su inexpresiva cara de papa, su mirada huidiza, su antifaz de vidrio grueso y su cofia de pelo cubriéndole la frente me recordaban era a una monja. Rodeada por su expresiva familia, la inexpresividad de la Ñata adquiría un tinte inquietante, ambiguo. ¿Era ella la que regenteaba el circo patibulario o ella era su prisionera? Se me ocurrió que la indiferencia que afectaba ante la posibilidad de que, como consecuencia de coger conmigo quedara preñada, podía tener una dimensión de secreta venganza contra la notoria hegemonía genética de su marido. ¡¿Venganza?! Imposible. Ellos son la Sagrada Familia. Exhalaban un denso e intenso, un asfixiante instinto ya no gregario, sino de pura Unidad, sin treguas, reticencias ni distracciones. No. Antes que venganza seguramente lo que la movía era un inmoderado impulso ecuménico.

La ceremonia, esforzadamente solemne, inconvincente, desangelada, impotente para recalentar la más mínima fe excepto en una masa de ignorantes abúlicos como aquella, me pareció ejecutada bastante sumariamente, como si la Jerarquía participante tuviera apuro por irse con la mística a otra parte, cosa que hizo, cagando aceite y quemando llantas en un remise de vidrios polarizados apenas hubieron descendido los siete dones del Espíritu Santo sobre los confirmandos. Con tanto apuro como si en lugar de administrar un sacramento, los que así partían hubieran asaltado a punta de pistola a la parroquia y a todos sus feligreses. Quizá alguien –él o ella- esperaba impaciente en las profundidades del remise, alguien dispuesto a propinarle a la Jerarquía una cálida y placentera siesta invernal... Que le aproveche. Se lo merece su esfuerzo por poner a salvo las almas de su grey. No sé cuándo me volví tan mal pensado. Quizá cuando comprendí que no es que las apariencias eventualmente engañen, sino que siempre las apariencias engañan, que nada es lo que parece, que todo es aquello que no parece ser. En mi opinión es absurdo e injusto que el mundo, la realidad, no sean transparentes. Y

no se me diga que si lo fueran querría lo contrario. No, no querría lo contrario. En fin: este es el tipo de cosa inútil de argumentar, y en torno al cual no es posible convencer a nadie.

Caminamos, pues, hasta su casa. Milton y yo delante, conversando, y detrás los patibulitos –muy modositos y sosegados- con su mamá. Me presentó, no sin cierta solemnidad, uno a uno, a sus clones: Pedro, Pablo, Juan y Mateo, previsiblemente. Me explicó que la misa de Confirmación se hacía cada año en un pueblo diferente de la zona, en el que los confirmandos convergían para recibir el sacramento. Después se puso a hablar del chanco.

-Jabalí, Milton –lo interrumpí-. Llamémoslo jabalí. Es más impresionante.

Me contó que el animal tenía dos balas más, heridas viejas, en la parte alta del lomo, cerca del cuello.

-No era fácil tumbarlo. Hacía falta una bala muy precisa –declaró, a manera de elogio de mi puntería.

Me vino a la mente, con alucinante nitidez, el instante antes de que el animal arremetiera, cuando levantando el hocico ensangrentado quizá me vio, más seguramente me olió, pero supo que el hombre, el humano, el verdadero enemigo, estaba allí. Ese instante en que me pareció que vacilaba entre arremeter o huir. ¿Quiso hacerme pagar por todos los que lo habían acechado y mal baleado? ¿O en ese momento sintió que ya no quería más nada, que estaba harto de sus perseguidores, y optó por atrapar finalmente una bala con el centro de su frente, razón por la cual se acercó todo lo que pudo, de manera que no pudiera errarle? ¿Se entregó, como Iehoshúa en el Monte de los Olivos? Esta hipótesis explicaría la insólita puntería de un “cazador” que disparaba su primera bala sobre un ser vivo –de manera similiar a cómo en *El hombre que mató a Liberty Balance*, una puntería igualmente insólita en un novato, necesitaba alguna explicación. También me vino a la mente que en aquel momento, cuando vi al animal enfilar hacia mí, tuve la tentación de huir. Pero ¿cuánto tiempo hubiera podido zafar de los colmillos de la bestia corriendo en aquellos pastizales? El pánico fue lo que me afinó la puntería.

Estoy seguro de que a Milton le quedó en la punta de la lengua la pregunta de por qué sería más impresionante “jabalí” que “chanchó”, pero se guardó la duda. Me explicó que, como el tremendo animal, por supuesto, no cabía en su refrigerador, lo guardó en la cámara frigorífica de su amigo carnicero, Antonio, donde me esperaba, colgado de un gancho, pronto para el consumo.

-Va y le pide a Antonio que le corte lo que usted quiera. Él lo hace con mucho gusto. Y si le permite sacar algún cortecito para él, mejor todavía.

Me aseguró que ni él ni Antonio recordaban haber visto un animal tan grande. Antes de faenarlo, colgado del gancho, les pesó doscientos ochenta kilos. Un monstruo, según él. Lo fotografiaron.

-En la foto aparezco al lado del bicho. Y con su escopeta –confesó dejando escapar una sonrisa-. Como si lo hubiera cazado yo. Espero que no le moleste. Si la foto circula esto se va a llenar de cazadores, y eso puede ser muy bueno –concluyó, paladeando una hipotética bonanza.

El hogar de la Sagrada Familia era, como creo que ya dije, una construcción humilde y sencilla, imposible casi de diferenciar de cualquier otra de las que, en las orillas del pueblo, se recostaban contra el campo abierto, cada una con su huertita y unos pocos árboles frutales. La diferenciaba que, ya desde el exterior, lucía más prolija, más cuidada en los detalles: el blanco reciente de las paredes, el verde oscuro de los postigos y del portoncito de la entrada, la limpieza de los canteros, la poda de los frutales, el embaldosado –único en toda la cuadra- en el segmento correspondiente de vereda.

Habían dejado la salamandra encendida y la casa estaba bien caldeada. Al entrar recibí, como un uno-dos de cross y jab, el hedor del desodorante ambiental y el aroma penetrante de la cazuela de jabalí. Evaluándolos no tuve duda de que la cazuela iba a terminar por prevalecer, perfumando hasta el último rincón de la casita, el baño incluido. En el centro del living comedor la mesa estaba puesta, con todo y mantel bordado. Los dormitorios –los clones dormían juntos- no tenían puertas sino cortinas. Ganas no me faltaron de irrumpir en el de los cónyuges –me hubiera gustado ver qué tipo de prótesis le habían agregado a la cama del gigante para que diera el largo.

-Al fondo, más allá de los frutales –me explicó Milton-, hay un espacio nuestro sin usar. Este verano, si Dios quiere, voy a levantar ahí dos dormitorios con un bañito, porque estos –dijo haciendo un gesto hacia los chicos- ya no se aguantan más todos juntos.

Los patibulitos me miraban a coro, esperando que expresara mi aprobación al proyecto de su padre, como si su padre estuviera pidiéndomela. Como adorno en las paredes no había más que un par de estampitas, ya bastante descoloridas: San José Carpintero, y la Anunciación. ¡Quizá esta imagen, vista todos los días, era la verdadera inspiración de Santa Bonifacia! Quizá ella pensaba -¡o deseaba!-, de ser necesario, y llegado el momento, declarar que había sido impregnada por el Espíritu Santo. Milton no dudaría de su palabra. Se sentiría colmado de dicha, como el mismísimo San José. Se encogería de hombros o se pondría furioso, según el día, cuando algún guarango le preguntara –y sin duda que el primer guarango iba a ser el cura- en la casa de quién se le había presentado a la Ñata el Espíritu Santo. De hecho, y en realidad, Milton ni siquiera entendería la pregunta. En tan elevado concepto me tenía. Y si alguien le explicara la sospecha implicada en la pregunta, apuesto a que Milton se mostraría orgulloso, con orgullo pragmáticamente campirano, por contar con un producto mío entre su prole.

Milton me sirvió un vaso de vino. Tinto, según él, aunque más bien de un rojizo claro. Y espeso como chocolate caliente.

-Lo prepara mi hermano –explicó, orgulloso-. Pura uva, cero química.

-Salud –dije, levantando el vaso.

-Y felicidad.

Paladeamos el caldo. Me pareció que hasta a él le resultó bastante rebelde.

-De estos vinos no se consigue en la ciudad –sentenció, convencido.

-Ni hablar –coincidí, asumiendo que, comoquiera que fuese, iba a tener que hacerle los honores a aquel brebaje silvestre y belicoso.

La Ñata, por supuesto, se había refugiado de inmediato en la cocina. Decidido a sobrellevar de la mejor manera posible aquel rato de felicidad doméstica, me volví hacia los niños, que degustaban, calladitos, el espectáculo que les ofrecían los adultos.

-¿Y ustedes? ¿Juegan al fútbol?

Negaron a coro, unos con mayor convicción que otros. El más pequeño, Mateo, fue el último en manifestarse.

-No tenemos pelota –protestó.

-Son todos pataduras, como su padre -sentenció Milton, ignorándolo-. Entre tantos machitos alguno podría haberme salido futbolista, con lo que ganan hoy en día.

Recordé que tenía en los bolsillos de mi abrigo las ranas desecadas. Las tomé, manteniendo una oculta en cada mano.

-Tengo algo para ustedes –les dije-. Son unos amuletos que a mí me han dado muy buena suerte.

Así diciendo puse ambas manos sobre el mantel y, retirándolas luego, dejé a la vista las ranas o sapos. Hubo un cauteloso murmullo de sorpresa. Hasta el mismo Milton estaba desconcertado. Nadie se animaba a tocarlas.

-¿De qué son? –preguntó Milton.

-Son de verdad –dije.

Papá y luego uno por uno los clones, arriesgaron un dedo para tocarlas en el lomo.

-¿Qué les pasó? –preguntó Pedro, el mayor de los patibulitos.

Les expliqué que se habían muerto de hambre y de sed en un ambiente cerrado y completamente seco, que sus organismos se habían auto-devorado, hasta secarse, tanto como una piedra, y que por consiguiente no habían tenido la oportunidad de pudrirse, etcétera, etcétera, entre exclamaciones de sorpresa del uno y de los otros.

-Nunca vi algo así –declaró Milton finalmente animándose a tomar una en su mano.

-Increíble. Súper. Huácala –iban diciendo los niños a medida que las ranas, o sapos, pasaban de mano en mano.

-¿Y por qué son amuletos? –preguntó Pablo, más curioso o desconfiado que sus hermanos.

-Por qué no sé –dije, haciéndome el misterioso-. Pero sé que si las llevás en el bolsillo y cada tanto les sobás el lomo, hacen que consigas lo que desees. Te lo aseguro. A mí me trajeron ese chanco enorme.

Desde la puerta de la cocina la Ñata observaba apreciativamente la escena, con algo que parecía quizá una sonrisa en el tajo de su boca. Milton puso las dos momias en manos del mayor.

-Vos te ocupás de que circulen las ranas. Un día cada uno.

-Son sapos, papá –corrigió Pablo respetuosamente.

-¿Sapos? ¿Cómo sabés? –preguntó Milton, cauteloso, se veía bien que el chico era estudioso y que, respetuosamente, pero le enmendaba la plana a su padre a menudo.

El chico se encogió de hombros.

-Son sapos –insistió el chico, como si fuera evidente y como si no pudieran ser otra cosa.

Milton prefirió no seguir con la cuestión.

El mayor, fue, por supuesto, el encargado de traer a la mesa los tazones repletos de guisado: para mí primero, luego para su padre, luego para sus hermanos por riguroso orden de edad, luego para su madre, y finalmente para sí mismo. Sentada Ñata a la mesa, Milton dijo unas pocas palabras de agradecimiento, por la comida y por el honor de tenerme compartiendo su mesa. El vino –llevaba trasegados tres vasos- me había sensibilizado, y estuve a punto de exclamar: “¡Yo no soy digno!”. ¿Qué hacía un pecador impenitente como yo entre gente tan buena y tan pura? Podría haber llorado, de haberme entregado plenamente a la idea.

El guiso era como para supervivencia en un invierno polar y sin iglú. Estaba condimentado con munición pesada, pero la carne había quedado suavcita, y dulzona como la de un lechón.

-Milton –declaré en estado de solemnidad pre-alcohólica-, tenés que patentar este guiso: lo vendés enlatado y te hacés millonario.

Milton, que no había bebido menos, lanzó una carcajada. Los chicos me miraban con los ojos muy abiertos, entusiasmados por las perspectivas que abría mi sin duda que autorizado juicio. La Ñata miraba fijo a su plato, pero hubiera jurado que tuvo que contenerse para no reírse.

-Muchas gracias –balbuceó Milton, conmovido por mis exageraciones-. Ayer de tarde empecé a prepararlo. Y el mérito en realidad es suyo. El jabalí que cazó es un ejemplar único –agregó, como si yo hubiera elegido cuidadosamente a cual bicharraco despatastrar.

Estos apuntes bastarán, espero, para dar a apreciar el bello momento que viví con la Sagrada Familia. La Ñata no abrió la boca en todo el rato más que para ingerir su guiso y su mosto. Todos, hasta el clon más pequeño, repetimos el plato. Bebimos y bebimos. Los chicos también bebieron vino, sólo que largamente aguado, lo cual no impidió que sus ojitos empezaran a lanzar chispitas, y aunque por educación –es decir, porque así habían sido educados- permanecieron calladitos, no por eso dejaron de comunicarse conmigo –que les había resultado un personaje por demás interesante y favorable- en la medida del talento de cada uno para hacerlo –es decir, por medio de gestos y señas, y de algún murmullo incomprensible. Milton no hizo nada por romper el silencio – ensimismamiento, más bien- de la Ñata, por lo que deduje que no era en realidad que se sintiera cortada por mi presencia, sino que, esa era su conducta habitual.

Hablamos, hablamos y hablamos Milton y yo. De la caza, y de la pesca de río, del campo y de la ciudad, del verano y del invierno. Después, expresamente autorizados por su padre, los patibulitos me contaron qué plantaba cada uno en la huerta, y para cuándo habría tomates, y para cuándo habría frutillas. Cuando ya la realidad, de tanto empinar el codo, se me hizo tan densa y tan espesa como el caldo que ingería, me puse de pie y

anuncié mi partida. ¿La verdad? Hubiera querido que el gigante bonachón me ofreciera su cama y a su mujer para una buena siesta, tan extensa y profunda como los hechos la exigieran. Me despertaría ya de noche, y envuelto en esta especie de melcocha sacratísima y familiar, el frío de la noche, el frío de las estrellas, tan implacable, me parecería entonces también maravillosamente protector. Pero hasta la más inmoderada de las caridades cristiana tiene sus límites. Me dejaron derivar blandamente hacia la puerta. Quizá sí, algún día... con mi hipotético clon ya integrado a la Familia... ¡Ni Dios permita!

Milton me preguntó si quería llevarme la escopeta.

-La limpié y la aceité. Está pronta para ser usada –dijo.

Sus palabras hicieron resonar una campanita de alarma en el centro vinoso de mi cerebro. Limpia y aceitada como para pegarle un tiro certero al ciudadano engañoso y traidor. No, ya no quería la escopeta. Había cumplido su lugar en mi destino. No volvería a salir en el frío de la mañana en busca de ningún maldito mataperros. Ya no era necesario. Eso ya estaba hecho, de una vez y para siempre.

-Guardala vos, Milton –le dije, colgando una mirada beoda de la suya, no menos brumosa-. A ver si te animás a darte una vuelta y volvés con algo. Si la necesito te la pido.

-Papá una vez cazó un venado –saltó el segundo, Pablo, muy entusiasmado, claramente aplaudiendo mi decisión.

-Y una vez un carpincho –aseguró, Mateo, el tercero.

-Y una vez... una vez... –arrancó el más chico, pero se trancó, y todos se rieron, y le sugerían piezas de caza: un castor, un renacuajo, una tortuga.

Entre las risas, al voleo, sin buscarla, aterricé en la mirada de la Ñata. Me miraba con una sonrisa... dulce, quizá. Aceptó mi mirada. Y creo que ahí sí, en ese momento fugaz, inesperado, nos dijimos realmente algo, con la mirada. No sé muy bien qué. Pero en todo caso fue lo último –quizá en realidad lo único- que nos dijimos. Aunque ya al irme, ya en los agradecimientos, al pasar, sin creérmelo demasiado, le recordé:

-La espero mañana de tarde, Ñata.

No habría tal mañana por la tarde con la Ñata.

SORTILEGIO

La ventolina arrancó apenas enfilé mis poco firmes pasos en dirección a casa. Golpes de viento tan fuertes que me parecía que trataban de evitar que allí llegara. Como si la Madre Naturaleza se propusiera tomar venganza por la Muerte y Devoración de su Hijo Predilecto, el Jabalí. El viento se hizo continuo y las copas de los árboles se doblaban como para quebrarse. Bajando la cabeza, como un animal que topa, y empujando con toda la fuerza, me iba acercando a la casa cuando de repente, con un crac espantoso, la rama más gruesa, y seguramente la más podrida de un fresno, se partió, cayendo delante

mío. Corrí, decidido a cubrir los metros que me faltaban, pero el viento me zamarreaba, me enredaba las piernas. Correr era peor. Me detuve. Ofrecí el menor bulto posible al viento. Bajé la cabeza otra vez para empujar, paso a paso. Me sentí jabalí, chanco salvaje arremetiendo, atrapado en los laberintos de su destino.

Como quiera que fuese, llegué, cuando ya no podía más, después de vencer un par de veces la tentación de golpear la puerta de un vecino pidiendo ayuda. Entre el alcohol y el agotamiento, no me dio para encender la estufa. Me derrumbé en la cama, y así como estaba, vestido y calzado, me enredé en las cobijas y me di al sueño, o a la muerte, el que llegara primero. En algún momento, ya anochecido, un rayo infernal reventó, creo yo que justo encima de la casa. Hágase Tu Voluntad, recé vagamente, he comido de tu carne y he bebido de tu sangre, hágase en mí según Tu Voluntad. Volvió a reventar el rayo, como respondiéndome con furia, partiéndome el cráneo como con un hacha y lanzándome, como puro desecho, en las fauces de la muerte.

Desperté en medio de la noche con un dolor de cabeza insoportable, mismo como si me estuvieran serruchando el cráneo. Fue la resaca más salvaje de que tenga memoria. Llovía a mares y el viento no había amainado, aunque seguramente había virado, porque lo que me despertó fue la puerta de la cocina, que había quedado abierta, golpeándose. Tambaleándome conseguí llegar a la puerta para cerrarla. Entonces oí la voz, esta vez clarita, como si fuera alguien que estuviera allí fuera, junto a la puerta, o directamente dentro de mi mollera. Era una voz de hombre joven. Por más clara que me pareciera seguía sin entender lo que decía, porque el viento dispersaba la mitad del chamuye. Sin razonar me lancé fuera de la casa, al viento y a la lluvia. Era el Diluvio y en un segundo estuve completamente empapado. Pero esta vez no iba a escaparse.

Me metí entre las cañas. Avancé tan rápido como pude, forzando un sendero estrecho y sinuoso, durante tanto tiempo avancé que me parecía imposible no haber alcanzado la otra orilla del cañaveral. La voz, como un hilo fantasmático, se deslizaba delante de mí por el sendero, guiándome. ¿Y si esto fuera la venganza del jabalí? deliré de repente. ¿Y si en el centro del laberinto de cañas me esperara la hembra del que maté para vengarse? ¡Estaba soñando! ¡Aquello era una pesadilla! Me detuve, agotado. Había algo irreal en la escena, pero no era que persiguiera fantasmas, sino que faltaba el Negro, faltaban sus

ladridos. De pronto la voz se oyó más fuerte, más nítida, me pareció estar a punto de comprender lo que quería decirme, pero también aquí, en medio del cañaveral, el susurro que el viento le arrancaba a las cañas era más fuerte, y el murmullo de la lluvia resultaba ensordecedor. Hasta que, harta de no ser oída o comprendida, la voz abandonó toda cautela y gritó, tan fuerte como para craquelarme el cerebro:

-¡Estas parado justo encima mío!

Traté de mirar el piso sobre el que estaba parado, pero era imposible. En la oscuridad y en la densidad del cañaveral el piso me era casi invisible. La voz, enloquecida, seguía dándome lo que me parecían instrucciones, pero otra vez no podía oírla por la furia de la tormenta. Ahí estaba yo, empapado en la oscuridad, sin saber qué hacer.

-¡Traé una pala y un hacha! ¡Abrí la tierra aquí mismo! –gritaba la voz dentro de mi cráneo.

Me escurrí de regreso, ondulando, por el sendero. Abrí el depósito de herramientas y con la pala y el hacha por delante regresé al corazón del cañaveral.

-¡Aquí, aquí, aquí! –gritaba hasta que estuve otra vez parado en el lugar exacto.

Era casi imposible cavar, de tan apretadas que estaban las cañas, pero no dejaba de hacerlo, como si mis brazos ya no respondieran a mi mente. Poco a poco fui penetrando en la entraña negra de la tierra. Comprendí que en realidad no eran ni mi fuerza ni mi energía las que estaban en juego. Yo no era tan fuerte. La lluvia cesaba y el viento se debilitaba. Las nubes se esforzaban por hacerse a un lado allí donde la luna se escondía. Seguí cavando.

-No tengas miedo –me decía la voz, ahora sí, sosegada-. Estás haciendo lo justo, lo que hace un hombre justo. Porque el primero de los deberes es liberar a los muertos, darle paz a los muertos.

Y así iba su letanía, y yo cavaba y cavaba, como máquina, aunque ya tranquilizado, ya sin miedo, ya casi seguro de que sabía lo que tenía que saber, que sabía de qué se trataba. De pronto el filo de la pala chocó contra algo duro, o si no tan duro, por lo menos resistente. Tanteando, no tuve ninguna duda, era una osamenta. A ciegas en la

oscuridad, con las manos, saqué la tierra húmeda de encima de los huesos pelados, de encima de los trapos podridos, hasta que di con la cabeza, con el cráneo, con la calavera. El silencio era absoluto, el viento y la lluvia habían cesado por completo. Las nubes se abrieron bajo el cielo limpio y puro, y el enorme reflector iluminó la escena. Ahí en el piso, en el fondo del pozo, a medias desenterrada, estaba la calavera, mirándome fijo sus cuencas rellenas de tierra negra. Oí entonces por última vez la voz, nítida, tersa, voz de muchacho muy jovencito, chico bueno, inequívocamente de buen corazón y lleno de ilusiones.

-Ahora –dijo-, por favor, de un solo golpe, partime la frente.

Me puse de pie, tomé el hacha, afirmé mis pies a ambos lados del pozo. Ni dudé. Levanté el hacha por encima de mi cabeza, con ambas manos, bien agarrada y descargué el golpe, exactamente en medio de la frente, como la bala con la que había abatido al jabalí. Todo cesó instantáneamente. Sólo quedaron el silencio de la noche y la luz de la luna. Cesó la voz, cesó mi ansiedad, cesó la fuerza insólita que tensaba mi cuerpo. Conocía yo ahora lo que sólo su voz puede decir de una persona, y todo era claro para mí: ella amaba la dulzura, la pureza del muchacho, pero él quería salir al mundo, ella sabía que el mundo lo corrompería, que no volvería, o que sería otro al volver, de manera que decidió atraparlo, guardarlo para ella sola, para siempre. Jadeando y muerto de frío esperé y esperé a que la voz volviera, pero no volvió. Al partir el cráneo con el hacha había roto el sortilegio. Esa había sido mi parte en aquello, ya no había allí nada más para mí.

Tapé el hoyo cuanto pude. Pisoteé el lugar. Me arrastré una vez más por el sendero apretado entre las cañas. Embarrado, empapado y aterido, al borde de la hipotermia, entré en la casa. Encendí la estufa de leña. Me bañé con el agua hirviendo. La resaca había desaparecido, y me sentía perfectamente lúcido, pero estaba agotado y temblaba. No podía sacarme de dentro el frío que me había calado. Cargué la estufa como para que el fuego durara toda la noche, me metí en la cama, y abrazado a una botella de grapamiel dejé que el sueño se ocupara de mí.

EPÍLOGO

Desayuné sin apuro, casi a mediodía. Ya no tenía nada más que hacer en Pueblo Yéregui. Mi inxilio había terminado. Quizá aun tenía preguntas para formular, pero tuve por cierto que ya no tendría respuestas para recoger. Todo había sucedido. Nada más podía suceder. Lo que tenía que cumplirse se había cumplido. Quemé la foto de Sabrina con su amado, y las líneas garabateadas con las que me había hecho saber su íntima victoria sobre el desamor y el olvido.

Llené mis bolsos y los metí en la cajuela del auto. Caminé hasta la panadería y le dije a la mujer que me iba, pero que, por todo concepto y por las molestias causadas, le pagaba dos meses más de alquiler. No era que me sintiera generoso. Era que quería cerrar a cal y canto aquel momento de mi vida. Dejarlo atrás, bien clausurado. A ella, y a su hija, convocada en consulta, les pareció justo el trato. No pasé a saludar a la Sagrada Familia. No me pareció que hubiera nada útil, práctico o necesario que tuviéramos para decírnos. Y preferí saltarme la melcocha –y la hipocresía- de la despedida. Le dejé a Milton una notita que la panadera le entregaría. Le enumeraba las cosas mías que quedaban en la casa y le decía que las podía recoger y considerar suyas. También le decía que considerara suya la escopeta de caza.

Ya en el auto, con el motor encendido, me entretuve mirando la casita, seguramente que por última vez. Pensé que, como quiera que fuese, tendría que encontrarle sentido a las extrañas semanas vividas en Pueblo Yéregui. Se lo encontraría. De hecho me parecía que lo tenía casi al alcance de la mano, en la punta de la lengua. Mirando la casita hundida entre las altas cañas ya casi tuve ese instante de vaciamiento mental que, como la calma antes de la tempestad, precede por igual a la plenitud del recuerdo, de la comprensión o de la inspiración.

Se me hacía evidente que las peripecias vividas en Pueblo Yéregui –la caza del jabalí, el ultraje a la Sagrada Familia, la destrucción del sortilegio- se relacionaban entre sí, aunque no supiera de qué manera, y que a la vez se relacionaban conmigo, como si, descifradas en su conjunto, tuvieran para entregarme un mensaje, una revelación crucial acerca de mí mismo. Y se me hacía inminente encontrar el sentido de todo aquello. En fin... ¡siempre supe que las posibilidades de la interpretación son infinitas, tanto como es infinita nuestra capacidad para dar por buenas nuestras elucubraciones más delirantes!

Lo definitivamente cierto, lo que me importa, es que al dejar atrás la casa embrujada me sentía más libre y más fuerte que nunca... sí, que nunca en mi vida. Nada había sido en vano. Todas mis brújulas han quedado alineadas, dándome un norte y un sur indudables, aptos para plantearme cualquier tipo de objetivos. Me siento verdaderamente como un Ahab, pero un Ahab vencedor, un Ahab que, atado al lomo de la Ballena Blanca, se ha liberado por fin de su frágil pequeñez humana para sumergirse en las inmensidades de Lo Insondable.

Partí sin volver a mirar atrás. Hubiera querido llevarme conmigo al Negro, pero él ya ladraba feliz en el Cielo de los Perros Valientes. Con un Nortazo súbito y furioso en la popa hinchándose las velas, volé hacia el sur, con la proa firme, de regreso al que en definitiva es el único puerto seguro que conozco, mi vida de escritor, refugio indestructible hecho de puras palabras.

.....